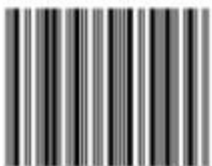


Alfa Eridiani

Revista de ciencia ficción



ISSN: 1695-1859



Tercera época - N° 16
Diciembre de 2011 / Mayo de 2012

SERGIO CASTRO 2011

ALFA ERIDIANI es una revista de ciencia-ficción, sin ánimo de lucro y cuyo único fin es la difusión cultural. Su aparición es semestral.

Normas de publicación:

Cualquier colaboración relacionada con la ciencia-ficción siempre será bienvenida en alfaeridiani@yahoo.es. Cuando envíes un texto, ya sea relato, ensayo o poesía, recuerda que en el interior del texto que envíes debe figurar tu nombre y apellidos. La colaboración escrita ideal debe estar formateada en Times New Roman 12 pto, sangrado de 0,75 cm, párrafo justificado y salto de una línea. Solemos contestar en el plazo de dos meses. Pasados éstos, considera que hemos desestimado tu obra.

Editor: José Joaquín Ramos de Fco.

Coeditor: Graciela I. Lorenzo Tillard.

Comité de Redacción: Sergio Bayona, Javier J. Arnau, J. A. Menéndez y Daniel Yagolkowski.

Colaboradores: Iñigo Fernández y Adriana Alarco de Zadra.

Ilustrador de portada: Sergio Castro.

Infografía: Graciela I. Lorenzo Tillard.

Resto Ilustraciones: Sue Giacomani, Olga Appiani, Jorge L. Vilá, Sergio De Amores, Sergio Castro y Luciana Guerra.

Aviso Legal Importante:

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en ALFA ERIDIANI para difundirla por Internet. No obstante, los derechos sobre el conjunto de ALFA ERIDIANI y su logo son © de la Asociación Alfa Eridiani.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de ALFA ERIDIANI.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

Página web: <http://www.alfaeridiani.info>.

Correo-e: alfaeridiani@yahoo.es.

Facebook: <http://www.facebook.com/pages/Alfa-Eridiani/226578536318>.

CONTENIDOS:

EDITORIAL 4

CUENTOS:

Cybergolem por Martha Camacho 6
¿Clonalidad? por Blanca Mart 15
Increencia por Fernando Orbis Mateos 22
Mecanismo por Marié Rojas Tamayo 31
Sally y el laberinto por Mauricio del Castillo 32
El criminal más peligroso de la historia por José Carlos Canalda 50

NOVELAS:

Crónicas de las Tierras Mestizas. Segunda parte: El guardián de nuestros hijos. Capítulo 5.1: Arbustos y malas hierbas por Javier Cosnava 61

ARTÍCULOS:

Las cinco grandes utopías del siglo xx (y 2): *Un mundo feliz* por Pé de J. Pauner 73
¿Quién es Doctor Who? por Iñigo Fernández 80
Catástrofes en la ficción prospectiva por Blanca Mart 84
Presentación *A la sombra del linaje* por Lola Robles 93
Presentación *A la sombra del linaje* por Blanca Mart 96

POESÍAS:

La gran aventura cósmica y otros poemas por Antonio Mora Vélez 98

PORTOFOLIO:

Gonzalo Geller 101

CÓMIC:

To late. Guión: Ángeles Mora. Dibujo: Ósk 105



EDITORIAL

Estimados amigos:
Una vez más acudimos a la cita que tenemos concertada con nuestros lectores. Necesitamos de vuestra ayuda para mejorar la revista. ¿Que no sabéis cómo? Muy fácil: sólo se necesita que enviéis vuestras colaboraciones a la revista. Concretamente al correo del editor (alfaeridiani@yahoo.es)¹. Necesitamos cuentos, poesías, artículos, peticiones del lector. Cualquier cosa que se os ocurra.

Nuestros cuentos son de lo más variado. Inician la sección dos mujeres: **Martha Camacho** con su *CyberGolem* y **Blanca Mart** con su divertido *¿Clonalidad?*; *CyberGolem* es una reflexión acerca de lo que la ciencia puede hacer con nuestra vida. No precisamente llenándola con comodidades o vaciándola. Es algo diferente. Lean y verán. *¿Clonalidad?* es humor en estado puro. ¿Se imaginan una sociedad de clones en la que la más pura anarquía genética gobierna sus actitudes? Intenten ponerle freno a sus actitudes anárquicas. Ya sé que hay una reflexión más profunda en el cuento pero esa parte se la dejo al lector. El tercer cuento es *Increencia* de **Fernado Orbis Mateo**. Un cuento en el que se busca un orden en la creación. *Mecanismo* de **Marié Rojas Tamayo** es un divertido microrelato sobre la actividad docente. *Sally y el laberinto* de **Mauricio del Castillo** mezcla el descubrimiento de un avance científico con el submundo que crea este descubrimiento. Cierra con broche de oro esta sección *El criminal más peligroso de la historia* de **José Carlos Canalda**. El cuento nos introduce en el concepto del multiverso y las multipersonalidades que pueden ocurrir.

Este número no posee capítulo de *Oxígeno y Aromasia* pero sí de *Crónicas Mestizas*. En capítulos anteriores de *Crónicas de la Tierra Mestiza* de **Javier Cosnava** asistíamos a la presentación de una sociedad desarraigada que tiene que empezar desde cero en un nuevo planeta. Sus componentes son medio Loo, medio hombres. No todo el mundo está contento con este mestizaje y habrá cruentas luchas por el poder. Continúan las astucias del príncipe Bakenkhonsu, pero ahora se suman las intrigas de un nuevo contrincante, la Dama Remolino.

¹ Nótese que hay unas normas de publicación al principio de la revista. Agradeceremos sean cumplidas.



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

Los artículos están encabezados por la segunda parte de las cinco grandes utopías del siglo XX. Esta vez dedicada a *Un Mundo Feliz*. Una de las grandes obras de los siglos XX y XXI, tanto en cuanto en el siglo actual existe la posibilidad de modificar la base genética de los organismos que conocemos. *¿Quién es el doctor Who?* de **Iñigo Fernández** repasa las distintas temporadas de esta extraordinaria serie. *Catástrofes en la ficción prospectiva* de **Blanca Mart** es un completo artículo sobre la distintas formas de enfocar las catástrofes en el género de la ciencia-ficción. También incluimos los discursos de presentación que hicieron **Lola Robles** y **Blanca Mart** de *A la sombra del linaje*.

Las poesías corren a cargo de **Antonio Mora Vélez**, quien nos ofrece una prosa rítmica y poética que nos habla de cuerpos cósmicos que cabalgan rayos y danzan ritmos del pasado, entre risas de estrellas, cascadas de luces y praderas planetarias. Una dulce y armoniosa poesía que nos transporta a los confines del sistema cerca de Caronte y otros compañeros que pueblan el espacio.

El portofolio es de **Gonzalo Geller** y el cómic, *Too late*, es de **Ángeles Mora**, al guión, y **Ósk**, a la pluma.

Como siempre deseamos que disfruten leyendo la revista tanto como hemos disfrutado nosotros haciéndola.

El equipo editorial.



CUENTOS

CYBERGOLEM

por Martha Camacho

La presente narración transcurre en un lugar que aparenta ser un quirófano pero que, en realidad, es el taller de un demiurgo que, vestido de bata blanca, va descubriendo poco a poco sus secretos a un inquieto aprendiz. Ésta es, pues, la historia de Aaron y Edith y de su versión muy particular del Prometeo Encadenado.

Cybergolem está dedicado principalmente a Blanca Martínez, quién me sugirió el monstruo creado por el rabino Loew, a través de una plática sobre Frankenstein, originalmente; gracias por el detalle, maja.

Gracias a papá, por prestarme los CD del doctor Rabin; a Frank, por Emilio y a Szaby, por Aaron.

C

ON CUIDADO, BOTINES, con cuidado...

El chorro de sangre saltó sobre la enguantada mano que sostenía la micropinzeta, la cual avanzó milimétricamente hacia su objetivo, siguiéndola nuestra vista en la pantalla. Estaba asombrado de la habilidad y firmeza de la

anciana Edith.

A sus ochenta y tantos años, la cirujana se movía con la soltura de una *prima ballerina* sobre su escenario, sin importar que éste fuera un cuerpo humano anestesiado e inerte.

El microtomo terminó de escindir el hueso palatino; los dos láseres del medibot, en tanto, controlaban las minúsculas hemorragias y su medio centenar de *manos*, ataviadas con diminutos suturadores, conectaban vasos y





cerraban capilares a una velocidad pasmosa para un ser humano, pero bastante común para los robots cirujanos. Los largos dedos de la cirujana me asombraban por su antinatural tamaño, en comparación con los míos, perfectamente proporcionados.

Demasiado perfectamente, pensé; a veces, sentía el secreto temor de ser sólo un clon, a pesar de que mi inteligencia lo desmentía

—Botines es bueno, a pesar de lo que digan los demás —dijo Edith, rompiendo el silencio.

—Es un modelo algo pasado, doctora... —aventuré.

La vieja respondió con una cascada risa. Por encima de su tapabocas avistaba los ojos más negros y vivaces que jamás he visto, rasgados y apenas arrugados en las comisuras. Sólo la voz de Edith denotaba su edad.

—Cuando yo muera, Botines seguirá siendo el mejor medibot no solo de este hospital sino de todo el planeta, Aaron. Nada podrá sustituirlo... a menos que tú entrenes otro y lo superes.

Tragué saliva. Los dos sabíamos muy bien el porqué de mi presencia en ese quirófano, santuario frankensteiniano al que pocos serían admitidos y del que muchos habían sido despedidos violentamente por el mismísimo Botines. En primer lugar y sin ninguna modestia, era su mejor alumno; y por supuesto, no le tenía miedo (quizá porque me recordaba mucho a mi propia abuela, gruñona, autoritaria, sola e imbatible, en su puesto de guerra marciano).

En cualquier lugar donde se hablara de neurocirugía, el nombre de Edith Lozaces se pronunciaba con respeto e incluso, con cierto temor.

Las leyendas sobre ella eran oscuras unas, pícaras otras y bastante extendidas entre los neurocirujanos más famosos de la Tierra.

Nacida en Marte —detalle precisamente evidenciado en el largo de sus manos— llegó a la Tierra a perfeccionar su técnica de cirugía y acabó por revolucionar ésta al basar la mayoría de los pasos delicados en un cálculo exclusivo de los robots médicos, disminuyendo así los errores y aumentando la capacidad de decisión del cirujano.

Fue ella quien diseñó —junto con Rochester— los cincuenta brazos accesorios de cada robot dejando sin responsabilidades a la enfermera de instrumentos, al corazón/pulmón artificial y al anestesiólogo, haciendo de cada operación una obra de arte personal y única, y una sola responsabilidad para todo cirujano que se respetara. Gracias a sus investigaciones —con colegas de la talla de Cyrus de Hellas, de Marte y el español Juan Menéndez— rediseñó los chips electroquímicos



que controlaban media docena de desórdenes cerebrales y psiquiátricos.

De hecho, tenía el Nobel de Medicina —edición 2250— por ello.

Es ocioso enumerar lo que yo había pasado para llegar hasta ese lugar, por el solo privilegio de verla operar.

Podía suturar y anudar con una sola mano mientras conversaba conmigo, atendía al nivel de oxígeno en la sangre, daba un par de órdenes a Botines y obligaba a sus microtomos láser a seguir avanzando, haciendo una ruta enorme y microscópica para llegar al tallo cerebral humano.

—No te impresiones, Aaron —me guiñó un ojo— estás portándote como un inocente...

Para mi sorpresa, Botines rió, impersonal y metálicamente. Copiaba muchos gestos de la médica, incluso ése; no pude evitar un ligero temblor en mis labios, ocultos tras el tapabocas.

La parte trasera de la silla turca cedió al láser y nos vimos cara a cara con el tallo cerebral, operación imposible hacía tan sólo ciento ochenta años, casi la edad de la doctora.

Un solo roce a éste habría provocado la muerte total; Edith había abierto camino sin tocarlo.

—Comenzamos a hacer resecciones de la silla turca hace aproximadamente veinte años, Aaron —yo grababa todo en mi chip de notas—, como sabes, un roce de tan sólo una micra puede matar más de diez mil brazos neuronales y arruinarnos el corazón o los pulmones... así que trabajamos con nanopinzas subatómicas, diseñadas por Rochester, para destruir el hueso y poder hacer las conexiones necesarias...

Detuvo la operación para demostrarme el procedimiento, grabado ya en una de las cuatro cámaras-ojos de Botines.

Lentamente, vi desintegrarse las capas microscópicas de hueso, mientras el láser avanzaba. Luego, la doctora me mostró una especie de chip, del tamaño de un anticuado timbre postal y del mismo espesor. Lo puso bajo el microscopio de campo magnético del enorme medibot y desplegó su imagen, que de repente se convirtió en algo parecido al mapa de una ciudad gigante.

—Sí, también nosotros pensamos en ello cuando lo diseñamos —sonrió la anciana, adivinando mis pensamientos—, sólo que esta ciudad contiene una personalidad humana, así que tiene barrios bajos, gánsteres, basureros, zonas de lujo y zonas de prostitución... no le falta nada, ni contradicciones.



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

—Pero... —mi confusión era enorme. Y mi asombro.

—¿Qué es lo que no comprendes?

—Sinceramente, doctora, usando la tecnología de chips fríos de germanio, ¿es posible diseñar un ser humano perfecto, sin contradicciones! ¡Podría acabarse con una cantidad histórica de errores como especie!

—También yo creí eso, cuando era joven, Aaron. —La doctora apagó el microscopio y se volvió hacia la operación—. Te lo explicaré detalladamente. Un ser humano es un mecanismo que aprende a base de error. Ve a un animal, un león, por ejemplo; contempla la gracia de sus saltos, sus rituales de limpieza, de caza, de apareamiento. —Un vaso se rompió y cayó más sangre sobre el campo operatorio. Edith lo selló sin pestañear—. Si un león cometiera un solo error, digamos al saltar, al aparearse o al marcar su territorio, moriría mucho más temprano que tarde. El mecanismo del instinto es tan perfecto que no sólo no comete errores; no puede cometerlos, Aaron y es cruel, como el león macho que mata a los cachorritos que considera que sobran en la camada...

—¡Usted no puede decir eso, doctora! ¡Sabe que los seres humanos podemos ser infinitamente más crueles que su león hipotético!

—Botines, desenrolla esos dendriones con más cuidado, hijo, así... perdón, ¿me decías? ¡Ah, sí! ¡La maldad del ser humano, absoluta y definitiva! No, no podemos corregirla... pero intentamos domarla; intentamos que aprenda de ese maravilloso mecanismo que es el error-acierto-error. Mira esto.

La pantalla del microscopio aumentó el campo operatorio enormemente. Una de las pinzas subatómicas separó un único brazo neuronal del grueso tallo.

Algo se movió bajo la verde sábana. Otras dos pinzas tomaron sendas fibras, el hipogloso se tensó y el cuerpo que estaba cubierto comenzó a aullar de forma impresionante.

—¡Detenga eso! —grité, aterrado.

La voz bajó al nivel de un gemido. La médica sonreía dulcemente.

—No te preocupes; no le he hecho ningún daño. Simplemente conecté sus unidades de voz a las de Botines y le ordené que gritara. Fue éste quien lo hizo, no nuestro valeroso amigo bajo la sábana.

—¡Era su voz!

—Sí, pero bajo otras órdenes; no sufrió en absoluto. Puedes comprobar sus patrones cerebrales, si quieres.



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

Más porque la médica lo ordenaba que por iniciativa propia, leí los gráficos del encefalograma. Nuestro voluntario permanecía plácidamente dormido; ni siquiera su pulso se había alterado

—Pero... si estos chips son capaces de regular el comportamiento incluso a niveles instintivos, ¿cuánto de factible sería insertarlos en toda la especie humana? ¡Imagine eso, doctora!

La anciana rió hasta toser bajo su máscara estéril.

—¡Aaron, eres tan inocente, tan utópico! ¿Cómo crees que reaccionarían nuestros colegas al ver esto? Nos llaman émulos de Frankenstein... suponiendo que sepas quién era él. Así que toda esta investigación ha tenido que ser cuidadosamente restringida; unos cuantos, el viejo Cyrus, Rochester y otros, además de Botines y tú mismo —su mirada me atravesó el cráneo como el láser lo hiciera con el paladar que teníamos a la vista—, saben del funcionamiento de estos sellos. Y mucho menos aún, llevan uno puesto... de hecho, sólo la condición de muerte previa permite instalarlos ¡Oh, claro que pasan por la RCP antes! ¡No pongas esa cara! Botines se encarga del proceso circulatorio y de frenar el infarto cerebral masivo. Como puedes ver —señaló la pantalla del computador central de Botines—, estos dendriones (cables diminutos con la quinta parte del espesor de un cabello) son conectados como extensiones de la capa neuronal superior de la corteza, de manera que dejamos que las funciones superiores se mantengan por sí mismas... y el chip controla el cerebro inferior, hipotálamo y tallo cerebral, el cerebro reptiliano y progresivamente, lo va domando con nuestro maravilloso mecanismo de aprendizaje, haciendo de la terrible maldad humana, de la agresividad, de la territorialidad, del salvajismo, armas lógicas de civilización...

Enmudecí.

Edith se mantuvo en silencio; acostumbrada a operar sola, me dejó pensar en paz, mientras continuaba las difíciles conexiones al sello que Botines sostenía con amoroso cuidado en una de sus manos.

Por supuesto, era claro, incluso la No-Violencia necesita de territorialidad; la mínima negociación familiar requiere agresión ritual.

Instinto e inteligencia se complementan y sólo cuando la segunda se deja llevar por las necesidades sin errores del primero, el equilibrio se pierde.

La ecuación no era tan sencilla y por eso los chips electroquímicos, o Sellos Golem, como eran conocidos clandestinamente, no tenían un control completo sobre el ser humano al que devolvían la vida.

Porque se requiere un toque luciferino para finalizar los mejores actos de bondad humana; y hasta el infierno está empedrado de buenas intenciones...



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

—Quizá no has comprendido bien todo el proceso; te contaré una fábula... que sé bien que no repetirás...

Su mirada me atravesó sólo breves instantes esta vez; estaba iniciado ya en el Secreto, de modo que no hablaría ni diría más. Mientras Botines hacía llegar los cables a las colas neuronales precisas, Edith empezó.

—Es una historia vulgar... como la de Abel y Caín; hablemos de dos hermanos. Uno de ellos, totalmente dotado de inteligencia, de capacidad, de las mejores cualidades del ser humano, contrapesadas con ese egoísmo sublime del altruismo, de la entrega al bien de los otros; llamémosle Emilio. Pues bien, Emilio logró con sus esfuerzos, todos sus propósitos y hasta algunos que no se había propuesto. Tenía un hermano, digamos Raoul; este chico era inferior incluso físicamente. Bajo, poco atractivo, lleno de complejos. Y ruin, vulgar, traidor, despreciable y absolutamente hipócrita. Raoul pertenecía a esa subespecie de nuestro género, marcada con atavismos religiosos, complejos de culpa, ambivalencias múltiples y otras lindezas.

»Una de ellas tenía que ser la envidia fraterna; aunada a su propio fracaso como ser humano...

»Un día, con un pretexto cualquiera, mató a su hermano, el cual había llegado a ser uno de los principales líderes de su nación. Usó el pretexto de que Emilio se había vuelto un dictador y él debía liberar a su pueblo y otras razones parecidas.

Noté el enojo de la anciana. Realmente debía conocer bien a los personajes de la fábula; con un gesto me señaló ir terminando la anestesia.

—Yo quería mucho a Emilio. De hecho, fue mi primer marido y a pesar de nuestra separación, conveniente a sus fines políticos, nunca dejé de ser una leal seguidora de sus ideas —tosió un poco, y es que el quirófano estaba frío.

»Unas horas después de su asesinato, Rochester y yo lo intervenimos y salvamos. En esa época, el chip no estaba desarrollado al grado que te ha tocado conocer; de hecho, ni siquiera habíamos pensado en su diseño: Rochester se limitó a grabar en una oblea normal de silicio/germanio los viejos programas de aprendizaje del famoso Rabin, aquella serie interminable de diferentes latidos del corazón que todo aspirante a cardiólogo se ve obligado a aprender de memoria. Incluimos en la grabación algunas señales de habla y conectamos todo a una pseudoantena de germanio y ésta a una computadora. Insertamos el chip bajo el paladar por la distancia que había al tallo cerebral, aún cuando hicimos más daño que bien en esta operación y fue necesario hacer una clonación de tejidos, más tarde. De momento, el truco funcionó y Emilio aparentó estar vivo; cuando Raoul lo vio reaparecer, sin ningún daño y desmintiendo el atentado, le facilitamos un suicidio indoloro. Y por supuesto, lo carbonizamos hasta la última



célula, para que no dejara sus genes en clonación por parte alguna.

Terminó, con un gesto hosco y de repulsa.

Jamás había escuchado así a esta mujercita, modelo de tolerancia, tan repentinamente furiosa con un pobre gay enclosetado y ya muerto.

—Y... ¿qué fue de Emilio? —aventuré, tímidamente.

Edith terminó de hacer las últimas conexiones.

—Debo admitir que Raoul tenía algo de razón; efectivamente en sus últimos años, Emilio se había convertido en un dictador y comenzaba a traicionar sus propios ideales y su bondad, todos los valores que lo erigieran en líder.

»Cuando hicimos su última gran transformación, ya sobre su cuerpo clonado y rediseñado el chip, ignorábamos la capacidad lógica de comportamiento de éste. Lentamente, Emilio fue retornando hacia sus principios y, cuando murió, definitivamente, su pueblo le honró como al gran líder que en realidad fue.

»Gracias a él, este quirófano existe y los chips Golem sólo se insertan en seres humanos que tengan la valiosa capacidad de preservar lo mejor de nuestra especie, Aaron...

—Pero, ¿cuáles son los criterios para juzgar esa capacidad?

Edith restituyó, molécula por molécula, la capa de calcio y reconstruyó la base de la silla turca, diríase que a pinceladas.

—No lo sabemos, Aaron; el chip está programado con las leyes elementales de la robótica y la suma de ellas más la inteligencia guardada en estos recipientes —señaló el cráneo— hacen el resto. Bien, está listo. Termínalo, Botines; estoy muy cansada. ¿Te apetece comer algo, querido?

Di mi brazo, gentilmente, a la anciana médica y salimos juntos del quirófano. Botines se quedó en los últimos detalles que, algunas horas después, revivirían a un valioso ser humano. Tiramos los ensangrentados guantes en el reciclador, junto al quirófano.

—Doctora, hay alguna especie de registro o de...

—¿Te refieres a cuántos de los que ves por la calle son chicos nuestros?
¿Rehechos por nosotros?



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

—Sí, algo así.

Sin responderme, me llevó a otro piso. En la amplia sala sólo había marcos vacíos, colgados de las paredes.

—Todos quieren permanecer en el anonimato, Aaron. Pero si eres capaz de reconocer el origen de estos marcos, sabrás a quiénes pertenecen...

Y al menos uno de ellos era de teca hindú. ¿Sería Swami Paraswimar, aquel émulo del Mahatma Gandhi y quien finalizó el conflicto nuclear India/Pakistán, un cyberGolem?

Y... ése hecho de granito rojo ocre, evidentemente marciano, ¿pertencería a Banthum Sarada, quien lograra la independencia de Marte de la Tierra? Y aquel otro...

Los detalles y las texturas de los marcos resaltaban como las nacionalidades y los nombres y las personalidades de los líderes, cuyos retratos estaban ausentes.

Y no sólo eran políticos; ahí había médicos, artistas, científicos y hasta santos de varias iglesias.

Caminamos por la extraña galería hasta llegar a un extremo, en que el gran marco de corte colonial antiguo estaba velado, cubriendo un retrato que sí existía.

—Quizá le conoces... o quizá nunca le conociste, Aaron. No por el nombre de Emilio, pero gracias a él, tenemos este quirófano, los presupuestos que han pagado la investigación necesaria para corregir el chip Golem y para mantener ese perfecto mecanismo de aprendizaje y error que necesita la inteligencia, que se afianza en el instinto y que tanto ha contribuido al avance de la humanidad como especie. Has reconocido muchos rostros en esta galería —señaló la sala con su mano de larguísima dedos— a pesar de no haber visto un solo retrato; es justo que mires al creador de todo el orden que a tu generación, le ha tocado vivir. Conoces seguramente la historia del Golem, un esclavo que el rabino Loew creó, hace cientos de años, para hacer los trabajos pesados en la sinagoga... —hizo una pausa teatral—. Todos estos seres humanos han hecho un magnífico y muy pesado trabajo; liberar a sus naciones, guiarlas, curar enfermedades irremediables, proporcionar consuelo espiritual, salvar especies animales de su extinción, son un ejemplo de lo mejor de la bondad humana, de la grandeza del instinto humano de permanecer y sostenerse frente a toda adversidad, incluso la autogenerada. —Edith perdía años de edad conforme hablaba; retiró el velo oscuro que cubría el último retrato.

Era el rostro solemne de Aaron Emet Lianne, gobernante actual de la Tierra, con su edad presente, unos cincuenta años.



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

Estuve a punto de desmayarme al ver esa cara amigable, la del hombre que conocía como mi padre.

—... No puede ser —me escuché murmurar.

Y Edith siguió hablando, como desde una especie de niebla surgida de mi propio asombro.

—Por si no lo sabes, te diré que el Golem original se mantenía vivo, gracias a una inscripción que llevaba pegada en el paladar, una inscripción que, literalmente, «atraía las libres fuerzas siderales del universo» y no necesito recordarte que la aleación de germanio y los dendriones funcionan gracias a los rayos cósmicos, que llueven de forma natural en todos los mundos... ¿Sabes, Aaron, que el sello se va disolviendo lentamente al pasar los años y los circuitos integrándose al hueso hasta que es imposible encontrarlo de nuevo? ¿Y que lo mismo ocurre con los dendriones? ¿Qué, después de pasado un tiempo, es indistinguible un cyberGolem de un ser humano normal?

No pude contestar a la doctora.

Me pareció advertir en el retrato una pequeñísima sonrisa, copia de la mía propia, la de Aaron Emet, hijo.

Emet, como la inscripción que llevaba el Golem pegada al paladar y cuyo hechizo se borraba al retirar la primera E, quedando sólo Met, muerto.

Sentí como si mis manos, mis piernas, fueran de barro; miré mis uñas perfectas y advertí en ellas el sello de la clonación y comprendí con asco, cuál sería mi siguiente labor, por toda la vida que quedara en cada una de mis células, alternativamente.

No sólo el infierno; la especie misma estaba empedrada de buenas intenciones...

© *Martha Camacho*

Martha Elisa Camacho Alcázar, 1963, México, es escritora de ciencia ficción dura y terror y maestra de matemáticas cuando se lo requieren. Está especializada en Teoría del Caos. Tiene un montón de cuentos regados en diferentes revistas, dos libros publicados, ha participado en tres antologías, y un ganó Premio Nacional de Cuento.



¿CLONALIDAD?

por Blanca Mart

Detrás de toda historia épica se oculta algo de verdad y otro tanto de exageración. En esta ocasión, Blanca Mart nos comparte una narración en la que un simple cambio se convierte en el punto de partida de un movimiento en el que la participación de Janos de Klonus, muy a su pesar, tendrá tintes heroicos.

Este cuento ha sido publicado en papel en la antología Archivo Hurus II, por editorial Lectorum en 2002.

Esto sí que no lo voy a aguantar. Simplemente soy un clon. Nací por clonación y ahora resulta que eso es poco menos que un delito... Jamás en el Departamento Espacial me habían dicho nada al respecto.

Nunca, nunca me habían explicado nada en el Departamento Espacial de Astrax II. Ayer ocurrió todo; en unos segundos tuve que cambiar mi percepción de la vida. Y todo ocurrió porque se han promulgado nuevas leyes, pero no en los asteroides de Los Confines. No. ¿Pueden creerlo? En Tierra. ¿Qué demonios nos importa a nosotros?

Vivimos aquí en estos páramos. Porque todos lo dicen, esto es un páramo estelar como hay pocos. Nosotros, los del equipo, vivimos en la Zona (hace tiempo que dejó de llamarse Base); vivimos aquí y nos enfundamos en nuestros trajes y salimos al espacio exterior y tomamos mediciones y limpiamos la zona y destruimos los cúmulos que aparecen insidiosamente, reordenamos velocidades y direcciones: organizamos el caos y, todo eso no es más que una parte mínima de nuestro trabajo. Lo dicho: somos unos profesionales de primera. Nuestro diseño genético es tan adecuado que hemos tenido Premios de la Real Academia de Astrax II.

Todo iba bien. Todo iba bien. ¿Por qué demonios tenían que meterse los terrestres? Yo creía que nos habían olvidado.

Bien, hicimos una Asamblea Extraordinaria. Tuvimos que consultar los programas pues ya nadie se acuerda cómo se organizan estas cosas; nosotros normalmente hablamos todo sobre la marcha y actuamos según las necesidades que van apareciendo en el espacio y no vemos nada claro cómo responder a ese aviso de Tierra diciendo que estemos preparados para recibir a la nave *Magníficus* que aterrizará en diez días en nuestras pistas (¿?) También que debemos entregar todos nuestros programas a los militares que lleguen. Ellos organizarán el trabajo



y que no se nos ocurra desobedecer pues sería considerado delito de rebelión. Que no olvidemos las leyes que rigen a los robots pues también nos afectan por nuestra genética especial.

Especial, ¡no te jode!

Nadie entendía nada así que organizamos la Asamblea. Llevamos vino azul de las uvas de Baitinia II y carne de jabalí sintética y clonada. Erha, que es una de mis gemelas, montó una parranda como no te puedes creer. Trajo música tecno y, suerte que el vicepresidente de la Asamblea, Tarso, que es más serio, puso música clásica porque si no, no hubiéramos podido hablar con tanto ruiderío.

Pero en definitiva lo que había que hablar era elemental y clarísimo: venían los de Tierra. No sabíamos siquiera como sería su aspecto pero sí sabíamos que venían a fastidiar. En eso estábamos todos de acuerdo, así que a gritos preguntábamos qué demonios teníamos que hacer y yo, que había sido nombrado Presidente propuse no hacer nada, ni siquiera trabajar, hasta que la nave terrestre llegara, pues si no, todo iba a ser reclamaciones.

Aprobaron la propuesta por unanimidad aplaudiendo y lanzando vítores y aclamaciones.

Cerramos la Asamblea bailando nuestro baile tradicional enlazándonos por los hombros e imitando el rumor de las olas de los mares de Los Confines y luego nos despedimos unos de otros abrazándonos y proponiéndonos hacer más asambleas de aquéllas, pues por cierto que la habíamos disfrutado.

De todas formas, la melancolía se enquistó en nuestros corazones cuando nos dimos cuenta que se nos iba a hacer muy pesado estar unos días sin trabajar y aunque, no lo hicimos, sé de muchos que propusieron hacer más asambleas.

El espacio siguió fluyendo ante nosotros, las porquerías que llegaban de Tierra se fueron estabilizando a nuestro alrededor, el caos se desorganizaba ante la amenaza de los restos de cúmulos flotantes.

Pero nosotros no queremos líos; siempre hemos trabajado a gusto, generación tras generación, sin tener que estar mirando el cielo.

Así que durante diez días nos sentamos y esperamos la llegada de la *Magníficus* que, dando muestras de una ineficiencia total, tardó casi un mes.

A estas alturas los asteroides apenas se podían ver, rodeados como estaban de la zozobra mental que nos invadía y de las energías perdidas. También, por supuesto, rodeados de toda la basura que, de rebote, llegaba de las



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

constelaciones de influencia terrestre. Pero, en fin, así son las cosas y mal vamos si no tomamos con calma los diferentes avatares de la vida.

El día treintavo, Klonius, un amiguete de la banda de los *Cantantes de Cuarzo*, avisó que recibía una frecuencia alterada.

Fuimos todos corriendo y como no cabíamos en la cabina entramos sólo Pólux y yo, Jasón de Klonus, que siempre me anda tocando todo, con eso de que soy el jefe, así que, para que los que se tuvieron que quedar fuera no se enfadaran pasamos el mensaje por la pantalla de luz y sonido.

No sirvió de mucho puesto que sólo se oía:

... *No ... rizar. No* (sonidos extraños) ... *rizar... y Da... dadas.*

Todos aplaudieron emocionados pues, quiera que no, era interesante oír un rugido-sonido nuevo, como aquél. Decidimos emitir avisando que no se entendía nada y fuimos repitiendo el mensaje durante diez tiempos de alfa-omega.

Entretanto hicimos otra Asamblea en la que Marea y yo enloquecidos de felicidad por el descubrimiento de nuestra mutua atracción química, decidimos casarnos e inmediatamente empezamos a dar las instrucciones al Laboratorio para que fueran preparando los tejidos de los que se clonaría a nuestros futuros hijitos e hijitas ya que como los de Programación del Laboratorio mezclan los códigos con imaginación, nunca sabemos lo que va a salir.

Pero no nos importa, nos gustan las emociones fuertes.

Así estaban las cosas cuando la *Magníficus* dejó de transmitir. Tuvimos unas horas de paz y luego los de la Torre de Avistamiento del Paisaje dijeron que había una porquería nueva entre las basuras del caos estelar.

Rápidamente nos pusimos en acción y los del radar se dispusieron a salir. Vimos en pantalla cómo se acercaban y capturaban el objeto. Rápidos y eficientes como siempre. Así trabajamos nosotros. Lo que nos sorprendió es que en lugar de destruir, reciclar o reorientar la basura, según el caso, la empezaron a remolcar hacia nuestro asteroide.

Cuando se acercaban, pudimos discernir que el cuerpo en cuestión bailoteaba y según la lectura de la pantalla estaba vivo. Y tan vivo, al llegar a tierra y abrir su traje de paseo vimos que era una mujer. Definitivamente, enana; debía medir algo así como un metro setenta, pero tenía una cabeza, dos brazos y dos piernas como nosotros, sólo que más bajita y más pesada. Todos estuvimos de acuerdo en que era muy guapa aunque hablaba con graznidos y gestos descorteses e imperativos que pronto nos empezaron a cansar.



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

Así que cuando nos amenazó con un láser y por el traductor entendimos que nos conminaba a seguirla o destruiría esta mierda en donde vivíamos –y dijo, la mierda ésa, refiriéndose a nuestro asteroide– alguien, creo que fue Altain Clonus de la familia de los Aerolitos le soltó un puñetazo en el estómago y sólo así cerró la bocota.



Sue Giacomani

Luego, en honor de la verdad, la cosa se disparó un poco, pues la terrestre le sacudió con su casco a Erión que ni había pestañado pero estaba cerca y su gemela Alaena le soltó una bofetada a la graznadora visitante.

Cuando los ánimos se calmaron después de quitarle el láser de paseo a la graznadora, pudimos hablar y con el traductor nos enteramos que no se podía transmitir por culpa de los inmensos –y dijo inmensos la muy enanita– bloques de masa y energía que rodeaban nuestro Asteroide y exigía –aunque esta vez lo dijo más suave–, que saliéramos a hablar con la *Magníficus* porque si no nos abandonarían a nuestra suerte y la zona sería clausurada. El oír muchas idioteces seguidas suele provocarme un buen dolor de cabeza, así que dije que lo que se clausuraba era la Asamblea, pues supuse que todos reunidos discutiendo algo, era una asamblea. Le dije a los del grupo Nardus que la llevaran al bar donde iban a cantar los de la banda de Zarcus y que no la perdieran de vista hasta que yo regresara.

No sé si iba contenta o furiosa porque igual graznaba.

Así que ahí voy... Me puse mi traje de paseo y con Castor, porque Pólux dijo que preferiría ir a lo de la cantada, nos dirigimos al espacio en busca de la *Magníficus*.

Con los años, en la Leyenda de los Mundos Clónicos, las cosas se distorsionaron un poco. Hay un poema que dice así:

*Y llegaban los humanos,
Muchos, varios.
Y todos eran iguales,
en su violencia, en su gesto que se desdoblaba y perdía
en el aliento fresco del silencio.
Aquel ocaso, hecho de pérdidas, ellos, asustaron a las garzas.*



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

Yo no sé qué coño tiene que ver eso con lo que pasó aquel día y que Cástor y yo vivimos. Hay otro canto que dice:

*El humano era igual al humano
y sembraba la muerte,
y adoraba el poder
con el ansia de las garzas locas
que trazan círculos perdidos en los páramos de Baitiana.*

Porque aquel día Cástor y yo cruzamos el espacio sorteando el desorden ocasionado en el caos y al salir de él pudimos ver una nave, no demasiado grande comparada con la nuestra.

La verdad, la *Magníficus* nos decepcionó.

Y dentro, fue peor.

Nos permitieron entrar después de múltiples radares y precauciones y, luego, toda la banda de enanos –no había ni uno que llegara a los dos metros–, se puso a graznar y a amenazar y yo, con eso de que era el Jefe, pues me había armado de paciencia, aunque todo tiene un límite. Al final el jefe de ellos, me mostró a sus soldados, todos vestidos iguales, andando igual, saludando igual y, por lo que oí, graznando igual sus múltiples amenazas. No es cierto lo que cuentan. No es cierto que el jefe terrestre me golpeará con el índice en el pecho diciéndome: *Tú, clon, tú robot, tú inferior. Yo: humano*. No es cierto que yo le fulminara con el rayo implacable de mi ira hecha fuego galáctico. Bueno, lo primero, sí. Sí dijo: *Tú clon, etc, etc. ...* y él, el super-ser; vaya, el humano.

Yo estaba admirado de su seguridad e iba pensando que quizás podríamos aprender algo, porque vamos, ¿cómo hablaba con el gesto adusto de la sabiduría absoluta si no lo sabía todo?

El caso –al fin, lo dijo, y ya no me sonó tan sabio– era que quería militarizarnos.

Parecía que le gustaba la fuerza, el poder, y su plan era muy simple:

Bajar a ese asteroide y daros leyes nueva, uniformes y eficiencia. Y la palabra eficiencia cobraba en su boca una dimensión avasallante, casi obscena.

Sentí cierta inquietud e intenté razonar con él. Nunca había visto un humano. Nada sabía de los terrestres, aunque las leyendas dicen, que por el poder matan a sus semejantes, contaminan los aires y las aguas. Incluso que destruyen por placer.

Pero las leyendas siempre exageran.



El caso es que Cástor protestó diciendo que aquello era absurdo. Y ¿qué creen? El humano le golpeó, fría, sistemáticamente, y enunció una ley, y lo hizo de forma muy explícita.

Según la Ley 1082 del Código terrestre respecto a población clónica, los nacidos por clonación carecen de derechos como seres humanos. Deberán ofrecer su trabajo a la sociedad y a cambio serán protegidos.

Fue la sonrisa fría del humano y la pasión descontrolada de Cástor lo que me motivó a hacer el gesto. Crucé mis dedos sobre el codo de mi hermano y, éste, inmediatamente, se controló.

Luego, vinieron más palabras y graznidos. Y al fin, nos permitieron regresar a Astrax II acompañados de dos soldados. Les expliqué pacientemente, que debíamos pasar de dos en dos, entre el organizado caos de la basura y, eso, guiándonos nosotros. No tuvieron más remedio que acceder.

Durante el viaje de regreso pensé en la peregrina idea del humano. ¿Gentes sin derechos? Jamás habíamos hecho nosotros algo así y eso que, con lo imaginativos que son los de Laboratorios, muchas veces salen grupos de diferente color de piel o estructura. Lo que el terrestre proponía era tan ridículo como quitarle los derechos a los azules, o a los bajos, o a los de diferente sexo...

Ridículo. Pero en el espacio, rodeado de la basura de las estrellas, mi mano soltó la basura que arrastraba y el soldado humano se alejó en la danza de la muerte.

Cástor ya flotaba solo delante de mí.

Les dimos coordenadas de aterrizaje y ellos se estrellaron solos, eficientemente. Y una parte de nuestro asteroide ardió y brilló durante un breve tiempo alfa-omega.

La mujer humana lloró y gritó y se admiró de que hubiéramos entrado en el ordenador de la pequeña nave terrestre y de que aún nos hubiera dado tiempo de mandar un mensaje a la Tierra, explicando que todos los clones habían muerto por un extraño virus (parece ser, que eso les suele fascinar). La zona debía ser clausurada y luego, la *Magníficus* explotó.

Han pasado los años y seguimos creando garzas blancas y flores rojas y azules y organizando el caos y limpiando la basura.

La única humana que tuvimos recobró la alegría e hizo familia con Erión, al que llama *mi altote*. Tienen hijitos –pues ellos son el futuro–, y se dedica a escribir sobre la psicología de la Divina Garza.



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

Todo está bien. Sólo que las leyendas siguen exagerando: Nunca, yo, Janos de Klonus, el jefe, me transformé en rayo de fuego. Nunca –acompañado de mi fiel Cástor–, surqué el aire perseguido por la *Magnificus*.

Sólo huí de ellos; pues ocurría que golpeaban fríamente y lo justificaban con leyes. Sólo temí que no respetaran la vida. Sólo –deberían cantar en las gestas– había ocurrido que deseaban uniformarnos y, a nosotros, los clones, nos gustan las formas diferentes, los colores nuevos, los perfumes diversos del mar de las garzas.

En fin, así es la clonalidad.

© Blanca Mart

Blanca Martínez Fernández (*Blanca Mart*) es licenciada en Historia por la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha trabajado como profesora-investigadora en el Instituto Internacional de Prospectiva en México D.F. Ha publicado *Cuentos del Archivo Hurus y Archivo Hurus II*; las novelas *La era de los clones*, *La soledad de la meiga y Lluvia sobre el barman en México*. En coautoría la novela *El Manuscrito Florentino* en México. La novela *La Nimiedad* en Barcelona. En Madrid, el libro de poesía *Avatares* y la novela *A la sombra del Linaje*.



INCREENCIA

por Fernando Orbis Mateos

Ésta es, al menos en apariencia, la historia de una científica que desahoga sus frustraciones al calor del alcohol y en compañía de un interlocutor que es incapaz de comprenderla. Ésta es, también, la historia de un mundo que no es lo que aparenta y en el que el misticismo ocupa un lugar fundamental.

Casi sin pensar empujo la puerta. *Empujo.*

—¿Es que en este maldito país de paletos no hay puertas automáticas? —digo en voz suficientemente alta como para recibir las miradas curiosas de un par de personas sentadas a una mesa cerca de la entrada.

El bar es alargado. Y deprimente. Sumido en una penumbra que no parece ir a mejorar, la barra se encuentra, desocupada, a la izquierda. A la derecha hay una fila de mesas de plástico de un diseño que alguien debió considerar elegante antes de la Gran Inundación. La del Pleistoceno, quiero decir.

De esa época geológica debe datar también la música ambiental.

Me encaramo en un taburete y apoyo los codos en el mostrador metálico. Al otro lado de la barra desdibujados hologramas en pálidos tonos verdes muestran escenas de fiesta y alegría, gente bebiendo y bailando. Sí, para fiestas estoy yo.

Un hombre bajo, moreno, con un poblado mostacho y rostro adusto se para justo delante de mí. Superpuesto a los hologramas, parece que está dentro de una pecera de sucia agua de color caqui. Alguien debería hacerse mirar el área del cerebro que ha engendrado la decoración.

—¿Qué va a tomar? —pregunta el hombre, secando un vaso de vidrio con un trapo mugriento. Tengo un vago sentimiento de *déjà vu*, de haber vivido ya aquello antes. Será por el bigote.

Lo primero que me viene a la mente es: ¿Y a ti qué te importa qué voy a tomar, baboso? Pero un rápido vistazo a la superficie acerada de la barra me confirma mis peores temores: voy a tener que hablar con él. La barra no es interactiva, táctil, como en los bares decentes en los que una tiene algo de intimidad, sino que es solamente conductora.

—Algo fuerte —digo—. Necesito algo fuerte.

El hombre me mira como si fuera un bicho raro. Quizás es que para él la vista de una mujer joven, moderna, es algo extraordinario.



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

—No entiendo su idioma —dice.

Dejo caer mi cabeza sobre la barra y la golpeo un par de veces. Flojito, no estoy tan mal como para autolesionarme. El metal está frío. Siempre lo olvido: fuera de los terrenos de Instituto, allí nadie sabe hablar en algo normal, sólo balbucean en su puñetero dialecto. Maldita sea, ¿quién me mandaba a mí venirme a este desierto intelectual? Y sin un traductor en condiciones. En este momento hubiera cambiado el bikini de última moda que me compré antes de venir por un sintetizador vocálico. Pero, claro, tenía que pretender que venía de vacaciones para conservar el secreto. Menos mal que el intérprete tenía un diccionario de español de regalo. Al menos puedo entenderles.

Un poco más tranquila levanto la mirada. Intento pronunciar todo lo claro que puedo.

—Vodka.

Recibo una nueva mirada de incomprensión. El hombre deja por fin de mover el trapo y se inclina hacia mí, ladeando la cabeza hacia la izquierda. Entre el pelo lacio y corto veo un implante auditivo del tamaño de un posavasos.

—¿Queeé? —dice.

—¡Voodkkaaaa! —repito. Esta situación empieza a parecerme surrealista.

—¡Ah, vodka! —dice al fin mi interlocutor. Asiente, efusivo, con la cabeza.

Pone el manoseado vaso frente a mí (suspiro mental, tenía que haberlo imaginado), se coloca el retal en el cinturón como si fuera a bailar la danza del vientre (no, oh, señor, no, no lo permitas) y saca del bolsillo del mandil un ajado comunicador portátil. Parsimonioso, marca mi pedido en su pantalla, ésta sí táctil. Menos mal que eso no lo tengo que tocar yo...

—¿Hielo? —pregunta.

—¡No!

Sobre mi cabeza zumba el distribuidor portátil, un pequeño robot montado sobre raíles que recorren toda la longitud de la barra. Cuando llega a mi altura frena con un débil chirrido. Yo me echo hacia atrás, por lo que pueda pasar. Al parecer el camarero tampoco las tiene todas consigo, porque retrocede un paso.



Jorge Luis Vilá



El artilugio extiende su brazo articulado armado con una delgada manguera. Al salir, el líquido claro salpica la barra pero un par de dedos acaban dentro del vaso. Podría haber sido peor. Con movimientos tan automáticos como los de la máquina, el camarero levanta el recipiente, limpia la barra con el trapo y lo vuelve a dejar. Inmediatamente la superficie de vidrio del vaso se ilumina con imágenes en movimiento, pero eso no me sorprende. La publicidad es una fuente de ingresos para los bares como otra cualquiera.

Sin prestar atención a los anuncios, levanto el vaso y lo vacío de una sola vez en mi gástrico. El líquido frío, con un deje dulce, a buen seguro restos de alguna bebida servida con anterioridad, entra ardiendo por mi garganta y se pierde en mi estómago. Ah, pienso, un calor reparador. Por fin algo funciona como es debido.

Antes de que se vaya, hago un gesto al camarero para que me sirva otro. Y otro.

Tras el tercero me relajo. Puedo ver la expectación en los ojos del camarero, y quizás algo así como admiración.

—¿Qué pasa? —le espeto— ¿Es que en este país una chica no puede emborracharse tranquilamente o qué?

Por supuesto, él no tiene ni idea de lo que digo pero, en vez de frustrante, el hecho me parece hasta gracioso. Creo que estoy al borde de la histeria.

Tras un par de minutos, cuando parece decidir que no le voy a pedir más de momento, el camarero abandona la pecera. No me fijo si hacia un lado o al otro. Bien podía haberse hundido en el subsuelo.

Me pongo una mano en el pecho, la mano que no atenaza el vaso. Los latidos de mi corazón poco a poco van siendo más lentos. El calor del alcohol relaja mis músculos. Y ahora, ¿qué?, pienso. Me siento vacía, como si después de haber buceado en las profundidades abisales de mi propia alma, hubiera por fin llegado al fondo y no hubiera encontrado más que arena sin vida. Y me doy cuenta de que en realidad era el descenso en sí mismo lo que tenía sentido, y ahora ya no me queda nada más que un ascenso lento y fatigoso, una descompresión prolongada, sin ningún aliciente que justifique salir a la superficie.

Por el rabillo del ojo veo una sombra a mi derecha. Vuelvo la cabeza y veo a un tío que se ha apoyado también en la barra, a mi lado. Es alto y delgado, con el pelo negro ensortijado y una cara agradable, de mentón fino y barba recién afeitada. Parece más viejo que yo, pero es que claro, yo, a mis cincuenta años, no los aparento. Todavía estoy de buen ver. Me sonrío. Yo a mi vez ladeo la cabeza, de manera que mi larga mata de pelo rubio caiga como accidentalmente sobre mi hombro; hago aletear mis pestañas como si fueran mariposas; sonrío, amable,



con mis ojos azul cielo, y le digo:

—¿Qué coño quieres, cretino?

—Perdone, pero no la entiendo —dice él en inglés, meneando a la vez la cabeza—. Veo que lleva un intérprete implantado, lo puedo ver detrás de la oreja, y todos vienen de serie con un diccionario de la EIL, la Lengua Internacional para Emergencias, así que debo suponer que usted sí me entiende a mí.

Tiene una voz agradable. No contesto pero sigo mirándole con una estúpida sonrisa en los labios. Finalmente, señalo hacia mi oreja y muevo la cabeza de un lado a otro. Para enfatizar más el mensaje, formo un puño con una mano y lo golpeo con la otra.

Él deja el vaso en la barra y asiente. Mueve mucho las manos en lo que piensa que son gestos que pueden aclarar su mensaje.

—Roto, está roto. Usted me entiende pero yo no puedo comprenderla. Si me ayudara un poco... —dice abriendo mucho la boca, esforzándose tanto en vocalizar que sus sílabas se arrastran y deforman hasta volverse casi irreconocibles—, podría echarle una mano. Puede utilizar señas.

Oh, esto va a ser estupendo.

—Así que quieres echarme una mano, ¿eh? —sigo hablando en ruso, como he hecho todo el rato—. Por supuesto, no lo dudaba ni lo más mínimo.

Él balbucea algo y continúa su manoteo, pero yo le corto con una mirada. Señalo al taburete a mi lado y él se sienta, sonriendo con timidez.

—Mira, estoy hasta los ovarios de chorradas —digo—. ¿Quieres saber lo que me pasa? Bien, por dónde empiezo. ¿Conoces algo de la Teoría Holográfica del Todo?

Espero, como si creyera que me va a contestar. Él ha notado la inflexión en mi voz, y sabe que le he hecho una pregunta, que por supuesto no ha entendido. Se empieza a poner nervioso, sus mejillas toman un encantador color anaranjado y sus manos empiezan a transpirar. Noto que me estoy divirtiendo, tiene una mirada de lo más cómica, con todo este esfuerzo por intentar ser amable. La ira y la desesperación que sentía hace unos minutos empiezan a desaparecer.

—No, es que...

Antes de que pueda decir algo más continúo. Como si me interesara algo de lo que tiene que decir...



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

—Supongo que el nombre te suena, pero nada más. Ya es algo. Después de cincuenta años, ha perdido su glamour, ¿verdad?

Él se ha relajado un poco. Tomo un pequeño sorbo mientras aclaro mis ideas y él hace lo mismo. Es paciente. Una pequeña parte de mi cerebro levanta una alerta. Se pregunta qué hace un tío como éste en un antro de mala muerte a estas horas de la tarde. No pega con el ambiente del lugar y eso hace que sea más atractivo de una manera perversa. El misterio que rodea al peligro, los chicos malos con los que sueñan las chicas buenas. ¿También sale de trabajar un sábado por la tarde, como yo? ¿O se dedica a actividades más... *turbias*? Todo es posible, pero eso es algo que tendré que dejar para más tarde, quizás. Ahora sólo estoy interesada en mí misma.

—¿Ves ese holograma? —digo señalando hacia la pecera verde más alejada y descolorida. Muestra una escena en un bar, un grupo de hombres y mujeres de caras pálidas que levantan jarras de cerveza—. Hace cincuenta años, dos antes de que yo siquiera hubiese nacido, esa instantánea dio la vuelta al mundo. Supongo que por eso está ahí, porque es famosa a su manera, como los obreros almorzando de Ebbets. Aquí a nadie le importa quiénes son ni por qué brindan. Ha quedado como decoración barata para tugurios como éste.

»Effinguer, Granado, Marah, Reynolds, Siranovna. Por fin habían dado con una teoría que unificaba todas las fuerzas: electromagnética, nuclear débil, nuclear fuerte y gravedad. Y un holograma, tan apropiado, era la más adecuada forma de celebrarlo. A fin de cuentas es una teoría holográfica. Se les ve contentos, ¿verdad? Sí, debían de estarlo, se habían asegurado su presencia en el club del fabricante de pólvora. ¿Pero sabía en realidad alguno de ellos de lo que hablaba? Yo, a estas alturas, lo dudo.

»Yo tenía ya veintidós años, poco antes de decidirme a realizar la tesis doctoral en Física de Altas Energías en la Academia de Ciencias de Moscú. Se suponía que ya tenía una cierta experiencia en la vida, que había aprendido algo. Veintidós años dan para mucho, ¿no? Pues fue entonces cuando se me ocurrió que no conocía una respuesta que debería haber sido evidente. ¿Se puede calcular el tamaño del universo? No tenía ni puta idea.

»Ah... Después de cuatro vasos, este matarratas ya empieza a saber hasta bien. Y tú sigues ahí, mirando y diciendo que sí con la cabeza de vez en cuando, con esa boba sonrisa en la cara. Seguro que te aburres, pero eres amable y no me interrumpes. Empiezas a caerme bien.

»El tamaño del universo... En cuanto se me ocurrió te juro que sentí cómo la vergüenza me subía al rostro. Según las teorías cosmológicas, ésta es una pregunta sin sentido. Se han calculado tamaños mínimos, pero el tamaño máximo del universo podría ser infinito. Y el tamaño del universo visible ya se



conoce desde hace dos siglos: estamos en el centro de una esfera de unos 93.000 mil millones de años-luz de diámetro. Desde el punto de vista de la teoría holográfica cuántica, la pregunta debería ser igual de obvia. Sin embargo, yo no recordaba haber estudiado sobre ello en mis clases así que eso sólo podía significar una cosa: que en los años que llevaba en la universidad no me había enterado de nada. Porque si las propiedades físicas de un mundo de tres dimensiones como el nuestro podían calcularse a partir de una teórica superficie de dos dimensiones por medio del principio holográfico, si en teoría se podía pensar que nuestro universo estaba encerrado en una tal superficie, ¿cuál era su tamaño? ¿Se podía calcular su distancia más próxima a nuestra galaxia o, incluso, a nuestro planeta? Si nadie más se había preguntado lo mismo antes debía ser porque la pregunta era absurda, pero yo no podía comprender por qué.

»Durante dos años, mientras preparaba los experimentos que realizaría para ganarme mi doctorado, no me atreví a comentar nada, pero la pregunta se volvió, poco a poco, una obsesión. En todos los momentos en que mi mente se encontraba ociosa volvía una y otra vez al mismo tema. Cuando mis compañeros me alababan por mi dedicación a mis estudios, y mi familia se preocupaba por lo mismo, yo empecé a destinar los fines de semana a buscar toda la información publicada a la que pude acceder sobre aspectos poco ortodoxos de la teoría física. Pero no encontré nada publicado sobre lo grande que podía ser el universo holográfico. Me sorprendió encontrar que desde finales del siglo XX, cuando las teorías clásicas de supercuerdas ya empezaban a mostrar sus límites como unificadoras de todas las fuerzas fundamentales, se había intentado extender la teoría holográfica a la biología pero con tan poco rigor que invariablemente acababan todos los intentos en teorías pseudocientíficas de escaso valor.

»Un día se me ocurrió hablar del tema con mi director de tesis, mientras compartíamos una cena rápida tras un duro día de trabajo. Lo dejé caer, como si fuera un pensamiento casual que se me acabara de ocurrir. Él me miró muy serio por encima de su plato de estrogonof y sólo dijo una palabra: misticismo.

»Era una advertencia, ¿sabes?, no un insulto. Yo pensé en responderle: pero estamos en pleno siglo XXIII, una debería ser libre de hacerse cualquier pregunta que desee; además, qué tiene de mística una distancia interestelar, es una cuestión tan física y materialista como cualquier otra. Pero no lo hice. Bajé la cabeza y me concentré en mi comida. Que a un científico le acusen de misticismo equivale a encerrarle en un manicomio. Pierdes toda la credibilidad, nadie te toma en serio a partir de ese momento. Si algo han tenido de bueno los tiempos de incertidumbre y terror provocados por el cambio climático que durante dos siglos ha traído a la biosfera de cabeza es que para salir de ellos fue necesaria toda la racionalidad y medida que el ser humano es capaz de ofrecer. El destierro del creacionismo de la esfera científica, a finales del siglo pasado, dio carpetazo a la pretensión histórica de unir ciencia y religión. Pero al parecer había dado con una pregunta tabú y ni en mis más locos sueños me iba yo a atrever a abrir de



nuevo la caja de Pandora. De todas maneras, él me explicó la postura oficial de la Academia: el principio holográfico era sólo una herramienta matemática que daba buenos resultados, pero sin un significado real literal. Incluso si se calculara la distancia a la teórica esfera, eso no querría decir que existiera de verdad. Ergo no tiene sentido perder el tiempo con esa cuestión.

»Pero esa conversación no zanjó el tema, si no que, con la falta de sentido común de la juventud, me reafirmó en mi obcecación. Siempre he sido una romántica, así que todo aquello que pretendidamente se oculta tras el velo de los sentidos me ha fascinado, me ha arrastrado como un atractor a las soluciones de las ecuaciones sensibles a los estados iniciales. Durante veinticinco años he seguido haciéndome esa pregunta. No sólo eso, sino que he sacrificado mi tiempo libre a trabajar en el desarrollo de las ecuaciones que podrían resolverla. Lo cual por cierto me ha traído aquí, a una desértica y tercermundista Península Ibérica donde a alguien, imagino que en pos de una abundancia de energía solar para hacerlo correr, se le ha ocurrido poner un superordenador. «Una IA de nivel 6», decían en el folleto. «Capaz de procesar cientos de exaflops y de lograr la emergencia de autoconsciencia». Joder, si no hubiera sido porque era el más barato que pude encontrar no me habrían pillado ni en broma.

»Camarero, sírvame otro. Siete no es todavía mi límite, no estoy ni cerca. Y póngale otro aquí a cara de palo, sigue aguantando el tipo con esa seria sonrisa... Sí, eso, ponga... voodkaaa... en vaso... No me mire con cara de perro, estoy señalándole el puñetero distribuidor y el vaso del colega, tampoco es tan difícil de coger la idea, ¿no?... Voodkaaa... vaso... llenar desde aquí arribaaa... Eso es, así. Chin, chin, por O.R. Corporation y su mierda de computación holográfica.

»Pues llegando al meollo de mi historia, después de veinticinco años de esfuerzos a escondidas, me gasto los ahorros de cinco años y mis quince días de vacaciones, me vengo aquí con mis ecuaciones debajo del brazo, se las paso al denominado superordenador, ¿y qué obtengo a cambio? ¿Eh, qué obtengo? Me río por no llorar... ¡Misticismo!

Muevo la cabeza, al fin falta de palabras y con las lágrimas a punto de asomar bajo mis párpados cerrados. Saco la hoja de papel del bolsillo y la dejo encima de la mesa. Está en ruso, la maldita máquina ha tenido la deferencia de mandarme los resultados en mi lengua materna. Leo en voz alta.

—«Estimada señorita Teparova, adjunto resultado del cálculo bla bla bla... respuesta... blablablá...» Aquí viene lo bueno. «Si se me permite un análisis cualitativo de los resultados»... ya te podías haber metido tus opiniones por algún puerto de salida... «yo diría que el hecho de que la distancia a la que la hipotética superficie holográfica se encuentra de la Tierra sea, según los cálculos, de 3.1415 cientos de años-luz (no realmente 3.1415, sino Π cientos de años-luz) en todas las direcciones espaciales, es una prueba irrefutable de *la existencia de un*



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

Creador.» blablablá... «Que pase un buen día.»

Se acabó. De repente tomo conciencia de haber concluido un viaje con un final insatisfactorio, como si hubiera recorrido un continente a pie, día tras días, paso tras paso, para encontrarme varada en una playa, el océano extendiéndose frente a mí, sin ningún sitio más a dónde ir, y sin haber encontrado lo que buscaba. ¿Puede haber algo más desesperante?

Bien, sólo hay una salida, pienso al fin. Sin mirar, sabiendo que todavía está allí mi abnegado interlocutor, trasteo en mi comunicador de muñeca, me gasto unos pocos dólares más en un servicio de traducción al español y el sintetizador vocálico, con su átona y metálica voz de robot, expresa toda mi desesperación.

—Necesito echar un polvo. Vamos a mi habitación.

¡Ahora, ésa sí que es una sonrisa radiante!

No, otra vez no, piensa D, observando frenético cómo su Indicador de Creencia se mantiene constante, justo antes de alcanzar el punto límite. ¡Deducid y creed, deducid y creed, malditos, u os anatemizo a todos!



—Te convences ya, insensato — dice la Instructora—. ¿Te das cuenta de que de nuevo has cometido un error?

—Yo, es que...

—Ni es que, ni nada. Ya van dos veces que presentas el trabajo y dos veces que la pifias.

Vaya vocabulario, piensa D, se nota que está enfadada. Nunca la había oído hablar así.

—No prestas atención y no haces más que hacerme perder el tiempo — continúa—. ¿Sabes dónde has cometido el error esta vez?

—Noo... —dice D compungido.

—En la fuerza cohesionadora de largo alcance, en la constante gravitacional. La has hecho demasiado grande. Si hubieras considerado las ecuaciones de



afianzamiento, que vimos al principio del curso, sabrías que a mayor cohesión a larga distancia, más probable es el choque de macroobjetos, mayor el índice caótico, menor la ratio de especies racionales y de supervivencia a los impactos catastróficos, mayor la tendencia a la creencia irracional y más difícil la aceptación razonada de la existencia de un creador. Esos seres —dijo señalando hacia la esfera holográfica que flotaba en medio de la zona de aprendizaje, con un pequeño sol amarillento en el centro— lo han tenido tan difícil para evolucionar en el infierno que les has creado que han tenido que desarrollar un mecanismo cognoscitivo que les permitiera aceptar como verdaderos hechos sin pruebas. Con una esperanza de vida tan corta y una necesidad tan apremiante de tomar decisiones, no tienen tiempo de aprender ni de razonar a partir de lo aprendido, sino que deben creer sin evidencias y actuar por instinto. Es un atajo que mejora las posibilidades de sobrevivir hasta la procreación pero que impide la verdadera sabiduría. Durante su historia la existencia de un creador ha sido siempre objeto de una creencia ilógica y, desterrada la irracionalidad, se niegan a aceptar las pruebas científicas cuando al fin las tienen.

D está desesperado.

—Al fin y al cabo la mayoría piensa que existe un creador, ¿no? ¿No era ése el objeto del ejercicio?

—El verdadero conocimiento del creador era el objeto del ejercicio. La creencia irracional sólo es aceptable para el grado de «Chapucero», pero no para el de Diseñador, mucho menos para el de Experto Creador, así que acaba ya con los sufrimientos de esos pobres desgraciados y vuelves a hacer el ejercicio. Te doy una última oportunidad. Aprovéchala o tendrás que repetir curso.

Tenía que haberme apuntado al curso de Gestor de Universos Alternativos, piensa D al ejecutar las instrucciones que ponen punto y final al experimento. Con todos esos universos surgiendo a cada instante siempre se necesita mano de obra y hay oportunidades de promoción, pero es tan poco gratificante eso de dedicarse a reciclar la basura...

© Fernando Orbis Mateos

Fernando Orbis Mateos (Madrid, 1970). A la ciencia ficción, como aficionado, dedico lo que me dejan actividades más mundanas como el trabajo. Ya de niño me fascinaban las historias que encontraba en las novelas de a duro pero «vi la luz» cuando descubrí a **Asimov** y, sobre todo, a **Heinlein**. Desde entonces no he dejado de explorar el universo humano de la mano de los autores del Género. Éste es el segundo relato que publico.



MECANISMO

por Marié Rojas Tamayo

¿Todos los mecanismos son iguales? ¿Podemos conocer su funcionamiento plenamente? En este relato, Marié Rojas nos brinda algunas pistas que ayudarán al lector a responder estas preguntas.

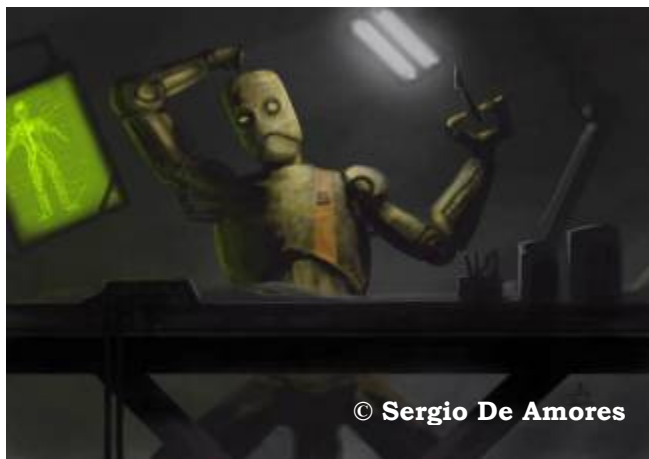
Para José Luis Fariñas, por su cumpleaños

*algunos eran mecanismos absurdos, y ni él mismo,
ahora que los tenía delante, sabía cómo funcionaban.
Crónicas Marcianas, Ray Bradbury*

Desensambló pieza a pieza, cuidadosamente, colocándola en su mesa de trabajo, anotando en un plano la localización exacta.

¡Vaya mecanismo! Cada elemento tenía su función precisa dentro del conjunto, cada acorde se sumaba a la sinfonía de modo perfecto... Terminado el estudio, procedió a ensamblarla.

Algo no marchaba bien, a pesar de haber seguido el plano... Lo desarmó de



nuevo y volvió a colocar cada parte en su lugar, tomando más cuidado. Pero la pieza principal, la que daba impulso al resto, se negaba a pulsar.

El robot se rascó la cabeza... A este paso iba a terminar suspendiendo el curso de anatomía humana.

Tal vez cuando su profesor les entregó el ejemplar vivo para estudiar a fondo, no estaba haciendo alusión a un análisis tan exhaustivo.

© Marié Rojas Tamayo

Marié Rojas Tamayo. Ciudad La Habana, 23 de mayo de 1963. Algunos libros publicados: *Tonos de Verde*, 2004, *Adoptando a Min*, 2005, *De príncipes y princesas*, 2006, *En busca de una historia*, 2011. Reconocimientos internacionales, entre otros: Mención Especial en el Premio Lazarillo de Tormes, OEPLI, 2009; XX Premio Ana María Matute, Ediciones Torremozas y Novela Finalista Andrómeda de Ficción Especulativa 2008. Sus cuentos y poemas aparecen en más de 50 antologías internacionales. Miembro de la Red Mundial de escritores, REMES.



SALLY Y EL LABERINTO

por Mauricio del Castillo

Un encuentro aparentemente fortuito es el punto de partida de una historia delirante en la que la velocidad es lo único que importa y las sustancias son el motor del mundo. Esta es, pues, la historia de un hombre ordinario que, sin tener idea clara del qué y del cómo, deja de tener control sobre su vida y queda expuesto a la influencia de Sally-

La mitología nórdica cuenta que sus legendarios Bersekers acrecentaban su fuerza de combate mediante la bufotenina, extraída del hongo amanita muscaria.

En 1950 aumentaron súbitamente los casos de dopaje, por lo que en los siguientes años las federaciones y asociaciones deportivas reglamentaron el control antidoping.

En 2100 se halló un nuevo compuesto derivado de la creatina como fuente de energía rápida para el esfuerzo explosivo: aumentó en un 75 por ciento la cantidad de esta sustancia en cada uno de los músculos utilizados por el hombre. Por consiguiente se favoreció la formación de fosfocreatina posibilitando alcanzar y mantener la velocidad máxima por un tiempo mayor que el habitual. Los récords mundiales de carrera y natación pasaron a ser ridículas referencias. El deporte dejó de ser divertido y los automóviles pasaron a ser piezas de museo.

300 años después la tecnología en la construcción de los laberintos alcanzó la cima en defensa contra los corredores. Asociaciones civiles protestaron y toda clase de personajes dieron su punto de vista al respecto. Luego de que los números de intromisiones a casas particulares tuvieron una significativa caída, nadie volvió a abrir la boca.

Mi punto de la historia no tiene nada que ver con fechas ni grandes acontecimientos; es tan personal y secreta como lo puede ser sacar la basura y meterla al cesto todas las mañanas. Supongo que es la historia de mi vida. Apenas pienso más arriba de la media, y nunca me jacto de ser el mejor en algo.

No tengo nombre ni apellidos. Soy lo que se dice un rumor, un conjunto de características, un simple rostro. Si creen que es injusto pasar toda una vida en el anonimato déjenme decirles que tuve mucha suerte. Es mejor ser olvidado por muchos años que morir en la gloria. Buena frase.

Odio las mañanas, sobre todo cuando suena la alarma dentro de mi cabeza.



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

Bostecé enfrente del espejo, intentado por todos los medios disponibles reconocer ese horroroso rostro lleno de ojeras y cabellos desparramados. La pantalla se iluminó al instante con la lluvia de noticias a todo lo que daba. No había mucho de que enterarse: guerra aquí, suicido colectivo allá, violaciones acullá... Bueno, ¿qué puede decir uno ante eso?, sólo un simple: «Buenos días, mundo cruel». Eso es todo.

Me restregué la cara con un jabón de hotel barato y pasé revista a los videos de vigilancia en el pasillo. Cada uno de los inquilinos debe responsabilizarse de su propia fachada, y yo no hacía más que seguir la norma para caminantes. Observé el vídeo a una velocidad intermedia sin que apareciera en mi puerta la menor esencia. La semana había comenzado bien y esperaba que así siguiera.

Bajé los escalones a toda prisa y crucé el vestíbulo de la estación para tomar las cápsulas para caminantes, sin que la tardanza pudiera hacerme dar dos o tres pasos rápidos. Es entendible: el que un caminante vea a otro con prisas y con ansias de llegar a tiempo a su destino le hace saber que lo mejor sería convertirse en un corredor. De modo que uno tiene que recurrir a estrategias para eludirlos y así alcanzar una cápsula libre.

Cuando la cápsula me depositó en la acera como lo estipula la norma de urbanidad para caminantes, desistí de llegar lo más a tiempo posible al trabajo. Estaba por tomar un atajo cuando, al doblar la esquina, choqué contra el vacío. Me tambaleé y caí al suelo.

Lo primero que hice fue llevarme una mano a la nariz; noté que estaba fracturada. Algo se había interpuesto en mi camino.

Me zafé bruscamente de un brazo que intentaba levantarme y di unos cuantos codazos a mi alrededor. Otro círculo de personas se formó a sólo unos metros de ahí. Me abrí pasó entre la gente para saber de qué se trataba. Se hallaba sentado en posición de loto, ignorando las preguntas que lo apremiaban.

Un corredor, desde luego.

Se notaba tranquilo, dado que una vez que se corta la aceleración deben relajar sus músculos y acostumbrar sus ojos al nuevo ritmo.

Enderezó levemente su rostro y me observó, a pesar de que tenía esa fea máscara contra fricciones. Su traje era anaranjado, con sutiles franjas de color rojo. Tenía una quemadura en el muslo derecho, pero todavía podía correr sus buenos kilómetros.

Abandonó su postura y se puso de pie.

—¿Se encuentra bien? —preguntó con una monocorde y mecánica voz.



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

Comencé a escurrir sangre por la nariz.

—Debería tener más cuidado —dije en hostil respuesta mientras me oprimía con una mano el puente de la nariz para que la sangre dejara de salir—. ¡Carajo! ¿Acaso no sabe reaccionar?

Creí que me mandaría al diablo, pero al parecer mi insulto no cambió su atención.

—Está herido —dijo, esta vez apenado—. Tengo un consultorio muy cerca de aquí. Permítame atenderlo. Es lo menos que puedo hacer por usted.

Un señor enfurecido le reclamó enseguida; después, los demás hicieron lo mismo. Comenzaron a cuestionarlo y a encararlo, pero él esperaba mi respuesta como si la vida se le fuera en ello. Con un interés hacia un simple caminante como yo, su afirmación me resultó demasiado inusual:

—Debo asegurarme de que usted esté bien.

Una mano intentó tomarlo por el hombro. Sin embargo, sus reflejos fueron tan súbitos como los lentes de una mosca. La mano retrocedió por puro instinto, como si hubiera sufrido un toque eléctrico. Todos dieron un paso hacia atrás con exaltación. El corredor no empleó la menor violencia: lo había hecho con una delicadeza anormal, como si apartara una hilera de patos en el camino. A pesar de mi débil condición no pude dejar de sentirme fascinado.

—Deje de hacer eso —le advertí—. No les agrada mucho su, *ejem*, habilidad.

—No veo de qué otra forma pueda ignorarlos —expresó.

Los rumores y los malos gestos comenzaron a rodearlo. No adoptó postura alguna de defensa, ni siquiera evidenciaba la intención de salir de ahí. Podía sentir su mirada a través de su máscara, como si dependiera de mí lo que le ocurriera a él.

—¿Lo conoces? —me preguntó un hombre de mediana edad, bastante molesto. Iba con él una mujer que no dejaba de mirar con horror y angustia al corredor interrumpido—. ¿Lo conoces?

—Él chocó conmigo —dije—. Yo no lo conozco.

Todo el mundo comenzó a gritar e insultarlo. El corredor intentó decirme algo, pero sus palabras se ahogaban en la queja general. De repente sentí un dolor agudo en la parte baja de mi espalda; alguien me había golpeado con un objeto. Dejé escapar un gemido y me doblé en dos. Con la cabeza agachada y la nariz ensangrentada alcancé a decir:



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

—¡Sáqueme de aquí antes de que nos maten!

No tardó en obedecerme y corrimos.

Recorrimos unas cuantas cuadras sobre la acera. Casi no hablamos. De hecho, casi no íbamos juntos: yo sólo me limitaba a sobarme la espalda. Observaba con detenimiento todo a su alrededor, en particular las miradas y el bullicio de la ciudad. Debía pensar que se trataba de un extraño sueño, en esos en los que uno duda si ha despertado. En ocasiones se detenía y contemplaba un curioso efecto y asentía con aprobación. Parecía haber estado ausente durante mucho tiempo.

Entramos a un condominio lujoso. En el tercer piso del edificio, el corredor corrió de golpe la puerta y con un ademán me invitó a pasar.



Jorge Luis Vilá

un diminuto cierre. Su máscara se abrió en dos pliegues que dejaron al descubierto su rostro.

Se trataba de una mujer, una digna representante de la raza femenina. Sus ojos azules estaban llenos de pureza y suavidad, tan grandes que, sin ser disconformes con el resto de sus partes, uno podía quedar hipnotizado. Su negro cabello contrastaba con su blanca piel. Al moverse hacia la luz reflejaba un tono azul que sólo el negro más intenso puede crear. No tenía cirugías elaboradas, ni siquiera la más mínima porción de maquillaje. Su fresco aroma se transportaba en ella como un gemelo siamés.

Mi primera impresión fue que era un lugar acogedor. El arreglo era una mezcla de sencilla modernidad, sin muebles y adornos ostentosos. La alfombra dejaba ver marcas de quemado en las entradas a los cuartos y en la sala, con el tipo de dibujos que le hubieran encantado a un rey persa. Los holocuos eran provocativos, sin caer en lo ofensivo.

Me condujo al interior, justo donde se localizaba el consultorio. La cama y el ropero en él evidenciaban que también servía como dormitorio. Me indicó que tomara una silla y, antes de examinarme, dijo:

—Aguarde un momento —alzó un brazo por encima de su cabeza y deslizó



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

Entonces noté otras cualidades que dejé pasar la primera vez. Era tan llena de forma como un cisne, pero sus caderas eran fuertes al igual que una pantera. Sus anchos hombros otorgaban un aspecto parecido al de una nadadora. En cada uno de sus portes podía vislumbrarse una magnificencia, como si fuera retratada por mil pintores a cada momento.

—La máscara no me dejaba ver —se excusó. Se inclinó tanto que podía escuchar su respiración—. Veo que le he fracturado la nariz.

Apenas reaccioné para contestar:

—Pensé que eso ya había quedado claro.

—Lo siento. Usualmente no atiendo caminantes. En realidad me dedicó a efectos secundarios causados por la aceleración.

Apoyó sus manos en mis mejillas para mantener mi cabeza quieta; no pude hacer otra cosa que seguir mirándola al rostro. Debo decir que logró el cometido de llevarme al cielo antes de arrojarme a un abismo de dolor puro.

—No se mueva —indicó. Tocó la nariz con suavidad y la acomodó de golpe, sin previa advertencia. Lancé una maldición; cuando reaccioné, ella ya estaba quitándose los guantes sin darle mucha importancia al hecho.

Permanecí ahí, inmóvil, sobándome la nariz. Me colocó un molde corrector sobre ella y dijo:

—No lo toque por un mes.

—¿Siempre es así de brusca con sus pacientes?

—Debo ahorrar anestésico para casos más extremos —se excusó—. Espero que lo entienda.

Me dedicó una sonrisa a la cual no pude resistirme. Me vi forzado a devolverle el mismo gesto.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó, con un tuteo que nunca me pareció ofensivo.

Se lo dije.

—¿Y usted es...?

—Llámame Sally.

—Hay algo que quiero saber..., Sally. ¿Qué fue lo que te llevó a chocar



conmigo?

—Debo ser la mujer más distraída de la ciudad —explicó—. Lo siento. Nos piden mantenernos alejados de las aceras.

—Ya lo había supuesto —la interrumpí—. Nadie las transita. No a esa velocidad.

—Espero que no te haya echado a perder tu día —dijo—. Nunca suelo pasarme de lista de esa forma. —Comenzó a reír, se excusó y dijo ser consciente de que aquello no era gracioso para mí. Yo repuse que era divertido: el hecho de que me salvara de un desagradable martes en el trabajo merecía mis alabanzas.

—¿Dónde te dirigías? —pregunté, mientras nos acercábamos a las suaves luces procedentes de la sala.

—A las Colinas de Exter. Busco un puesto 7a.

—Eso es para caminantes —objeté sin verme muy descorazonador—. Se necesita trabajar a tiempo real.

—Pero se gana bien —dijo Sally con voz incómoda—. Lo que aquí gano me permite subsistir y pagar mis deudas. Pero los catalizadores y los gimnasios acondicionadores son un gasto fuerte. Los precios de cualquiera de esas sustancias no son accesibles. Soy joven todavía y puedo darme el lujo de consumirlos.

—¿No puedes pedir un crédito a tu proveedor? —pregunté.

—Es un cabrón —expresó, con un odio por demás salvaje—. Un autentico cabrón. Sus exigencias no me agradan.

Ya me imaginaba qué tipo de exigencias. Siendo tan bella... En cuanto a los gimnasios, sólo alguien de un alto nivel económico podía pagarse un tratamiento acondicionador óptimo. Se trataba de una mujer con grandes expectativas.

—Sólo será por unos meses —se justificó. Dejó la charla a un lado como si todo el asunto la cansara y se retiró por unos segundos a su consultorio-dormitorio. Regresó a la sala, esta vez con unos pantalones deportivos de policolor y una toalla alrededor de su cuello. Pese a eso, la encontré muy tensa y sus manos temblaban más de lo normal.

Apenas advirtió que yo estaba ahí.

—¿Te pasa algo? —pregunté.



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

Su vista recorrió con temor el apartamento. Retorció un hombro, después el otro. Se tomó de los brazos e hizo varias inclinaciones de adelante hacia atrás, como si estuviera poseída por algún demonio.

La sujeté con fuerza de las manos y alcé la voz:

—¡Te pregunté si te pasa algo!

Tenía el impulso de abofetearla y hacerla salir de ese lapso, pero Sally sacudió su cabeza con violencia. Mantuve la mirada enérgica a la espera de que hablara. Sus labios temblaron, pero al poco tiempo regresaron a la normalidad. El sufrimiento se notaba con claridad en ella.

—Cuando chocamos —dije— perdió su efecto, ¿verdad?

Asintió levemente.

Me pareció un asunto delicado. Ellos no suelen hablar de eso con un caminante: creen que los expone de alguna forma.

Se puso de pie. Dio la impresión de que aún no se acostumbraba a la velocidad normal, como si de repente sintiera los efectos de un fuerte alucinógeno. Para un corredor, dicha sensación era como caer en un agujero profundo, en medio del más absoluto silencio. En ellos, los objetos reales se convierten, repentinamente, en objetos de museo: los caminantes se asemejan a maniquíes de aparador, las aves parecen quedar suspendidas por medio de un hilo invisible y los relojes son meros adornos, de tal manera que cinco segundos se pueden tornar en dos minutos.

—Es la segunda vez que me pasa —dijo por fin—. Ahora sólo falta esperar.

No me gustó su comportamiento; algo me hacía sentir incómodo en ese lugar. De repente sentía que las paredes me cerraban la vista y el paso, con ella justo en el centro. Su presencia se podía interpretar al mismo tiempo como una ausencia, y su belleza no era más que una fachada.

—Tal vez deba irme —dije, con la mano en la puerta.

—No —dijo, casi echándoseme encima—, espera.

Me puse de pie. Ella se movió tan rápido que apenas pude darme cuenta que trataba de regresarme a mi asiento. La observé, sorprendido. Mi mirada hacía más de mil preguntas, y Sally supo que debía darlas.

—Son réplicas —explicó—. Espasmos. Siempre queda algo en el organismo. ¿Deseas tomar algo?



—Creo que todavía puedo hallar una cápsula por aquí cerca.

Sally atravesó la sala ante mi escrutadora mirada. Llevaba la paranoia estampada en sus ojos: grandes, sin parpadeos y sin vida aparente. Escuché la caída de varios objetos en el baño, con una violencia y un arrebató que me hicieron saltar de mi asiento. Después el silencio, como siempre sucede después de una tormenta. Escuché su llanto rebotar en las paredes, hueco y lastimoso, logrando aumentar la triste atmósfera.

La contemplé, yo apoyado en el marco del baño y ella en el suelo rodeada de cajas con analgésicos, cosméticos, trozos de espejo y bolsas de plástico vacías que alguna vez contuvieron catalizadores. Su cabello cubría sus ojos pero noté las lágrimas secas en sus mejillas y un puchero en su boca.

—Acabo de terminar la última ampollita de catalizador —susurró—. Descubrí que no tengo más.

Volvió a llorar, con el rostro enterrado en sus manos. Quise acercarme, pero me abstuve. En cambio dije:

—Yo... quisiera ayudarte, pero no sé cómo.

Algo me decía que todo esto estaba mal. No necesitaba de mucha deducción para saberlo. Tal vez no había chocado conmigo por un mero accidente, y lo que necesitaba era una fuente segura de ingresos. Los corredores son gente que se la vive de lujos y de buena vida. Cuando tocan fondo recurren a otros corredores, algún banco pro corredores o venden sus residencias a precio de ganga para correr un par de miles de kilómetros. Algunos descerebrados recurren a la rapiña y al vandalismo, pero nunca a la última opción: la ayuda de un caminante.

Sin embargo sufría. No quería ponerse de pie, como si ese fuera su lecho de muerte. Pensé por un momento que tomaría un trozo afilado de espejo y...

Me escurrí en su habitación y tomé de sus estantes una manta. Regresé y la cubrí, alejando de ella algún objeto que pudiera ser peligroso. Su bello cuerpo me presentó problemas al ponerla de pie. A duras penas se recargó en una de las paredes. Al retirar los mechones de su frente, me percaté que sus ojos lucían apagados. Su boca era tan sólo una línea inexpresiva que representaba a una muñeca de aparador sin substancia. Si hubiera querido, le habría hecho el amor y ella no lo hubiera notado.

Sin malicia alguna la despojé de su traje anti fricciones y la arrojé en su cama. Al instante comenzó a dormir plácidamente.

Tomé una tarjeta de comunicación, la introduje en la ranura con la dirección de la oficina y dicté:



—No me tomen en cuenta hoy y mañana. Gracias.

Había llegado la noche. Arreglé un poco el desastre del baño y busqué algo de comer en la alacena. No hallé nada, excepto una bolsa con papas fritas y una botella con agua. Bebí y comí un poco para apagar el hambre y la sed, contemplando cada rincón del apartamento. No sé si eran las luces o la falta de sol, pero el lugar me pareció ahora agradable. Me sentía como un auténtico huésped dentro de un gran hotel, con la agradable idea de saber que no iría a trabajar mañana y acompañado de una desquiciada y bella princesa tumbada en la cama.

Despertó, con la sorpresa de hallarse con un camisón puesto; sin embargo, un aire de resignación se apoderó de ella. No me dio las gracias por el detalle de cuidarla y salvarla de cometer una tontería. Me dio la impresión de que había echado a perder algo concerniente a su existencia.

—No fuiste de mucha ayuda —gimió—. Pude haberme quedado tirada todo el día y animarme a buscar un catalizador en la noche.

—Eso no fue lo que yo vi —dije un tanto molesto.

Ya en la mesa se encontró con un desayuno decente: huevos revueltos, pan francés con miel de maple y un zumo de naranja recién exprimido. Eso nunca falla. No obstante, ella se inclinó con indiferencia sobre mi obra maestra matinal y comió sin mucho apetito. Creo que la aburría el hecho de masticar la comida y no inyectarse un suero vitamínico en el brazo.

Luego de devorar mi porción y hacer lo mismo con los restos del desayuno de Sally, apareció vestida nuevamente con su traje antifricción. Comenzó a preparar una maleta deportiva lo más rápido posible con todo tipo de ropas.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Irme, no pienso seguir así.

—¿«Seguir así»?

—Ya sabes, caminando. Pierdo mucho tiempo.

Eso era claro, lo que no entendía era cómo podía conseguir sus catalizadores. Ensimismada en su asunto, preguntó sin voltear a verme:

—¿Tienes dinero?

Odio esa pregunta, y más cuando la gente está segura de que puede obtener



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

ese favor de mí. Esperaba que fuera más condescendiente y menos directa. Creo que me retorcí un poco ante ese incomodo momento, pero alcancé a decir:

—No sé si te alcance... Yo no gano mucho.

Hizo su transformación: me miró fijamente, con sus brazos amoldándose a sus curvados muslos y un paso sugerente y rocamboloso. Con un absurdo aire de contadora profesional, a sólo unos cuantos centímetros de mi rostro, dijo:

—Con eso es más que suficiente.

Estábamos a un costado de la calle, esperando. Yo podía pasar desapercibido sin ningún problema. Sally, por el contrario, sería el foco de atención para los caminantes. Cuando tomamos la cápsula, no dejó de expresar su asco por el sudor y los malos olores de ese «primitivo medio de transporte».

—¿Me quieres decir a dónde vamos? —pregunté durante el trayecto.

—A casa de un amigo.

La cápsula rodó y nos depositó sobre la acera. El edificio era un chiquero, un muladar que bien podía servir como porqueriza. Lucía abandonado, los restos claros de una guerra desatada en la que nadie quisiera quedarse para contarlos. Aquí era donde vivía su traficante. Un catalizador de calidad y sin secuelas podía conseguirse en un establecimiento certificado, pero salía un ojo de la cara. Un supuesto «amigo» era más barato.

Luego de que traspasamos desvencijadas puertas, eludimos hoyos y heces de perro en el suelo, acabamos en frente de una autentica plancha de metal. Sally accionó un timbre y en instantes una voz preguntó:

—¿Quién es?

—Blancanieves. Con sus siete enanos.

—Oh, Sally. Pasa querida, en un ratito te atiendo.

La plancha se deslizó y dejó ver un apartamento alfombrado, luces de neón y cuadros parisinos. Tardé unos segundos en reconocer la Octava Sinfonía de Gustav Mahler que salía disparada del equipo de sonido. El amigo de Sally tenía clase, pero también me pregunté qué clase de corredor aprecia a Mahler y habla a velocidad normal sin el uso de catalizadores.

Me había imaginado a un hombre enfundado en un saco a la medida, una pañoleta en su cuello y un vaso de whiskey con hielo, pero la autentica visión era



otra: un autentico monstruo. Su brazo izquierdo era de metal articulado y la pierna derecha era de madera. Su cráneo parecía hecho de cristal opaco sin el menor rastro de oídos. Una línea de escáner representaba sus ojos. La parte inferior de su rostro estaba intacta, pero se escuchaban carraspeos dentro de una máquina, como si nunca hubiera abandonado el aparato de audio. Seguramente había sufrido una amputación y habían reemplazado la mayor parte de sus miembros con prótesis, rellenándole muñones, acoplándole un baffle en su garganta y ajustándole un visor horizontal de cíclope.

Me ganó la pregunta al decir:

—¿Qué diablos es eso?

—Tuve un encuentro fortuito con él en la calle —explicó Sally.

—Sí, pero él es un... *caminante*.

El hombre arrastró la pata de palo hacia nuestra dirección como si su apartamento fuera la cubierta del *Peacock*. Sin decir más nos invitó a tomar asiento con un gesto ampuloso de su mano sana.

—¿Vienes por más? —preguntó.

—Sólo unas cuantas —dijo Sally—, pero no tenemos mucho dinero. Necesito algo bastante poderoso.

El hombre amputado meneó la cabeza, confundido.

—No me agrada ese «tenemos».

Sally me dio un pequeño codazo en las costillas. Con torpeza busqué en lo más recóndito de mi tarjeta maestra. Allí había lo suficiente para comprar un puñado de catalizadores.

Una vez que el traficante de Sally traspasara el monto a su cuenta personal, regresó con cinco catalizadores envueltos en papel celofán. Me sentí timado, y eso que no era el consumidor.

Sally se puso de pie cual espigada era y dijo:

—Bueno, creo que eso es todo. Adiós.

—¿Quién le hizo esto? —pregunté de súbito. El hombre se quedó paralizado al igual que Sally. El silencio se prolongó tanto tiempo que pensé que no obtendría respuesta. El hombre giró con dificultad y dijo:



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

—Un laberinto. Un jodido laberinto hace cinco años. Gracias por venir, linda.
—Enseguida arrastró su pata de palo y se perdió en las fauces de su apartamento. No quise molestarlo con más preguntas.

Creí que Sally se inyectaría los catalizadores en cualquier momento y me mandaría a la porra, pero no fue así. Tratamos de hablar sobre el incidente de su amigo. Yo admití haberme asustado por su terrible aspecto; aún me sentía preparado para escuchar toda la historia.

—Él era un corredor, uno muy bueno. Digamos que estuvo en el momento y en el lugar equivocado. Él dice que no es un caminante sino un enlace entre los dos mundos.

—¿Un laberinto puede hacer eso? —pregunté, intrigado.

—También puede apagarte las luces sin que lo notes, cariño. Piénsalo dos veces si quieres convertirte en uno de nosotros.

—Mi corazón es débil. Sufrí un infarto a temprana edad.

—Qué pena. Te hubieras divertido tanto.

Aguardó, con una semisonrisa en el rostro. Yo me vi obligado a hacer lo mismo. Balanceó sus brazos al mismo tiempo de que caminaba, un poco más relajada que la última vez. Yo no dejaba de estar quieto por la situación de hallarme acompañado por una corredora impulsiva: dos seres distintos compartiendo el mismo aire y el mismo espacio. No conocía a nadie que me cuestionará mis amistades, inclusive que se preocupara por mí al respecto. Supongo que ella tenía millares de amigos —siendo una corredora, es lo lógico—, pero muestran más intolerancia a todo lo que tenga que ver con los caminantes. No somos más que unos burdos caracoles para ellos.

—¿Te has incendiado alguna vez? —pregunté, pendiente de que nos recogiera otra cápsula—. Yo he visto en los noticieros a muchos que se incendian como muñecos en feria de pueblo.

—Me agrada el fuego, el del interior, cuando ni siquiera parpadeas y tu corazón late al mismo ritmo que el de un colibrí. Es una sensación increíble.

—Yo me refería al exterior. Ya sabes... como un fósforo.

—Me ha sucedido una que otra vez. Claro, no cerca de los caminantes. Ahora es muy difícil que suceda eso debido al perfeccionamiento del material con el que están hechos los trajes antifricción. Por cierto, creo que necesito actualizarme: el mío está bastante gastado.



—¿Los choques son muy comunes? Digo, no se da mucho, ¿verdad?

—No. Bueno, sí en cierto sentido. Es un exceso de confianza cuando corremos. Es como si te preguntaras metros y metros antes de alcanzar un obstáculo si lo puedes saltar o eludir, pero hay ocasiones en que nos hacemos la pregunta a escasos centímetros. Creo que contigo me pasó lo mismo.

Parecía estar sopesando en su mente, como si me estuviera midiendo. Podía escuchar el mecanismo de un reloj suizo y los enlaces de electrones chocar unos con otros mientras estudiaba mi rostro. Luego sentí su antipatía surgir de nuevo, esta vez corregida y aumentada.

Creo que ya estaba empezando a acostumbrarme a ella y a sus constantes cambios de humor. No me sentí ofendido por ello ni lo tomé como algo personal, aunque su malintencionado choque conmigo tuvo fines propios.

—Voy a probar uno —dijo, con sus ojos cafés brillando y dirigidos al paquete de catalizadores—. Esta noche.

Me sentí más aliviado cuando fuimos a beber un café. Tomamos asiento en la terraza de un local. Yo pedí un descafeinado y ella un expreso. Se me quedó mirando, pero no creo que estuviera acostumbrada a leer expresiones preocupadas en otros. Esperé con paciencia a que me revelara su plan.

—Hoy voy por una casa; pienso darte tu parte por los catalizadores y algo más por la molestia —dijo ella, apenas sorbiendo su vaso.

—¿Casa? —dije. Me tomó un tiempo registrar aquello. Sin que fuera mi propósito, me había involucrado en un gran revoltijo—. ¿Y qué vas a hacer?

—No pienso en algo brutal; sólo una sutileza. —Su sonrisa parecía enfermiza. Tuve un brusco escalofrío al escucharla hablar.

Eso no tenía la menor lógica desde luego. Ella no necesitaba de un simple caminante para allanar las casas. ¿Qué podía ofrecer? ¿Mis manos chatas y toscas? ¿Mi podrido cerebro? ¿Más de mi cuenta? Tenía un buen puñado de catalizadores en su bolso; todo lo que necesitaba era tragarse uno de ellos y sentir el cambio brusco. Y lo peor de todo es que estaba a punto de fastidiar a uno de los míos. Sin embargo, Sally dictaba las órdenes y yo las obedecía como fiel mascota.

—Puedes dejarlo así —dije—. Yo estoy bien. No creo que necesite más.

—No es lo que tú necesites, sino lo que yo necesito. Luego de treinta minutos los catalizadores comienzan a surtir efecto. No puedo estar activa y al mismo tiempo percatarme de que no hayan instalado un laberinto. Tú me dirás si tengo



el camino libre.

Entonces vi con claridad sus intenciones. Se había descubierto tal cómo era.

—Nunca chocaste conmigo por puro accidente —observé—. Era la única forma de resolver tu desabasto.

—Eso no es lo que yo... no es lo que quise hacer. ¡Maldita sea, no me mires así!

¿Cómo podía mirarla, entonces? Ella me tomó con brusquedad del brazo y dijo:

—Así son las cosas, ¿sí? Entiende que esto no se trata de absurdas leyes e insulsas morales. Se trata de subsistir. ¡Al demonio lo que sea correcto o no correcto! Si yo tengo la capacidad de hacerlo, le sacaré el mejor provecho. Puedes perderte, si quieres. Yo lo haré sola.

Me sorprendió con su furia. La miré durante un momento, sin saber cómo proceder: ¿Irme de ahí, seguirle el juego... o llamar a la policía? Observé su mirada feroz, la boca trémula, la postura de agresividad provocada por mi duda.

Retiró la taza de café expreso hasta el centro de la mesa y se paró de súbito, sin darme tiempo de responder. El asunto había quedado arreglado.

A última hora de la tarde comenzó a llover, y en instantes el cielo adquirió un tono grisáceo oscuro. No hubo estrellas que comenzaran a despuntar, ni mucho menos una tímida luna. Eso podía permitirle a Sally no ser vista.

Ella iba a mi lado, con un ojo en la acera y otra cerciorándose que yo siguiera ahí. Las gotas comenzaban a caer en su rostro, con la máscara en su mano y la bolsa con catalizadores en la otra. Iba estudiando cada una de las fachadas de las casas, como si pudiera su vista penetrar en cada una de ellas y observar la estructura interna. Sus gestos no revelaban haber encontrado una que fuera de su agrado; en otras se mostraba complacida, pero terminaba por descartarla.

Sally ordenó un alto, justo cuando ya era de noche y la iluminación fosforescente había aparecido en los mamparos. Nos plantamos enfrente de un edificio de cristales polarizados, con escaleras de mármol al pie de la puerta principal. Las luces empotradas no iluminaban más, mientras que el moho y las manchas de contaminación habían creado un efecto decadente y sucio en los cristales.

—Este edificio tiene algo —dijo Sally—. Apuesto a que esconden cosas lindas.

—¿Tu lo crees? —pregunté, sin dejar de mirarla a ella.



—Tarjetas de crédito, joyas, monedas de plata... Nos daremos la buena vida, corazón.

—¿En serio quieres meterme en tu plan?

Sally me apuró a subir las escaleras con sigilo. Me dio unas pequeñas instrucciones de cómo debía abordar el lugar y nos pusimos de acuerdo en la señal. Por un momento no alcancé a poner atención a lo que decía debido a que comenzaba a saltarme la idea de que esto no estaba nada bien.

Y creo que ese fue mi primer error.

Tomó impulso y me arreó un puñetazo en el estómago el cual me dobló en dos. Se irguió retadoramente, como si el hecho de que fuera mujer no le impidiera levantar los puños y defenderse. En definitiva no se trataba de la misma mujer que me había reparado la nariz.

—¡No te atrevas a hacer estupideces! —ladró con desprecio—. ¡Ni lo intentes!

Traté de recuperar todo el aire de mis pulmones, al mismo tiempo de que me ponía de pie. No podía siquiera mirarla. Deseaba, deseaba...

—Ahora colócate allí y llama. Iré a darle una vuelta a la cuadra para calentar —exclamó.

La obedecí a regañadientes. Cuando desapareció en la curva, respiré muy hondo y llamé a la puerta con el bocal.

Sintiéndome estúpido, intenté quitarle importancia al asunto, pero la expresión en los ojos de Sally quedó prendida en mi retina. Creo que le hubiera gustado darme unos cuantos golpes en mi cabeza. Me puso furioso. Ella sólo quería que echara un vistazo, uno pequeño para hacerle saber que allí no había ninguna clase de mecanismo de defensa contra corredores, lo que se dice vulgarmente como «laberinto». Tenía que hacerlo lo más rápido posible a fin de que ella no entrara en sospechas.

Escuché pasos al otro lado de la puerta. Después, una voz:

—¿Quién es?

No supe qué contestar. Por un momento pensé que se asomaría una escopeta y me volaría la tapa de los sesos. Me estremecí ligeramente, a la espera. No podía evitar pensar en aquel ser deforme con pata de palo que decía ser un corredor y en la terrible broma de la que fue objeto. Por un instante me sentí enfermo y aturdido.



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

—¿Quién es? —volvió a preguntar la voz con furia.

Vacilé y me sujeté con nerviosismo al barandal. La puerta no estaba abierta, pero tampoco estaba nada asegurada. Di un empujón fuerte, apenas lo suficiente para destroncarla de su lugar. La oscuridad me recibió.

—Por las buenas, mejor váyase —dijo la voz, esta vez más cercana.

A lo lejos, sobre un pasillo percibí su silueta recortándose en una luz amarillenta de fondo. En sus manos portaba un tubo de aluminio.

Miré hacia arriba a causa de un reflejo de metal brillante. En realidad era bastante metal, bastante abigarrado, casi a punto de descender con fuerza en el suelo de hormigón.

Una mujer en bata y una niña que no sobrepasaba la cintura se acercaron intrigadas.

—¿Es usted un corredor? —dijo el hombre aferrando con mayor fuerza el tubo. Sus ojos no me los podía quitar de encima.

—¿Acaso me ve correr? —pregunté.

Había una cierta quietud en el ambiente que me ponía nervioso. El hombre estaba decidido a toda costa en defender su hogar y su familia. La mujer no dejaba de titilar a su lado, mientras que la pequeña niña no entendía nada de lo que estaba ocurriendo.

—¿Viene solo? —volvió a preguntar el hombre.

—No, tengo alguien conmigo. —Di un paso hacia atrás—. No les hará daño.

—Háganlo: no les tengo miedo. Vengo preparado.

Miré a mi alrededor y dije:

—Lo sé.

Dejé la puerta emparejada, apenas lo suficiente para ver el resquicio. Regresé a la acera. Dentro de mí, sucedían muchas cosas. Intenté advertirle, hacerle saber que estaba mal lo que iba a hacer. Pero no podía hablar, sólo podía estremecerme justo ahí, deseando que no se acercara. Sentí ganas de vomitar.

Agité la mano justo por encima de mi cabeza, con los ojos apretados. Nunca supe exactamente qué dirección tomó.

Escuché un golpe seco no muy lejos de ahí. Miré hacia el edificio por puro



instinto, pero no tuve las agallas de escuchar.

Al tomar la curva, observé sobre el suelo un cuadro de luz que proyectaba la silueta borrosa de Sally. Mordía sus labios con perturbación, absolutamente incapaz de reaccionar. La asaltó el pánico, la misma clase de terror cuando pierden el control de su velocidad, la misma sensación de angustia e histeria de un hombre a punto de ser ahorcado. Las paredes cortan tan finamente que no sale sangre hasta que las sinapsis fallan y los primeros temblores hacen que el cuerpo ceda a la gravedad.

Entonces gritó, con los brazos alzados y su cuerpo siendo expuesto a un infierno sin salida. Su traje se rasgó y de ella comenzó a manar una mancha de sangre. Una expresión descompuesta, sólo eso. No pudo reaccionar a tiempo al ver una pared, justo antes de romperse los huesos en mil fragmentos y en total silencio.

Tres minutos después observé un charco de sangre escurrirse en un pasillo del centro.

—Ahí está —dijo el hombre, con la mirada fruncida.

—¿Está muerta? —preguntó la mujer en un susurró quebrado.

Pasaron unos cuantos segundos hasta que contestó:

—No, pero ha perdido mucha sangre.

Miré a Sally o lo que quedaba de ella. Su traje aerodinámico no soportó la fricción del aire; tenía los músculos convertidos en puré y sus piernas estaban tan rotas que se doblaban como un muñeco de trapo. La sangre a su alrededor la rodeaba al igual que un jacuzzi.

Llegó una cápsula-ambulancia. Pronto hubo policías por todas partes, y vecinos de pie en sus patios o hablando entre sí frente al edificio. Cámaras de televisión llegaron a tiempo para obtener imágenes del cuerpo, envuelto en una hoja de plástico al ser sacado. Había hombres y mujeres yendo y viniendo por todos lados. Supuse que estaban haciendo todas esas cosas estándar que hace la policía, tomando huellas dactilares, buscando evidencias.

Y las encontraron. No me quedó más que admitir el tráfico de catalizadores.

Ahora soy el prisionero C-2842957. El doctor dice que puede arreglar mi problema cardíaco, y que pronto no necesitaré de más cápsulas de transporte y esas insulsas 24 horas del día. Pero se está muy bien aquí, en la oscuridad y rodeado de cuatro gruesas paredes.



Porque no hay espacio donde ellos puedan correr.

© Mauricio del Castillo

Mauricio del Castillo nació en la Ciudad de México en 1979. Es licenciado en la carrera de Comunicación por parte de la Universidad Nacional Autónoma de México. Pasa su tiempo libre dedicado a la lectura y a la imaginación. Entre sus escritores favoritos están **H. G. Wells**, **Stanley G. Weinbaum** y **Robert A. Heinlein**. Ha colaborado para las páginas NGC 3660, Sitio de Ciencia Ficción, Otro Cielo, BEM Online, Revista Axxón, Sci·Fdi y Revista NM.



EL CRIMINAL MÁS PELIGROSO DE LA HISTORIA

por José Carlos Canalda

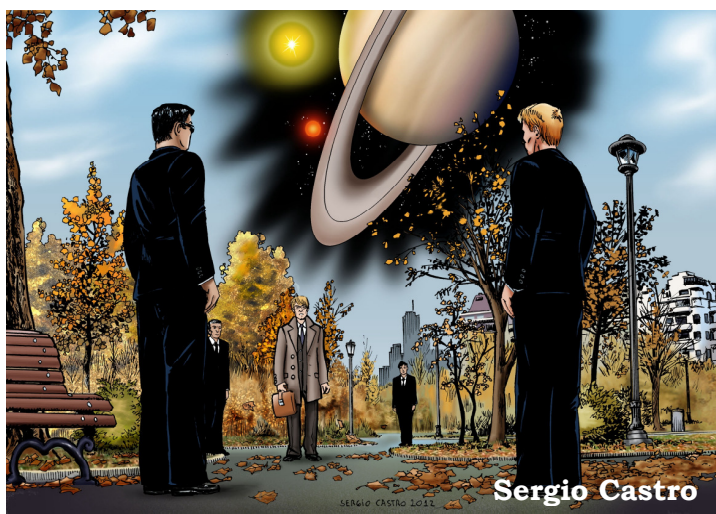
Ésta es la historia de L.M.D., un hombre con una existencia tan ordinaria como apacible hasta que un día descubre que, en realidad no es quien él ha creído siempre que es, y que detrás de una vida aparentemente normal pueden ocultarse secretos muy oscuros

L.M.D. era un tranquilo profesor de una universidad de provincias que no destacaba en las estadísticas nacionales ni por ser especialmente buena, ni tampoco por ser especialmente mala. De mediana edad, casado y sin hijos, L.M.D. era de costumbres pacíficas y nada dado a las discusiones, de modo que nadie le había conocido nunca enemigos y, como mucho, se había visto obligado a enfrentarse a algún que otro envidioso, algo que, como es sabido, en nuestro país resulta de todo punto inevitable.

Por lo demás tanto su vida conyugal como la profesional se desarrollaban con total placidez y sin sobresaltos, algo que, dicho sea de paso, desquiciaba enormemente a nuestro buen profesor.

Pero se equivocaban quienes estaban convencidos de que L.M.D. no tenía lado oscuro... empezando por él mismo.

Ocurrió durante una apacible tarde de otoño cuando L.M.D., terminadas sus responsabilidades laborales, abandonó la facultad dirigiéndose a casa. La distancia a recorrer no era demasiado larga y el camino era tranquilo, por lo que éste acostumbraba a ir paseando en vez de recurrir al transporte público, única alternativa posible ya que nunca se había preocupado por aprender a conducir.



Su itinerario pasaba por mitad de un parque, un aliciente adicional que, en pleno otoño, se mostraba como un auténtico recreo para la vista con los árboles y arbustos revestidos de toda la gama posible de tintes dorados. L.M.D. caminaba despacio, recreándose con una visión que no le podía resultar más placentera, y no advirtió hasta que ya fue demasiado tarde que tres o cuatro fornidos individuos, vestidos completamente de negro, le



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

rodeaban cerrándole el paso en todas las direcciones, impidiéndole toda posibilidad de esquivarlos.

L.M.D., es necesario volver a repetirlo, no tenía enemigos conocidos y, casi podría asegurarse, tampoco desconocidos, pero aunque la ciudad donde residía era tranquila y los delitos eran en ella escasos, eso no quería decir que estuviera completamente a salvo de un intento de atraco u otro tipo de agresión. Así pues, cuando se vio atrapado entre esos desconocidos de ademán adusto e intenciones presumiblemente preocupantes, sintió un repentino miedo.

—¿Qué... qué quieren ustedes? —logró balbucir en un intento desesperado por mantener la dignidad.

—Que nos acompañe —respondió el que parecía llevar la voz cantante—. No se preocupe —añadió al ver el tono terroso que adquiría el rostro del interpelado—. No le haremos ningún daño.

—Si lo que buscan es obtener dinero por mi rescate, les aseguro que se han equivocado de persona; no soy rico, ni tengo más posesiones que el piso donde vivo.

—No somos secuestradores ni delincuentes, sino policías —explicó a su vez éste, al tiempo que le enseñaba una placa de aspecto oficial que L.M.D. no consiguió identificar.

—Policía... —dudó el profesor, con sus esquemas mentales completamente descuadrados— ¡Pero si yo no he hecho nada!

—Lo sabemos, pero necesitamos que nos acompañe. Y no se preocupe, no le ocurrirá nada malo.

L.M.D. sentía un respeto casi religioso por la autoridad, y aunque algo desde un rincón de su mente le gritaba que no se fiara, ya que había delincuentes que se hacían pasar por falsos policías para cometer con impunidad sus fechorías, él siempre había sido confiado, algo que era consustancial con su carácter.

—Está bien —concedió—. Supongo que me querrán como testigo... —añadió más para su coleteo que para sus aprehensores, pese a que por más que se esforzaba no conseguía recordar que se hubiera visto involucrado en nada que pudiera reclamar el interés de la policía.

En cuanto a éstos, no respondieron a su pregunta, limitándose a abrirle paso en dirección hacia el corazón del parque, escoltándole a continuación dos a cada lado.

Una vez que llegaron a una pequeña plazoleta profundamente escondida entre



el follaje, el jefe de los policías, o lo que fueran, hizo un gesto mudo ordenándoles que se detuvieran. A continuación sacó del bolsillo un artefacto que L.M.D. no pudo identificar bien y que durante un instante temió que pudiera ser una pistola, y apuntando con él a uno de los árboles hizo ademán —o eso al menos le pareció al profesor— de pulsar en su superficie.

El efecto fue inmediato. Donde antes no había nada, entre el tronco y el lugar en el que se encontraban, se materializó un rectángulo de color negro y forma y dimensiones parecidas a las de una puerta. L.M.D. no pudo ver de dónde salió; simplemente no estaba y, un instante después, se alzaba ante su vista.

Y era una puerta, como pudo comprobar cuando el hombre se aproximó a ella y la cruzó, desapareciendo en su interior. Una leve presión en el costado le indicó que querían que él siguiera el mismo camino, por lo que venciendo su estupor y poco menos que arrastrado por sus captores se zambulló en el oscuro rectángulo. ¿Qué remedio le quedaba, sino obedecer?

Si L.M.D. pensaba que ya había agotado su capacidad de sorpresa, estaba muy equivocado. Una vez traspasado el irreal umbral se encontró no delante del tronco del árbol, tal como parecía dictar la lógica, sino en un recto pasillo de paredes y techo bruñidos, iluminado por una luz cuyo origen no podía identificar. Perplejo volvió la vista atrás, observando por encima de los hombros de los hombres de negro que cerraban la marcha que tras ellos tan sólo había un muro liso cerrando de forma hermética el lugar por el que se suponía que habían entrado. A él le hubiera gustado volver atrás y estudiar con detenimiento tan extraño fenómeno, pero le bastó con atisbar las miradas que le dirigieron para tener bien claro que no se le permitiría la menor distracción.

El pasillo por el que ahora caminaban tenía puertas a izquierda y derecha distribuidas según una secuencia regular y todas cerradas, pero sus acompañantes pasaron de largo por delante de varias sin prestarles la menor atención. L.M.D. comenzaba a preguntarse cuánto tardarían en llegar a su destino, cuando el cabecilla se detuvo frente a una de ellas, empuñó de nuevo el artefacto que usara en el parque, u otro similar, y atravesó el umbral con paso decidido, seguido por la cohorte que escoltaba al prisionero.

Entraron en una habitación de tamaño mediano, aparentemente sin ventanas y sin más puerta de entrada que la que habían utilizado, aunque teniendo en cuenta todo lo visto desde que le interceptaran en el parque, a L.M.D. ya no le quedaba nada claro. El mobiliario lo componía una mesa de despacho rodeada por varias sillas, junto con un largo sofá que corría a lo largo de la pared opuesta. La luz que iluminaba el recinto, cálida y agradable a la vista, al igual que ocurriera en el pasillo, parecía emanar de las mismas paredes, sin que se pudiera apreciar rastro de lámpara alguna.



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

Respondiendo a un mudo gesto de invitación L.M.D. se sentó en una de las sillas situadas frente a la mesa, mientras el jefe del grupo lo hacía frente a él. El resto de sus captores, según pudo apreciar por el rabillo del ojo, tomó asiento en el sofá sin abrir en ningún momento la boca.

—Y bien... —el policía, o lo que fuera, acabó rompiendo el silencio, tras unos segundos de mutismo—. Supongo que se estará preguntando por qué razón le hemos traído con nosotros.

Y puesto que la respuesta era evidente, continuó sin darle tiempo siquiera para responder:

—Usted es L.M.D., nacido en fecha... con DNI número... y actualmente profesor de Lengua y Literatura Españolas en la Universidad de... casado y sin hijos. ¿Es correcto?

—Sí, pero... ¿por qué razón estoy aquí? ¿De qué se me acusa? ¿Y qué es esto? No se parece a una comisaría...

—En efecto, no es una comisaría, al menos tal y como usted las conoce —concedió su interlocutor al tiempo que depositaba sobre la mesa la tableta electrónica, o lo que fuera, en la que había estado leyendo los datos—. Y nosotros tampoco somos policías normales en el sentido estricto de la palabra, aunque —añadió al ver el gesto de alarma del profesor— le aseguro que somos agentes de la ley y que estamos obrando conforme a lo que usted considera el estado de derecho. Sólo que no formamos parte de ninguno de los cuerpos de orden público que le son familiares: policía nacional, guardia civil, policía urbana...

—¿Son acaso agentes secretos? —preguntó L.M.D. sintiendo un nudo en la garganta.

—Tampoco, no al menos como lo entiende usted. Digamos que somos una especie de policía internacional que opera por encima de todas ellas. Y, desde el momento en el que se desconoce nuestra existencia, sí podríamos decir que somos secretos, aunque nuestra labor no tiene nada que ver con el espionaje.

—¿Por qué me han detenido? —a esas alturas L.M.D. comenzaba a tener la íntima convicción de que no se le había requerido como testigo, sino como inculpado—. Yo no he cometido ningún delito.

—Aquí no —fue la sorprendente respuesta.

—¡Y en ningún otro sitio tampoco! ¿O es que se cree que me dedico a llevar una doble vida en plan el Doctor Jekyll y Mister Hyde? ¿Qué pruebas tienen? ¿De qué se me acusa?



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

L.M.D. estaba cada vez más asustado.

—Señor M... —suspiró el policía con un atisbo de compasión reflejado en sus ojos—, mucho me temo que voy a tener que explicarle una serie de cosas que quizá le resulten difíciles de comprender...

—Explíquemelas —le retó—. Y espero que tengan una buena razón para obrar así, porque no pienso consentir que se atropellen mis derechos.

—No se preocupe —fue la enigmática respuesta—. Le aseguro que nadie los va a atropellar. Insisto de nuevo en que obramos con total legalidad.

Y a continuación, volviendo a leer en su tableta electrónica, comenzó a desgranar una retahíla de delitos.

—Estafa millonaria en XB-403. Genocidio en PQ-178. Violación y asesinato en AJ-651. Pederastia en HI-219. Espionaje y traición en MB-237 —aquí frunció el ceño y suspiró—; un mundo poco agradable, por cierto. Insurrección armada en YZ-450. Asesino múltiple en FF-476. Criminal de guerra en LJ-788. Delitos contra la religión —volvió a fruncir el ceño— en GV-111. Atracos a bancos, al parecer hay varios, en FF-255, XC-269 y MX-903. Terrorismo en DB-600 y en LÑ-643. Tráfico de estupefacientes prohibidos en VY-457 y media docena de lugares más. Atentado ecológico en KF-008. Tráfico de órganos humanos en HS-267. Tráfico de materiales radiactivos en TW-472. Blanqueo de dinero negro en al menos diez o doce mundos distintos... y el expediente sigue. Sinceramente —le miró al rostro con dureza—, resultaría difícil encontrar un criminal con mayor historial delictivo que usted.

—¿Bromea? —exclamó L.M.D. al tiempo que se levantaba de su asiento; no llegó demasiado lejos, puesto que unas manos le aferraron con fuerza por detrás obligándole a sentarse—. Yo jamás he hecho, ni por asomo, nada de esa sarta de estupideces.

—En su mundo no, por supuesto... pero sí en el resto —fue la desconcertante respuesta.

—¿En mi mundo? ¿En el resto? ¿Qué galimatías es ésa? ¿Me toma por un imbécil?

—Discúlpeme —suspiró el policía—. Olvidaba que en CZ-690 todavía desconocen la existencia del multiverso.

—Cada vez entiendo menos...

—Es muy sencillo. El multiverso es el conjunto de todos los universos paralelos posibles, y CZ-690 es de donde usted, o mejor dicho, su avatar,



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

procede. Pero hay otros muchos universos, y en cada uno de ellos existe una réplica suya...

—Ya, y yo soy Flash Gordon y estamos en el planeta Mongo... ¿Acaso quiere hacerme creer que toda esa jerigonza es cierta? Eso está muy bien para una novela de ciencia ficción, pero no para molestar a honrados ciudadanos.

—Le aseguro que todo lo que le he dicho es cierto. Existen múltiples L.M.D., al igual que cualquier otra persona, repartidos por los diferentes universos, y si bien es cierto que usted en concreto no ha cometido delito alguno, muchos de sus... digamos sosias no han sido tan respetuosos con la ley, de modo que todos ellos han acumulado esa larga lista de delitos que acabo de leerle.

—Bien, usted acaba de decirlo... yo no he hecho nada, y por supuesto no soy responsable de lo que pudieran haber hecho esos otros individuos, por mucho que se pudieran llamar igual que yo.

—Se equivoca. No son distintos individuos sino uno solo; ¿acaso las distintas facetas de un diamante ponen en duda su unicidad?

—Pero yo no tengo nada que ver con ellos; ni siquiera tenía la menor sospecha de su existencia hasta que usted me lo ha dicho, y todavía dudo sobre si creérmelo o no...

—Puede creérselo.

—Eso no cambia las cosas. Insisto en que YO —enfaticó con una elevación de la voz— no he hecho nada.

—Le repito que lo sé, ya le he dicho que no existe acusación alguna contra su avatar particular CZ-690; pero sí contra el resto. Y conforme a las leyes multiversales, un individuo es responsable de cualquier acto delictivo cometido por uno cualquiera de sus avatares, sea en el universo que sea. Así de sencillo.

—¡Eso es absurdo! —L.M.D. estaba más indignado que lo que hubiera podido estar en toda su vida.

—No lo es. ¿Imagina que usted cometiera un delito ayer y que hoy rehusara asumir la responsabilidad del mismo alegando que se trataba de diferentes fases temporales?

—*En los mismos ríos entramos y no entramos, pues somos y no somos los mismos...*

—¿Cómo dice? —al parecer la filosofía clásica no era el fuerte del policía.



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

—Citaba a Heráclito. Pero no tiene importancia. Lo que sí la tiene, es la comparación absurda que me ha pretendido hacer. Yo soy el mismo de ayer, y seré el mismo mañana; pero no tengo absolutamente nada que ver con todos esos individuos que, según usted, son réplicas mías... eso sería como acusarme de los actos de mi hermano gemelo, suponiendo que lo tuviera.

—Quizá la comparación no haya sido la correcta —reconoció el policía—. Pero mi afirmación es cierta. Si un asesino mata de un disparo a una persona no se arresta a la mano que empuñó el arma, sino a todo el individuo.

—¡Pero yo no formo parte de ningún tipo de extraño gestalt multidimensional! —L.M.D. se descubrió gritando y gesticulando como jamás en su vida lo había hecho—. Yo soy responsable tan sólo de mis actos personales, y lo que pretende hacerme creer es una completa aberración jurídica. No soy experto en temas legales, pero conozco mis derechos.

—Sus derechos en SU mundo —puntualizó su interlocutor con suavidad—. Pero no en el multiverso.

—¡Déjese de majaderías baratas! Toda esa historia que me ha estado contando no es más que una tomadura de pelo. No puede ser verdad.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo explica usted esto?

L.M.D. no llegó a ver lo que hizo el presunto policía, pero sí fue consciente de sus consecuencias. Repentinamente dejó de estar en ese frío despacho para flotar ingrávido, o al menos eso le pareció, en mitad del espacio. En torno suyo brillaban las estrellas con una intensidad desconocida en la Tierra, y a su derecha apareció, casi al alcance de la mano, un gigantesco planeta Saturno... aunque no era Saturno, sino otro planeta distinto, también anillado. Además al otro lado, donde debería haber estado el Sol, brillaban dos estrellas gemelas, una con fulgores dorados y la otra en tonos más apagados y rojizos.

—¿Se convence de que no miento? —la voz del policía le sacó de su estupor, dándose cuenta entonces de que había vuelto al despacho—. Acaba de ver una panorámica del Sistema Solar de UV-475, aunque por supuesto se trataba de un holograma; no hubiera sobrevivido sin protección en el espacio.

—Ya. Spielberg y Lucas también saben jugar con los efectos especiales, eso lo saben hasta los niños.

—Está bien —suspiró su captor—. Lamentablemente no puedo mostrarle ningún objeto procedente de otro universo dado que las leyes físicas impiden el intercambio de materia entre ellos, pero sí puedo hacerlo con algo manufacturado en el suyo con una tecnología desconocida para su cultura. ¿Me creerá entonces?



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

Y abriendo un cajón de la mesa le alargó un pequeño objeto oblongo de unos quince centímetros de longitud. Parecía una caja metálica similar en su forma a los estuches de las gafas, pero aparentemente no se apreciaba ninguna ranura que permitiera abrirla. De hecho, no parecía haber nada en su pulida superficie que permitiera adivinar su utilidad.

—Apoye el pulgar sobre esa pequeña depresión de la cara de arriba —le indicó el policía al verle dudar.

Así lo hizo, para soltar el objeto instantes después como si una serpiente le hubiera picado... porque efectivamente eso era lo que se había materializado ante él, una gigantesca cobra en actitud de ataque.

La cobra desapareció para tranquilidad suya, pero su corazón seguía latiendo a ritmo de locomotora.

—Discúlpeme —se excusó el hombre de negro sonriendo por vez primera—. Preferí no advertirle para no condicionar su respuesta.

—¿Qué...? ¿Qué es eso? —preguntó L.M.D. con un hilo de voz a la vez que señalaba con el índice el artefacto, caído sobre la mesa, poniendo cuidado en no rozarlo siquiera.

—¡Oh, puede tocarlo sin miedo! Tan sólo se activa cuando se pulsa el sensor que le indiqué. Se trata de un juguete inofensivo que sirve para reproducir de forma holográfica aquello que su mente imagina en ese momento. Por cierto —añadió con socarronería—, veo que usted me estaba comparando con un reptil venenoso...

—Yo... —el atribulado profesor entre la sorpresa, la vergüenza y el miedo—. Sí, tiene usted razón, estaba pensando en serpientes, de ahí mi sorpresa al ver ese bicho a dos palmos de mis narices.

—No se preocupe, no era real aunque lo pareciese. Y ahora, si es tan amable, le ruego que vuelva a pulsar el sensor pensando antes en algo agradable, preferiblemente en algo que sólo usted sea capaz de identificar.

—Está bien... —respondió, todavía no muy convencido.

En esta ocasión lo que se materializó sobre la mesa fue un pequeño perro que ladraba alegremente al tiempo que agitaba la cola.

—¡Pirri! —suspiró L.M.D. al tiempo que se derrumbaba en su asiento.

La imagen del perro desapareció en el momento en que dejó de pulsar el artilugio.



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

—¿Se convence ahora? Por cierto, ¿ése era un perro suyo?

—Lo fue... —el detenido parecía estar en otro mundo—, murió hace dos años.

—Si quiere alguna otra comprobación...

—No es necesario —suspiró—. Le creo. Pero sigo insistiendo en que no me hago responsable de esos delitos, y que me parece de todo punto injusto y abusivo que se pretenda hacerme pagar por ellos.

—Lo siento infinito, pero ésas son las leyes, y cualquier ciudadano del multiuniverso las conoce... salvo, claro está, los de aquellos espacios dimensionales más atrasados que, como el suyo, ignoran su existencia. Lamentablemente eso no les exime de responsabilidad, y le aseguro que es algo que se escapa de mi control.

—No es necesario que siga: ya me sé eso de que el desconocimiento de la ley no exime de su cumplimiento... aunque no se tenga ni la más remota idea de ella. ¡Cuántas injusticias se han cometido bajo su amparo!

Y ante el silencio de su interlocutor continuó, en tono apagado:

—Lo que no entiendo es tamaña inflexibilidad. Si mi mundo es, a efectos globales, poco más que una reserva de tribus primitivas completamente al margen de la civilización, ¿por qué no dejarnos en paz? ¿Qué mal hacemos a nadie?

—Su mundo es también mi mundo —rezongó el policía en voz baja—. Y también el de mis compañeros. No puede ser de otra manera porque, como ya le he dicho, los distintos universos son impenetrables para la materia, aunque eso no impida una comunicación mutua por otras vías. Y quizá no le falte tampoco razón si nos considera unos cipayos al servicio de nuestros poderosos amos... pero es lo que hay. La jurisdicción del Gran Consejo del Multiverso abarca a la totalidad de los espacios dimensionales sin excepción alguna.

—¡Un momento! —a la mente de L.M.D. afloró un pensamiento a modo de pistoletazo—. De ser cierto lo que dice, ningún criminal cumpliría condena en las cárceles... normales; y eso no es cierto.

—No es tan sencillo como usted cree. —en la mirada del policía había un destello de simpatía—. Muchos de los delitos cometidos por un avatar cualquiera de una persona, de hecho la mayoría de ellos, son dejados a cargo de las respectivas policías locales, ya que suele tratarse de hechos, digamos, aislados que no afectan al resto de sus réplicas en otros universos alternativos. Incluso algunos criminales reconocidos son personas de lo más honorable en otros lugares, por lo que se les deja en paz.



»El problema —continuó—, es cuando el comportamiento delictivo se repite en un porcentaje elevado de avatares, aunque no necesariamente en todos; entonces se entiende que tal persona, en su completa multiplicidad, es peligrosa en cualquier entorno, y es cuando entramos en acción nosotros. Cada una de las secciones locales recibe la orden de detener a nuestro correspondiente criminal, y así se procede sin excepciones de ningún tipo. Es cierto que, según su criterio, en ocasiones pueden acabar pagando justos por pecadores... pero le aseguro que existen fundadas razones para obrar así.

—Y en mi caso... —aventuró el profesor, cada vez más compungido; sabía de sobra la respuesta que iba a recibir.

—Ha tenido usted la mala suerte de ser una de las pocas variantes honradas de uno de los multicriminales más peligrosos de la historia. Lo siento —y parecía sincero.

—¿Qué van a hacer conmigo? ¿Juzgarme?

—Usted ya fue juzgado... y condenado. Ahora se está procediendo a detenerlo en todos los universos en los que usted existe, que obviamente no son todos.

—Condenado... sin haber hecho absolutamente nada reprobable en toda mi vida —gimió el atribulado prisionero con un hilo de voz—. ¿Cuál es el castigo? ¿La pena de muerte?

—No somos tan sanguinarios. Simplemente una retención de por vida. ¡Por favor! No piense en las cárceles que usted conoce, ni tampoco en una reclusión a cadena perpetua. Usted gozará de unas condiciones de vida muy satisfactorias, probablemente más que las que había mantenido hasta ahora; tan sólo se le impedirá volver a su mundo.

—¿Y le parece poco? —estalló—. ¿Y mi mujer? ¿Y mis amigos? ¿Y mi trabajo?

—Todo, o casi todo, podrá ser replicado aquí.

—No le creo. Y aun cuando así fuera, no me interesan los simulacros. ¿O acaso se cree que me voy a conformar con un holograma de mi esposa?

—Lo siento, pero no puedo ofrecerle más. Yo sólo cumplo órdenes.

—Por cierto, ¿me van a reunir con mis otros yos, los culpables de mi desgracia? Sería divertido... —concluyó, con un dejo de ironía.

—No. Ya le he dicho que es imposible intercambiar materia entre dos universos distintos. Cada uno de ellos está retenido en un lugar como éste, una especie de burbuja, para que lo entienda, generada artificialmente en la frontera de probabilidad negativa que separa a su universo del contiguo. Huelga decir que



no existe la menor posibilidad de abandonarlo, y si lo hiciera se encontraría en mitad de la nada más absoluta, en un lugar donde no pueden existir ni la materia ni la energía. Obviamente desaparecería.

—Una advertencia muy halagüeña. ¿Me permite una última pregunta?

—Hágala —suspiró el cancerbero con gesto cansado; era evidente que estaba deseando terminar.

—No es muy normal que un ciudadano desaparezca sin dejar ni rastro en mitad de la ciudad a pleno día...

—Eso también estaba previsto. Justo antes de proceder a su detención generamos una copia suya... perfecta e indistinguible del original para los medios técnicos de que disponen en su universo, pero carente de vida. Un cadáver, si así lo prefiere. —L.M.D. se estremeció—. Tras proceder a su detención, un equipo de técnicos compañeros nuestros la depositó justo en el mismo lugar donde le interceptamos. Todo el mundo creará que falleció víctima de un ataque cardíaco cuando cruzaba el parque camino de su casa. ¿Desea saber algo más?

L.M.D. negó con la cabeza. ¿Para qué seguir indagando? Tan sólo le quedaba aceptar su cruel e increíble destino. Así pues, obedeciendo dócilmente a sus carceleros les siguió hasta que una de las puertas del pasillo le abrió paso a lo que a partir de entonces sería su calabozo.

© José Carlos Canalda

José Carlos Canalda (Alcalá de Henares, España, 1958) es doctor en Ciencias Químicas por la Universidad de Alcalá de Henares, y trabaja en un instituto del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.) en Madrid. Aficionado a la ciencia ficción desde muy joven, cultiva tanto la vertiente del ensayo como los relatos. En este primer apartado, es autor del libro *Luchadores del Espacio. Una colección mítica de la ciencia ficción española* (Pulp Ediciones, 2001, nominada al premio *Ignotus* 2002), y ha colaborado en los libros *La ciencia ficción española* (Robel, 2002, premio *Ignotus* 2003), *Memoria de la novela popular. Homenaje a la colección Luchadores del Espacio* (Universidad de Valencia, 2004) y *Del espacio sideral al lejano oeste. Novelas escogidas de Luis García Lecha* (Instituto de Estudios Riojanos, 2008), así como en las revistas *Solaris*, *Valis*, *Gigamesh* y *Pulp Magazine* (premio *Ignotus* 2002 por el artículo *El erotismo en las novelas de a duro*) y en las páginas web *Aurora*, *BEM*, *Cyberdark*, *Libro Andrómeda*, *NGC 3660*, *NM*, *Sedice*, *Silente*, *Sitio de Ciencia Ficción*, *Stardust* y *Tau Zero*. Ha sido coantologista del *Fabricantes de Sueños 2005*. Posee su propia página (www.jccanalda.es) en la que se puede consultar toda su obra de ciencia ficción publicada, así como las otras temáticas que aborda en ella.



NOVELAS

CRÓNICAS DE LAS TIERRAS MESTIZAS SEGUNDA PARTE: EL GUARDIÁN DE NUESTROS HIJOS

por Javier Cosnava

El príncipe Bakenkhonsu se cree ya el dominador de la Tierra Mestiza, cuando conoce el deporte de la lucha y queda fascinado por Neheb, un personaje esquivo al que pocos conocen. Al mismo tiempo la Dama Remolino comienza a tejer su propia tela de araña de conspiraciones. Nadie está seguro en la Tierra Mestiza, donde está a punto de estallar un nuevo conflicto.

CAPÍTULO 5.1: ARBUSTOS Y MALAS HIERBAS

219 d.A.
(8 años después)

0

La mujer de Nakti no dejaba de chillar. Su amante esposo frotó contra su frente la cabeza de un siluro tal y como el Médico Jefe de la Ciudad Oriental le había enseñado. Nada. El mal no pasaba del cráneo de ella al del pez. Estaba perdiendo el tiempo.

—Por favor, Amón, apiádate de mi esposa.

Desesperado, arrojó la cabeza del siluro por la ventana y se sentó en el suelo de la habitación, incapaz de mover un músculo, derrotado. A su lado, el pequeño Irta, su hijo, contemplaba a la madre gritando, mesándose los cabellos, orinándose encima, defecando, poseída por algún terrible demonio que la conducía a la más completa de las destrucciones y de los padecimientos.

—¿Qué le pasa a mamá?

—Ya te lo dije, Irta. Tiene un huevo en la cabeza. No tiene cura, a menos que pudiésemos pagarnos uno de los sanadores de la corte, científicos que practican la trepanación y abren el cráneo de los enfermos y extraen el mal. Y no podemos. Me he gastado hasta nuestro último Deben en ese Médico Jefe de la Ciudad Oriental, un curandero que aún cree en el viejo arte de la medicina tradicional. Total, para nada. Debería haber contratado un médico Loo. Pero ella no se



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

merece morir de esta manera y si sigue sufriendo la mataré con mis propias manos.

Irta, que tenía sólo ocho años, no entendía el valor de las cosas, y veía a su madre pateando, escupiendo, hablando una lengua diabólica y sibilante que ninguno de ellos entendía. Tuvieron que atarla. Era la tercera vez en cuatro días. No debía ser tan imposible conseguir uno de esos sanadores de la corte.

—Y si yo me pongo a trabajar, ¿conseguiríamos entre los dos el dinero que se necesita?

Nakti sonrió. Había olvidado cómo se hacía y sólo le salió una mueca de labios fruncidos y agrietados.

—No creo, hijo. No creo.

Neheb podía haber elegido cualquier otro camino en la vida pero decidió ser una serpiente. Le criaron las brujas del Dominio de las Esposas del Dios para ser una de sus marionetas y habían terminado por tallar en él una voluntad de hierro, capaz de superar cualquier influencia externa a sí mismo. La desgracia era que su interior estaba lleno de negras simas, de hiel y de rabia purulentas. Precisamente le había parecido que su propio nombre, Neheb, estaba hecho a la medida de un monstruo. Después de todo, era el nombre de la serpiente que un día había estado a la diestra de Osiris como uno de sus asesores para luego traicionarlo y entregarse a las fuerzas de la oscuridad. Sí, Neheb adoraba ser una serpiente. Él traicionaría todo lo que le habían enseñado, por puro placer, porque es lo que debía hacerse, derribar las estructuras, unas estructuras odiosas que le habían convertido en garante de principios que no entendía y que no necesitaba entender. Por eso se había entregado a las fuerzas de la oscuridad. Por venganza. Que en verdad no tuviera razón alguna para vengarse sino para estar agradecido no hacía sino más dulce la venganza misma.

Y el vehículo primero de su venganza sería el noble arte de la lucha; a través de ella pervertiría a muchos que estaban en la órbita del poder y entonces las estructuras se vendrían abajo; al fin y al cabo, ¿no era para eso que le habían enviado al palacio de Ity-tawy desde el Dominio de las Esposas del Dios? ¿A destruir el gobierno de los machos humanos y a crear un nuevo orden de las cenizas? Pues eso tendrían precisamente.

Mas para completar su obra maestra necesitaba a alguien lo bastante desesperado y lo bastante estúpido para servir de catalizador a sus propósitos, así que acudió al barrio de Mut, donde le habían dicho que vivía Nakti. Lo había visto un par de veces en las recepciones oficiales, se encargaba de la intendencia de la División Amón, una de las mejores del ejército. Neheb era oficial en la



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

división Ptah, así que nadie les podría relacionar, al menos directamente, si las cosas salían mal, como era previsible que sucediera.

—Hola, Nakti.

El muy idiota estaba junto al altar, rezando a los dioses que le habían abandonado, con su hijo dormido en su regazo. Aquello reafirmó su decisión de destruirlo.

—Ah, hola, no os había reconocido —Nakti miró a su interlocutor sin disimular su sorpresa. No eran lo bastante amigos para que acudiese a preocuparse por la salud de su esposa. En realidad, no eran en absoluto amigos—. ¿Qué se os ofrece?

El pequeño mocos, Irta, despertó del sueño y le miró con ojos cansados. La serpiente revolvió su pelo en un gesto amistoso y el niño, instintivamente, se apartó y echó a correr al interior de la casa.

—He oído, Nakti, que necesitáis una elevada suma de dinero para operar a vuestra esposa.

—Así es.

Ya había captado su atención. Todos sabían que su fortuna personal era inmensa, al fin y al cabo, aunque en secreto, todas sus acciones se subvencionaban desde el Dominio de las Esposas del Dios, cuyas arcas había dejado la vieja maga Constelación sobradamente provistas.

—Decidme, noble Neheb —intervino Nakti, nervioso, pensando que acaso aquel hombre fuese la respuesta a sus ruegos—. ¿Sabrías la forma en que podría hacerme con una suma semejante?

—Naturalmente, pero no me llames Neheb, amigo mío. Cuando no estemos en una reunión oficial llámame por mi verdadero nombre, llámame sencillamente Kau.

—¿Lo decís por la serpiente Neheb Kau, la víbora de dos caras, la bestia maldita del Inframundo? —repuso Nakti, arqueando sorprendido las cejas.

Neheb se echó a reír. Echó hacia atrás la cabeza y estalló en una sonora carcajada.

—Precisamente.



La tela de su faldellín se había rasgado al engancharse en una de las losas del interminable pasillo. Fatigado, se había apoyado en la pared y luego ella había querido quedarse con un trofeo al reanudar la marcha. Se palpó la pierna y comprobó que el desgarrón no era demasiado importante.

—Maldita sea.

Un último corredor sinuoso entre tinieblas. Y otro. ¡Y otro! Bakenkhonsu contó hasta cinco antes de que se detuvieran. No podía ver ni sus propios pies, y aún menos a ninguno de sus guardianes. Alguien rió a su izquierda. Se volvió.

—¿Neheb?

No hubo respuesta, y al momento reanudaron la marcha. Al fondo, muy al fondo, vio una luz meciéndose como si fuera una antorcha. Alguien habló. Ahora sí era Neheb, la serpiente, su guía en aquella odisea que prometía tantas emociones primarias, transgresivas, gratuitas, necesarias para llenar un universo cada vez más ordenado y vacío.

—Tranquilo, príncipe, ya llegamos. Todo esto es sólo por... ¿cómo decirlo? Seguridad. Y no quiero que entendáis con ello que desconfiamos de vos. Nada más lejos de nuestras intenciones. Pero debemos estar convencidos que nadie nos sigue.

Seguridad. Trató de masticar y digerir aquella palabra mientras la luz avanzaba y los rostros comenzaban a emerger como pálidos fantasmas: Neheb, un guardia armado, otro tras él y, finalmente, Bakenkhonsu y un último guardián cerrando el grupo.

Seguridad. Sí. A cualquiera de esos togados defensores de la Armonía en la Tierra Mestiza les encantaría dar con ellos. Les despedazarían y les arrojarían al Lago de Fuego sin pensárselo dos veces.

—Vos primero, príncipe —musitó servil la serpiente.

Un pesado batiente de bronce se abrió súbitamente al doblar un recodo. Asomó la cabeza y vio un centenar de rostros que contenían la respiración, unidos en aquel terrible asunto. Reconoció a muchos notables, Gobernadores, algún Juez, Supervisores y Superintendentes, muchos rostros poderosos en la vieja Ity-tawy, y se frotó las manos, presa de una gran agitación. ¡Aquello era monstruosamente sublime! Mejor de lo que había imaginado.

—Tomad asiento.

La voz de Neheb le devolvió al momento presente. Una tarima, un círculo, una elipse de arena cubierta de flores de papiro, tres gradas de simbio-piedra. Había



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

un cuerpo inmóvil en el suelo; entre cuatro guardianes se lo llevaron lejos de la zona de combate, más allá de los portones de bronce. Un presentador emergió de alguna parte bajo el podio ataviado únicamente con una piel de leopardo y se situó en el centro del escenario.

—Si supierais cuanto me alegro de haberos escuchado, noble Neheb —desconcertado por aquella maravilla, Bakenkhonsu había llamado a su anfitrión por su nombre, aunque sabía que no le estaba permitido hacerlo. Cuando se dio cuenta era ya demasiado tarde.

—Nunca, nunca más pronunciéis esa palabra. En este lugar soy la serpiente Kau, no soy un noble ni un oficial del ejército ni un servidor de palacio; sólo un animal, un asesor de los grandes de este país, alguien que vela porque el bien y el mal, los pesos de la balanza, estén siempre en equilibrio.

El príncipe asintió, volviendo la vista a la plataforma desde donde se anunciaba el próximo espectáculo. El presentador, hinchado como un pavo, había ascendido por una escalinata hasta el pedestal y daba vueltas a su alrededor, mirando a la concurrencia como si nadie, aparte de él mismo, importara lo más mínimo.

—Ayer, amigos míos, me levanté de mi lecho al mediodía. Sí y podría haberme quedado más tiempo. ¿Qué más da? El país está en paz luego de que los Loo del sur hayan inclinado la cerviz, los campos rebosan frutos, la Inundación ha sido la mejor que nadie recuerda, el campesino está tirado a la sombra del sicomoro: no tiene necesidad de trabajar, alarga una mano y su puño regresa con un haz de trigo, un racimo de uvas y unos buenos Deben de oro. Y si él descansa, disfrutando de las dádivas del mejor de los mundos, ¿que haremos nosotros, que gobernamos para él ese mundo y todos los demás?

Se oyó un rumor, un cacareo de voces que confirman, niegan, tratan de entender, tratan de elevarse sobre las otras.

—Cuando los ejércitos del Dios Justificado Tutmose tomaron la Hetuaret de los bárbaros Puros y reunificaron las tierras de los humanos, pensaron que en dos generaciones el Doble País volvería al máximo esplendor que una vez conocimos en Egipto, antes del Viaje de las Estrellas. Y bien, ¡lo consiguieron! ¿Pero ahora qué? ¿Nos sentaremos a engordar y a felicitarnos los unos a los otros? ¿Moriremos sin haber sentido un anhelo terrible que nos devore, sin haber bebido de las fuentes de la agonía, de la derrota, de la duda, del desamor? ¿Moriremos realmente cuando somos incapaces de renacer con Re cada mañana?

El rumor había desaparecido; sólo quedaba un silencio expectante. La serpiente Kau reía entre dientes.



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

—Yo os digo que ayer me levanté al mediodía y me golpeé la frente. Dios, ¡era tardísimo! Había bebido alguna copa de más en casa del Jefe de Policía y las primeras horas de la mañana se marcharon, ya no volverían. Pero tenía tanto que hacer: hablar con los patrocinadores, reunir a los campeones de la anterior reunión, acondicionar el local, traer el vino que ahora engullís mientras me escucháis... ¡Y para todo eso sólo tenía un día! Corrí, chillé, salté, soborné, saqué a muchos de la estera donde dormían y yo aún no he visto a mi lecho, llevo más de cuarenta horas despierto, pero ha valido la pena, porque me sentí vivo por fin y ahora estamos aquí todos de nuevo, juntos en nuestra pasión por la lucha y por la vida.

Lucha y vida o, lo que era lo mismo, lucha y muerte. Bakenkhonsu aplaudió a rabiar sólo de imaginar el trasfondo asociado a ambos conceptos. ¡Oh, estaba más que bien invertida la fortuna que había pagado a Neheb y sus secuaces para poder asistir a aquel acontecimiento!

—Desde tiempos inmemoriales la lucha... —comenzó su exposición el presentador.

¡Oh, sí, la lucha!, pensó Bakenkhonsu, abstrayéndose por un momento de la voz insinuante del maestro de ceremonias. La lucha..., una de las artes más nobles. Había asistido a competiciones de lucha y esgrima desde niño. Todos veneraban a aquellos valientes que se batían con honor hasta el desfallecimiento y que el Buen Dios condecoraba a menudo por sus hazañas. Pero hasta ahora sólo habían llegado a eso, a desfallecer. Nunca más allá.

—No se admiten más armas que los brazos, un palo y un punzón. No se admite más amparo que un guardamano y una máscara de cuero. El resto del cuerpo estará desnudo y al descubierto.

Su acompañante, la serpiente, murmuró una disculpa y descendió hasta la grada inferior, donde le esperaban otros invitados, de menor altura y dignidad, pero que sin duda habrían pagado también su buen dinero por estar allí.

—...y al final, sólo uno abandonará el círculo en esta orilla, el mundo de los vivos. Si los dos perdieran el conocimiento simultáneamente (no pongáis esas caras, se ha dado el caso) el combate será nulo, las apuestas se perderán. Además, para evitar sospechas de juego sucio o cualquier otro tipo de suspicacias, un combate nulo implicará la muerte de los dos contrincantes. Yo mismo me encargaré de que no... despierten.

El presentador descendió de su púlpito y desapareció por el escondite del podio. Poco después se abrieron las puertas de bronce y dos luchadores saltaron a la palestra. El primero era un Puro Mashauash, con su perilla puntiaguda, su taparrabos y su túnica de vivos colores; a poca distancia le seguía un guerrero



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

Loo, trenzados los cabellos, obsceno en su carmesí desnudez. Bakenkhonsu recordó a Cúmulo, el hombre al que había asesinado para cubrir el magnicidio del legítimo heredero al trono, Uadjamosis, con una mezcla de placer y de aprensión.

Se oyó una voz:

—A combatir.

Fue una batalla dura, competida, que comenzó rápida y sobrecogedora, con sendos cortes en la cara y el muslo del Loo, más fuerte y lento que su oponente, pero que se fue enfriando según la resistencia y velocidad del Puro Mashauash disminuyeron y éste se cansó de atacar a un rival que se limitaba a defenderse en un Codo de terreno, siempre en la misma postura, con la rodillas flexionadas y los brazos listos para detener cualquier embestida. Se detuvo el Puro por un instante a recuperar el resuello. Era todo lo que su enemigo necesitaba, el error que había estado esperando.

Un movimiento solamente, un golpe seco con el palo en la base del cráneo y el Mashauash cayó atrás con el rostro teñido con la tintura de la muerte. El Loo hizo un gesto de triunfo hacia el público, que respondió con un murmullo de satisfacción. Luego, con gesto de satisfacción, apoyó un pie en la garganta de su adversario, que se quebró con un sonido metálico que enfervorizó a la multitud, y ésta rompió a gritar enloquecida.

Entonces, las Piedras Sintientes que rodeaban la arena se curvaron y abandonaron el muro, deslizándose sobre el escenario hasta engullir el cadáver que yacía en un charco de sangre. Lentamente, la roca se fue retrayendo hasta recobrar la forma original. El rostro del difunto quedó grabado en el ladrillo de uno de los pilares, con el rostro deformado por los estertores de la muerte. El Puro había desaparecido para siempre. Ahora sería parte para siempre del mismo escenario que les cobijaba, que luego de tragarlo pareció crecer un poco más. Bakenkhonsu, anonadado, contempló como de una de las gradas a su espalda, todavía inacabada, emergían varios asientos adicionales.

—¿No es maravilloso? —La serpiente Kau se había sentado de nuevo a su lado. Tan absorto estaba en la pelea y en la transformación de la simbio-piedra, que no se había percatado de su presencia.

—¿Toda este recinto está hecho de...?

—Sí, querido príncipe, de Piedra Sintiente. —Kau sonreía mostrando una larga hilera de dientes blanquísimos—; y adelantándome a vuestra próxima pregunta, en efecto, no necesita de un Lithista para metamorfosearse. Un Maestro de esa ciencia programó el recinto para que engulla como una bestia del



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

Inframundo a los luchadores que tienen la mala costumbre de morirse.

Ambos rieron de buena gana.

—¿Eso no es ilegal, serpiente? Creí que los Lithistas...

—Todo lo que hacemos es ilegal, ¿no lo sabías? Pero este recinto, en sí mismo, no creo que lo sea. Ya sabes que los Loo sólo creen en la ciencia. Si puede hacerse no es moralmente reprehensible. Yo tengo mi propia regla al respecto: si puede pagarse, puede hacerse.

Volvieron a echarse a reír. Entretanto, el guerrero Loo estaba abandonando el escenario entre vítores.

—Tengo una sorpresa más para vos, príncipe Bakenkhonsu —dijo entonces la serpiente Kau, acercando su rostro, como si fuera a compartir con él el más dulce de los secretos.

—¿De qué se trata?

—Mirad ahí afuera y pronto lo descubriréis.

Los dos siguientes luchadores atravesaron el portón de bronce. Muy pronto se hizo el silencio.

—Dijisteis que esto era un asunto entre puercos sólo-humanos, Loo, acaso algún Puro Kemit, esos salvajes de las lejanas tierras del Desierto Occidental, pero...

Todos miraban al primer luchador. Era, sin duda, un hijo del Gran Río, podría haber sido el hermano, un pariente o el protegido de cualquiera de ellos. Vestía incluso un faldellín de buen lino como si fuera un pequeño propietario o un funcionario medio del aparato del estado. El segundo luchador era precisamente un Puro del Desierto del Oeste, de largas barbas y cabello sujeto por una cinta.

—¿No es maravilloso? —dijo la serpiente.

—Sí, es horrendo; cuánto os admiro, amigo. Pero, decid ¿como convencisteis a un egipcio, a uno de nosotros, para que se rebajase a participar en un espectáculo como éste?

—Todo hombre tiene un precio. Buena parte de vuestros Deben irán a parar a este luchador.

—Si gana.



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

—También si pierde. Somos gente de honor, noble príncipe.

—¿Y para qué necesita un hombre sencillo tanto dinero?

Neheb le miró con el rostro compungido.

—Una historia triste, mi señor. La mujer de este desgraciado, cuyo nombre es Nakti, tiene un tumor en la cabeza, piensa pagar a los mejores médicos. A los de la corte.

—Y su mujer, ¿tiene cura?

—No. Y él lo sabe. La desesperación hace que los hombres cometan verdaderas estupideces.

—Si es tan estúpido como decís, morirá.

—No creo, le enfrenté a mi peor luchador. En realidad no creo que merezca que le llamemos de tal forma, sería como insultar a los otros. Es un esclavo enfermo y escuálido que no me extrañaría que muriese él solo sin ayuda de nadie. Además, lo he drogado para que no quedase el menor margen para la sorpre...

El hijo del Gran Río pereció antes de que acabase la frase. Aterrorizado, clamando a la gloria de los dioses, de Amón y de Osiris, de Montu, el infeliz Nakti dejó pasar tres ocasiones de acabar con su torpe enemigo hasta que él mismo, envarado, dio un traspies cayó de bruces, quedando a merced del Puro, que no desaprovechó su oportunidad y le clavó su estilete en su espalda, atravesando su corazón. El hijo del Gran Río se desplomó con un rictus estúpido de sorpresa..., y acaso de alivio.

—¡Por la lengua de Ptah y el corazón de Re!

La serpiente saltó de su asiento y descendió de grada en grada tan rápido que alcanzó la arena antes de que el presentador apareciera de su escondite bajo el podio tratando de calmar a la airada multitud. La simbio-piedra comenzaba a temblar, reptando hacia el cadáver de Nakti. Pero eso no fue obstáculo para la muchedumbre, que, sin atender a razones, se llegó hasta el presentador y lo agarraron del pescuezo, arrastrándolo por los suelos entre aullidos de rabia y protestas.

—¡El puerco sólo-humano ha matado a un Hijo del Río! —chillaban—. ¡Esto es un insulto! ¡Una infamia!

Sólo había una salida. Neheb Kau se deshizo del abrazo de la multitud, que también trataba de darle caza, y corrió al centro del escenario, donde el Puro Kemit, narcotizado, observaba la que acontecía con la boca abierta y la baba



cayéndole por la comisura de los labios. Sin mediar palabra, la serpiente atacó al luchador por la espalda, y atrapando su cuello con el antebrazo, apretó hasta que el extranjero traidor dejó de patear. Para entonces la turba había soltado ya al presentador, caído inconsciente cubierto de moretones, y aplaudía a rabiar la audacia de su anfitrión.

Y siguieron aplaudiendo mientras la Piedra Sintiente engullía a los dos luchadores y tallaba su rostro en los pilares que soportaban el escenario, inmortalizando la estupidez humana y Loo por toda la eternidad.

Entretanto, la serpiente Neheb Kau, visiblemente emocionada, respondió a las aclamaciones de su público inclinándose en una reverencia.

2

Una vela que se pierde en el horizonte, la cresta de una ola rompiendo burbujeante entre las rocas, un rayo de la luna Tonutir que ilumina la noche, la arena empapada, fría, que se adhiere a sus pies, cada paso un poco más, hasta engullirlos. Eso era todo lo que le quedaba del pasado, de su infancia en la Región del Norte, el delta del Gran Río, y era muy poca cosa.

El Supervisor de los Heteri, la Carrería del Rey, estaba tumbado en su estera, con una hermosa mujer a su lado. Un nudoso tajo le recorría el rostro desde la ceja izquierda al pómulo derecho, atravesando una nariz que sólo era el esbozo de lo que había sido. Pero el viejo soldado no pensaba en la guerra, de cuyas porfias ya había extraído todo lo que necesitaba, incluido su perfil desfigurado, y sí en aquel breve instante de placer con el que ansioso judicaba el resto de su existencia.

La verdad era que tenía razones para estar agradecido al buen Amón de Itytawy. En muchos años no había conseguido a ninguna mujer que no fuese una ramera o una ambiciosa joven de rango inferior a la que no le importaba su aspecto tanto como las amistades que supiera granjearse en su reptante ascenso hacia un buen y conveniente matrimonio. Pero una gran dama, ¡ah! Eso era algo que pensaba no volvería a estar a su alcance. Se inclinó para oler por su miembro cercenado el delicioso aroma de los afeites que impregnaban la piel de la noble Remolino, dormitando ajena a las ensoñaciones que en su amante despertaba. El Supervisor de los Heteri pensó que debía estar agradecido también a Mefdet, el Lince del Cuchillo, el Alma de su aldea, su protectora en la batalla y pronto en la muerte. Lo pensó una tercera vez, musitando el nombre de su diosa en voz baja, como una letanía. Pero en su corazón, la imagen de la divina Mefdet se confundió con el recuerdo de la mar hasta que no supo distinguir a una de la otra.

—Nací, oh mi noble dama —le dijo a la sombra durmiente que respiraba en la



oscuridad—, en una aldea campesina en la Comarca del Arpón Occidental, no muy lejos de Per-Uadyet, al oeste de la Región del Norte. No echo de menos aquello, al menos no más que uno encuentra a faltar el sentirse joven y maravillarse porque vuelve a salir el sol y la enésima borrachera no ha podido tampoco con nuestro ánimo para empalmar con la siguiente. Pero a veces, de noche, al empezar la madrugada, me acercaba al espigón y nos quedábamos los dos, la luna Tonutir y yo, a contemplar como rompían las olas. Todas y cada una, negras como la tierra limosa de la que todos procedemos, danzando como una tela que en vano luchara por rasgarse, enroscándose, chocando contra sí misma, liberándose acaso..., sobresaltaban mi corazón, lo henchían hasta que parecía a punto de estallar. Es curioso, mi Señora, todas y cada una, como individuo, como colectivo, con sus formas cambiantes y sus borduras de jaspe, todas perduran en mi memoria perfectas, buscando aún el equilibrio en su balanceo imposible.

Su gato, Zarpas, atravesó la habitación arqueándose y bostezando. Como todas las mañanas, se desperezaba camino de las cocinas, donde le esperaba un tazón de leche, los restos de la cena y acaso un trozo de pastel olvidado entre las basuras.

—Cuando, muchos años después, volví a mi aldea, a la Región del Norte, ya como un alto oficial de los Heteri, pero antes de que el cuchillo de aquel sucio Puro destrozara mi identidad, me extrañó que aquellas olas hubieran un día rasgado mi alma, pues eran sólo un montón de agua estrellándose furibunda, estéril, ensuciando mi traje de gala. ¿Habían cambiado ellas o yo? Un lienzo de sangre entelaba mi vista. Aún no estaba desfigurado, como ya os he dicho, pero ya estaba ciego. Hoy, si tuviera fuerzas para regresar, estoy seguro que volvería a emocionarme, porque el hombre con traje de gala se marchó y siento a menudo que el niño que se escapaba al espigón ha vuelto, no sé cómo, y anhela aquellas olas del Gran Verde, del océano que todo lo abarca.

Un rumor, los caballos se removían en su cuadra. Zarpas asomó la cabeza, le miró con sus ojos brillantes y retomó su camino hacia las cocinas.

—Mi noble Dama, vos me habéis traído a este lugar las olas que yo anhelaba. Nunca podré agradeceréoslo bastante.

Luego se quedó dormido, y soñó con una pequeña barca que a veces le prestaba un vecino cuando ambos eran jóvenes. Con ella navegaba horas y horas siguiendo la línea de la costa. El Gran Verde cobraba en su sueño la forma precisa, la efigie de Ahogado, fundido con el Árbol Celestial, convertido en Jentimentiu, el Señor de los Occidentales; y Osiris en su sueño le llamaba con dulces palabras:

—Ven, hijo mío, nos esperan donde rompen las olas.



Se despertó. Remolino se ponía un vaporoso vestido. Secamente, tal vez un poco asqueada por haber compartido con él su lecho y unas pocas caricias, le recordó los términos de su acuerdo. En otras circunstancias, le hubiese preguntado el porqué de una petición tan extraña, tan inusitada y perentoria que debía esconder algún acto contrario a la ley; eso por lo menos. Pero ella le había traído el aroma salobre de la mar y el estallar de las olas, le había llevado hasta el Ahogado, que ahora le esperaba en la otra orilla para reunir sus cuatro partes, hoy dispersas aún dentro de sí mismo. Las motivaciones de la dama no tenían ya interés para él.

—Sí, mi señora, cursaré la petición para que amplíen estas caballerizas. No creo que haya ningún problema para que me sea aceptada, como ya os dije. Con la suficiente antelación os avisaré para que podáis cuidaros de vuestro asunto. Sí; el tema llevará poco tiempo. Seguro. Yo mismo estoy interesado en que se aceleren los trámites. Al cabo, regresaré a mi tierra. Ya he servido demasiado tiempo en este lugar. Me he ganado un descanso.

© Javier Cosnava

Javier Navarro Costa, bajo el pseudónimo COSNAVA, nació en Hospitalet de Llobregat, aunque reside en Oviedo. Se formó como historiador, pero en el tercer año abandonó la carrera, más interesado en una formación autodidacta. A finales de 2006 comienza la colaboración con el dibujante **Toni Carbos**; fruto de este empeño sumaron 20 premios de cómic en apenas año y medio antes de pasar al mercado profesional (actualmente Cosnava suma 29 premios contando cómic, guión y literatura). Juntos publican en diciembre de 2008 su primera novela gráfica: *Mi Heroína* (Ed. Dibbuks), la que ya había cosechado 7 premios en cada una de sus partes. Cosnava publica en septiembre de 2009 su segunda novela gráfica: *Un Buen Hombre* (Ed. Glenat), sobre la urbanización donde los SS vivían, al pie del campo de exterminio de Mauthausen. En octubre de ese mismo año, continuando con la temática nazi, publica la primera parte de la biografía del padre de **Adolf Hitler**, titulada *De los Demonios de la Mente* (Dibbuks). Se trata de su primera novela. Paralelamente, recibe una beca de la Caja de Asturias (Cajastur) para viajar al campo de concentración de Mauthausen y se le encarga un libro de fotografías al respecto que llevará por título *Espanoles en el Infierno*. Asimismo, parte de esa beca debe dedicarla a la finalización de *Prisionero en Mauthausen*, novela gráfica que junto a **Carbos** ultima para la editorial alicantina De Ponent, de **Paco Camarasa**. Esta obra es publicada en febrero de 2011. También ha publicado una novela de corte fantástico-juvenil: *Diario de una Adolescente del Futuro* (Ilarion, Diciembre de 2010).



ARTÍCULOS

LAS CINCO GRANDES UTOPIÁS DEL SIGLO XX (Y 2) UN MUNDO FELIZ

por Pé de J. Pauner

La primera de las Grandes Utopías del Siglo XX es, también, uno de los libros más importantes de ese siglo y del Siglo XXI, que, se presume, será a la vez la Era de la Biología. Considerado por muchos autores como una novela que se encuentra a la par que 1984 de **Orwell**, y, por otros, apenas debajo de la importancia de ésta, crecerá a medida que las empresas transgénicas comiencen a tener cada vez más preponderancia en la sociedad, la economía y la política. Por supuesto, el título original en inglés, está tomado del verso de **Shakespeare**: O brave new world, That has such people in't! Que procede de La Tempestad.

Título Original: A Brave New World.

Autor: Aldous Huxley.

Año de Publicación: 1932.

Género: Antiutopía o Distopía.

Propuesta: Una sociedad dividida en castas.

Elementos científicos o tecnológicos: La ciencia de la genética. Uso de sustancias químicas para alcanzar la felicidad. Órganos de perfumes. Música sintética. Cohetes aéreos. Cine sensible. Taxicópteros. Goma de mascar hormonal.

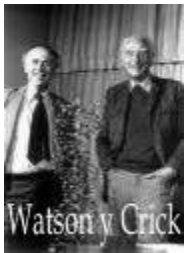


Escrita como contraparte al optimismo primero de **H. G. Wells**² es resultado de las inquietudes y quehaceres intelectuales de su autor, y, si jugamos con la esencia misma de la novela, podría argumentarse, también es fruto de la genética de los **Huxley. Aldous**, nieto de **Thomas Henry Huxley**, amigo y principal defensor de Darwin, hijo del biólogo **Leonard Huxley** y hermano de sir **Julian**, el célebre

² El mismo **Wells** cambiaría su actitud hacia un pesimismo sobre el futuro de la ciencia, pero su optimismo inicial en la ciencia y la técnica inspiraría obras escritas por otros grandes autores como reacción a sus optimistas novelas; citemos, como ejemplo, *El Napoleón de Notting Hill* de **G. K. Chesterton**, una utopía cómica donde el rey es elegido por sorteo y cuyo prólogo es una clara diatriba contra **Wells**.



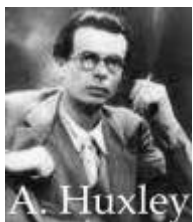
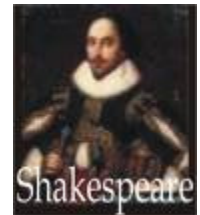
Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.



biólogo y divulgador científico (primer director de la UNESCO), habría heredado la vena literaria de su madre, **Julia Arnold**, nieta de **Matthew Arnold** y hermana de la escritora **Humphrey Ward**. Por esto, no debe extrañar el hábil manejo de datos científicos de los que se sirve **Huxley** para crear su utopía, dos décadas antes del descubrimiento de la doble hélice del ADN por parte de **Watson** y **Crick**.

Todos estos elementos de su distopía, la biología, que es aplicada en el mundo feliz por medio de la manipulación genética puesta al servicio del estado, la literatura (o, en la distopía, su falta de ésta), y su siempre creciente interés en el estudio de las drogas, estarán presentes en sus años por venir, en los que escribirá páginas fundamentales. Igualmente, este libro contiene otras de las preocupaciones que le seguirían hasta su muerte: la explosión demográfica, el sexo, la ética, la moral, la civilización como destructora inevitable de formas de vida primitivas.

De las cinco obras analizadas en estos ensayos, *Un Mundo Feliz* es una de las mejores escritas, abunda en juegos de palabras, alusiones a la obra de **Shakespeare** y utiliza formas novedosas de narrativa y, con *Walden Dos*, de **Skinner**, constituye una de las utopías más claramente científicas de las cinco.



Con todo esto, pesa que **Huxley**, en 1958, cuando escribió *Nueva visita a un Mundo Feliz* (*Brave New World Revisited*), una serie de ensayos donde no sólo expone, desde la distancia, los puntos flacos y los méritos de su distopía, sino que aprovecha para comentar sobre los múltiples temas que la novela aborda, tuviera que manifestar una y otra vez que el futuro de la humanidad se decantará hacia los horrores de *Un Mundo Feliz* y no sobre el infierno de *1984*, novela de **George Orwell**, suponiendo que, esta última, tenía una especie de valor temporal en cuanto durara el régimen absolutista soviético al cual critica desde la fábula.

Huxley proclama, en una carta dirigida ni más ni menos que a **Orwell**: *En el curso de la próxima generación, creo que los amos del mundo descubrirán que el condicionamiento infantil y la narcohipnosis, son más eficaces como formas de gobierno que los garrotes y los calabozos, y que la avidez de poder puede satisfacerse tan cabalmente si mediante sugestión se hace que la gente ame su servidumbre como si a latigazos y puntapiés se le impone la obediencia. En otras palabras, en mi opinión la pesadilla de Nineteen Eighty Four está destinada a modularse, llegando a ser así, la pesadilla de un mundo que se asemejará más a la que imaginé en Brave New World. El cambio se producirá como resultado de una sentida necesidad de mayor eficacia.*



Estaba totalmente convencido de su propuesta: *Londres se ha convertido en una especie de colmena gigantesca, con una sociedad dividida en castas que son previamente creadas en un laboratorio y que abarcan desde los alfa (intelectuales perfectos), a los épsilon (sirvientes). Cada casta se identifica con uniformes: los Alfas llevan ropas de color gris, los Betas de color púrpura, los Gammas van de verde, los Deltas de caqui y los Epsilones de negro. A la vez, los Alfa se dividen en Doble-Más (cumbre de la sociedad), y el resto se subdividen en Más y Menos, según la técnica Bokanovski de división embrionaria: Un óvulo, un embrión, un adulto: la normalidad. Pero un óvulo bokanovskificado prolifera, se subdivide. De ocho a noventa y seis brotes, y cada brote llegará a formar un embrión perfectamente constituido y cada embrión se convertirá en un adulto normal. Una producción de noventa y seis seres humanos donde antes sólo se conseguía uno. Progreso. En esencia –concluyó el D.I.C.–, la bokanovskificación consiste en una serie de paros del desarrollo. Controlamos el crecimiento normal, y paradójicamente, el óvulo reacciona echando brotes.*

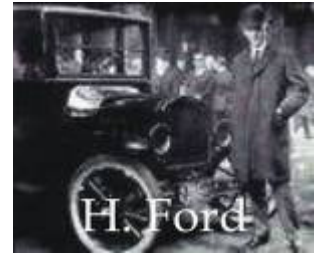
Cada casta está conforme con su destino genético y no siente envidia o celos de la inmediata superior. Es más, todas las razas conviven en esta nueva humanidad: *Millares de pétalos, suaves y sedosos como las mejillas de innumerables querubos, pero de querubos, bajo aquella luz brillante, no exclusivamente rosados y arios, sino también luminosamente chinos y también mejicanos y hasta apopléticos a fuerza de soplar en celestiales trompetas, o pálidos como la muerte, pálidos con la blancura póstuma del mármol. La felicidad se alcanza mediante la ingestión del Soma³ y una constante programación infantil que prepara a los niños para una vida donde los conceptos Dios, familia, arte, literatura, filosofía, han sido abolidos: (...) los libros y ruidos fuertes, flores y descargas eléctricas; en la mente de aquellos niños ambas cosas se hallaban ya fuertemente relacionadas entre sí; y al cabo de doscientas repeticiones de la misma o parecida lección formarían ya una unión indisoluble. Lo que el hombre ha unido, la Naturaleza no puede separarlo. (...) El mundo estaba lleno de padres, y, por consiguiente, estaba lleno de miseria; lleno de madres, y, por consiguiente, de todas las formas de perversión, desde el sadismo hasta la castidad; lleno de hermanos, hermanas, tíos, tías, y, por ende, lleno de locura y de suicidios. (...) Había una cosa, como dije antes, llamada Cristianismo. (...) Ahora tenemos el Estado Mundial. Y las fiestas del Día de Ford, y los Cantos de la Comunidad, y los Servicios de Solidaridad.*

3 **Huxley** cita en *Nueva Visita a un Mundo Feliz*, que el soma está inspirado en la droga desconocida que usaban los invasores arios que llegaron a India.

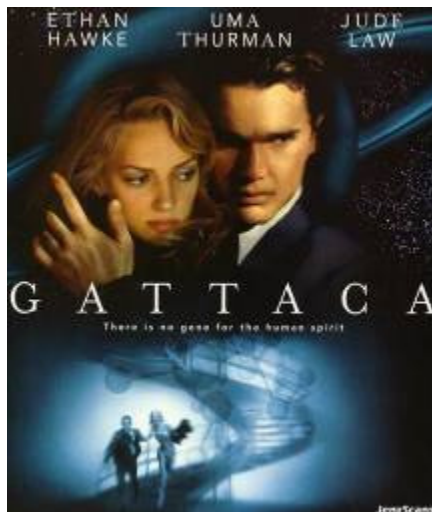


Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

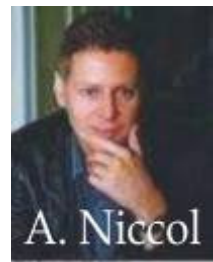
Se induce al consumo exacerbado (*nosotros siempre tiramos los vestidos viejos. Tirarlos es mejor que remendarlos, tirarlos es mejor que remendarlos, tirarlos es mejor...*) y se venera a **Henry Ford** como dios tutelar de la sociedad. Por esto es que el año que corre cuando la novela inicia, es el 632 después de Ford: la T, del Modelo T, ha remplazado a la cruz. Bernard Marx es un diseñador alfa de programación hipnagógica, quien, debido a un accidente en la cadena de montaje, tiene dificultades para socializar con los demás y no siente la necesidad de ingerir el soma: (...) *Dicen que alguien cometió un error cuando todavía estaba envasado; creyó que era un Gamma y puso alcohol en su ración de sucedáneo de la sangre. Por esto es tan canijo.*



Bernard es un inconformista, un alienado, un anormal en esta sociedad perfecta y *feliz*. Su antagonista y con quien se establecerá la tensión sexual en la novela, será la hermosa, frívola, promiscua, elegante y *neumática*, Lenina Crowne. Ambos viajarán por placer a *Malpaís*, verdadera frontera entre ese Primer Mundo donde nadie envejece ni huele mal y el Tercer



Mundo, maloliente, envejecido, sucio, pobre y en el cual los nacimientos siguen siendo a la vieja usanza (coincidencias con la película *Gattaca*, de 1997, ópera prima del director y guionista, **Andrew Niccol**, no son gratuitas): *Unos sesenta mil indios y mestizos... absolutamente salvajes... Nuestros inspectores los visitan de vez en cuando... aparte de esto, ninguna comunicación con el mundo civilizado... conservan todavía sus repugnantes hábitos y costumbres... matrimonio, suponiendo que ustedes sepan a qué me refiero; familias... nada de condicionamiento... monstruosas supersticiones...*



Cristianismo, totemismos y adoración de los antepasados... lenguas muertas, como el zuñí, el español y el atabascano... pumas, puerco espines y otros animales feroces... enfermedades infecciosas... sacerdotes... lagartos venenosos...

En Malpaís encuentran a Linda, olvidada del Mundo Feliz, que ha concebido un hijo, John, el *Salvaje*, lector y filósofo, que acercará a Bernard, el disconforme, a las obras de Shakespeare, autor que, junto con toda la cultura anterior a Ford y el advenimiento del todopoderoso estado genético-hipnagógico, ha sido eliminado de la utopía. Será, pues, el Salvaje, quien nos llevará, a la manera de los viajeros clásicos que se internaron en todas las utopías anteriores, a través de la cordura (desde nuestro punto de vista), cuando Bernard le lleve consigo de regreso a ese Londres gigantesco. Descubrimos que detrás de los intereses de Bernard está, en realidad, un ansia de aceptación que pretende lograr a través de la notoriedad de



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

John, verdadero fenómeno de feria, en el seno de la sociedad. John se enamora de Lenina a quien ama en proporción directa que no le entiende.

Al final, Bernard es exiliado a una isla para Alfes renegados. El Salvaje, que nunca comprendió –o que comprendió *demasiado* bien–, el Mundo Feliz, se aparta de éste cuando su madre muere:

La enfermera permanecía de pie, indecisa, mirando, ora a la figura arrodillada junto a la cama (¡escandalosa exhibición!), ora a los mellizos (pobrecillos) que habían cesado en su juego y miraban boquiabiertos y con los ojos desorbitados aquella escena repugnante que tenía lugar en torno de la cama número 20. ¿Debía decir a aquel hombre? ¿Debía intentar inculcarle el sentido de la decencia? ¿Debía recordarle dónde se encontraba y el daño que podía causar a aquellos pobres inocentes? ¡Destruir su condicionamiento ante la muerte con aquella explosión asquerosa de dolor, como si la muerte fuese algo horrible, como si alguien pudiera llegar a importar tanto! Ello podía inculcar en aquellos chiquillos ideas desastrosas sobre la muerte, podía trastornarles e inducirles a reaccionar en forma enteramente errónea, horriblemente antisocial.

John intenta rehacer su vida en el aislamiento de un faro, pero es una celebridad:

Ocho minutos más tarde, una nueva edición de El Radio Horario aparecía en las calles de Londres. Un periodista de El Radio Horario recibe de Mr. Salvaje un puntapié en el coxis, decía el titular de la primera página. Sensación en Surrey. Y sensación en Londres, también, pensó el periodista a su vuelta, cuando leyó estas palabras. Y, lo que era peor, una sensación muy dolorosa. Tuvo que tomar asiento con mucha cautela, a la hora de almorzar. Sin dejarse amedrentar por la contusión preventiva en el coxis de su colega, otros cuatro periodistas, enviados por el Times de Nueva York, El Continuo de Cuatro Dimensiones de Francfort, El Monitor Científico Fordiano y El Espejo Delta (The Delta Mirror) visitaron aquella tarde el faro y fueron recibidos con progresiva violencia. Desde una distancia prudencial, y frotándose todavía las doloridas nalgas, el periodista de El Monitor Científico Fordiano gritó: –¡Pedazo de tonto! ¿Por qué no toma un poco de soma? –¡Fuera de aquí! –contestó el Salvaje.



Todos desean ver el número de autoflagelación que suele montar cuando está a punto de enloquecer por sus andanzas y descubrimientos en Londres, así que le acosan los reporteros hasta que le orillan al suicidio.

El látigo estaba colgado de un clavo, detrás de la puerta, siempre a mano ante la posible llegada de periodistas. En un acceso de furor, el Salvaje volvió corriendo a la casa, lo cogió y lo levantó en el aire. Las cuerdas de nudos mordieron su carne. –¡Zorra! ¡Zorra! –gritaba, a cada latigazo, como si fuese a Lenina (¡y con qué frecuencia, aun sin saberlo, deseaba que lo fuera!), blanca, cálida, perfumada, infame, a quien así azotaba–. ¡Zorra! –Y después, con voz de desesperación–: ¡Oh, Linda, perdóname! ¡Perdóname, Dios mío! Soy malo. Soy pérfido. Soy... ¡No, no, zorra, zorra! Desde su escondrijo cuidadosamente construido en el bosque, a trescientos metros de distancia, Darwin Bonaparte, el fotógrafo de caza mayor más experto de la Sociedad Productora de Films para los sensoramas, había observado todos los movimientos del Salvaje. (...) Aquella tarde el enjambre de helicópteros que llegó zumbando a través de Hog's Back formaba una densa nube de diez kilómetros de longitud. – Salvaje! –llamaron los primeros en llegar–. ¡Mr. Salvaje! No hubo respuesta. La puerta del faro estaba abierta. La empujaron y penetraron en la penumbra del interior. A través de un arco que se abría en el otro extremo de la estancia podían ver el arranque de la escalera que conducía a las plantas superiores. Exactamente bajo la clave del arco se balanceaban unos pies. –¡Mr. Salvaje! – Lentamente, muy lentamente, como dos agujas de brújula, los pies giraban hacia la derecha: Norte, Nordeste, Este, Sudeste, Sur, Sudsudoeste; después se detuvieron, y, al cabo de pocos segundos, giraron, con idéntica calma, hacia la izquierda: Sudsudoeste, Sur, Sudeste, Este...

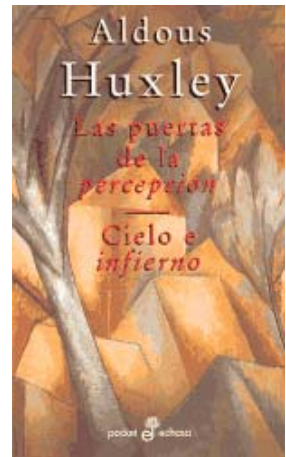
Entre los juegos de nombres que Huxley utiliza para sus propios fines se transparenta el de los apellidos de los dos personajes principales, Bernard Marx y Lenina Crowne. Son obvias alusiones críticas a **Karl Marx**, **Lenin** y **Bernard Shaw**, pero al mismo tiempo a la sociedad de consumo y a las instituciones inglesas: el tabloide *The Daily Mirror*, se transforma en el *The Delta Mirror*, lectura de castas inferiores. **Huxley** se divierte bombardeándonos con nombres alusivos a personajes históricos: Henry Foster, Darwin Bonaparte, Morgana Rothschild, Herbert Bakunin, Sarojini Engels, Polly Trotsky, Joanna Diesel. Todos protagonistas antagónicos del comunismo, el capitalismo y la ciencia. Para **Huxley**, todos entran en el saco de la distopía, todos son unos insensatos, todos



son criticables y satirizados en la imposible unión de los contrarios y lo que resultaría. Por ejemplo ¿qué sucedería si uniéramos a **Napoleón Bonaparte** con la mentalidad científica de **Charles Darwin**? Respuesta, el personaje Darwin Bonaparte. Si pensamos un poco tendremos más de lo que aparenta ser.

Sorprende la divertida puesta en escena de esta distopía cuando se la compara con la sombría 1984, al ponerlas en ambos platillos de la balanza. Sobre estas diferencias se expresaría **Huxley**: *En 1984, se satisface el ansia de poder infligiendo daño; en Un Mundo Feliz, infligiendo un placer apenas menos humillante.* Ésta es la razón por la cual es lícito señalar que, tal vez, no es 1984 la más absoluta de las antiutopías ya que los ciudadanos del mundo feliz ni siquiera son conscientes de que viven en un totalitarismo, mientras que el espíritu humano siempre se rebelará ante los castigos expuestos en la obra de **Orwell**.

Huxley, que se embarcó en una de las más profundas búsquedas a través de la filosofía y la mística del siglo, se convirtió en uno de los padres de la psicodelia cuando experimentó con LSD y mezcalina, escribiendo obras breves pero fundamentales como *Las Puertas de la Percepción* y *Cielo e Infierno*, convencido de que, en el momento de la muerte, la mente tenía que conservar toda la claridad de conciencia y esto sólo podía lograrse ingiriendo drogas psicodélicas. Notable guionista de Hollywood, tenía una casa en ese barrio cuando, en 1961, un recordado incendio arrasó con ésta. **Huxley** logró salvar el manuscrito de *La Isla* (Island, 1962), que se considera la contraparte de *Un Mundo Feliz*. Esta novela retrata una sociedad apartada que tiene por costumbre ingerir hongos en el momento de la muerte. Sobre el fracaso de esta obra, opinaría **B. F. Skinner**, el autor de la utopía conductista *Walden Dos* (obra que aprobaría **Huxley**), estaba la propuesta de una sociedad cuyos cimientos descansaban en la ingesta de drogas para acceder a la trascendencia. Estas palabras de desaprobación por parte de **Skinner** resultaban irónicas cuando, sabemos, tanto la utopía *Walden Dos*, como las obras de **Huxley**, influyeron en el pensamiento hippie.



El mundo estaba preparado para una nueva utopía: Walden Dos...

© Pé de J. Pauner

Pé de J. Pauner (Tuxpan, Veracruz, México, 1973). Narrador, ensayista, *performer*, crítico de cine y arte, activista y biólogo terrestre (en este caso firma sus artículos como **Pedro Paunero**). Autor de *Labellum* (novela erótica). Fundador de Arco Iris, a. c. (asociación ecologista). Ganador de premios de cuento breve. Ha participado en antologías mexicano-catalanas, australianas y latinoamericanas.



¿QUIÉN ES DOCTOR WHO?

por Iñigo Fernández

Concebida en 1963, *Doctor Who* es la serie de ciencia ficción más longeva de la televisión. ¿Quién es el Doctor? ¿Cómo es? ¿Quiénes lo han interpretado?, son algunas de las preguntas cuyas respuestas podrán encontrarse en un artículo que, como el presente, es una mera introducción al tema.

—Debe ser un hipervínculo espacio-temporal.

—¿Qué es eso?

—Ni idea, me lo he inventado. No quería decir «puerta mágica».

Doctor Who. «The Girl in the Fireplace», 2006

A las 17:15 horas del 23 de noviembre de 1963, la puntualidad británica obliga, la BBC emitió el primer episodio *Doctor Who*. A partir de entonces, dio inicio una historia de cuarenta y ocho años, pausada entre 1989 y 2005, que convertiría a esta serie televisiva en un clásico de la ciencia ficción al tiempo que en todo un referente de la cultura popular inglesa.



Para quien no lo sepa, el programa narra las aventuras del Doctor Who, un alienígena originario de Gallifrey que viaja por el tiempo y el espacio para luchar contra el mal y procurar el imperio de la justicia. Sobresale por que su nave espacial –que se llama TARDIS (acrónimo de *Time And Relative Dimensions In Space*)– es una cabina policíaca inglesa de la década de los años cincuenta; siempre viaja acompañado, preferentemente de bellas mujeres, y pese a ser inmortal, su cuerpo periódicamente se regenera y cambia físicamente.

Desde sus inicios, el programa agradó mucho por el carácter innovador que poseía. Su tema musical, que en esencia sigue siendo el mismo, resultaba atractivo por ser pionero en el campo de la música electrónica; también fue de los primeros en usar efectos especiales que, aunque eran muy elementales y de bajo presupuesto, daban tintes más realistas a la



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

trama. De igual forma, la presentación de personajes tan bizarros como los *daleks* y los *cybermen* emocionaron tanto al público desde su primera aparición que se convirtieron en parte fundamental de la serie.

No obstante lo anterior, uno de los elementos que mayor interés despertó, y aún despierta, es el de la regeneración. En 1965, **William Hartnell**, el primer doctor, estaba muy enfermo y la BBC tomó la decisión de reemplazarlo por otro actor, pero ¿cómo justificar el cambio? Los guionistas respondieron esta pregunta con la regeneración, un proceso metamórfico que el Doctor Who sufría cada vez que su cuerpo estaba gravemente herido.



Fue un recurso audaz y hasta cierto punto peligroso pues se ignoraba cómo lo recibiría el público, pero al mismo tiempo garantizó la

continuidad de la serie con diferentes protagonistas. Así, hasta ahora, han sido diez los actores que han dado vida al Doctor Who en la pantalla chica: **William Hartnell** (1963-1966), **Patrick Troughton** (1966-1969), **Jon Pertwee** (1970-1974), **Tom Baker** (1974-1981), **Peter Davison** (1981-1984), **Colin Baker** (1984-1986), **Sylvester McCoy** (1987-1989), **Christopher Eccleston** (2005), **David Tennant** (2005-2010) y **Matt Smith** (2010-).



En general, los procesos de regeneración de cada Doctor son diferentes y en ellos suelen aparecer tanto el intérprete saliente como el que ocupará su lugar. Claro está que hay excepciones. La transformación de **Peter Davison** a **Colin Baker** fue muy parecida a la que se había dado quince años atrás entre Patrick Troughton y Jon Pertwee; de igual forma, cuando **Colin Baker** dejó la serie, se negó a filmar la transformación por lo que su sucesor, **Sylvester McCoy**, tuvo que hacerse pasar por él. Por último, cuando la BBC retomó la serie en 2005 decidió presentar a **Christopher Eccleston** como el nuevo Doctor



pero sin regeneración.

Pese a tener más de novecientos años y poseer una naturaleza inmortal, la figura del Doctor se ha ido modificando física y emocionalmente con el tiempo. Si bien la tendencia es que sea encarnado por actores cada vez más jóvenes, hay que destacar la notable labor que han realizado los guionistas para modificar su comportamiento y su psique. Por ejemplo, mientras que el Doctor de **William Hartnell** era erudito, oscuro, de apariencia frágil y capaz hasta de matar, el de Colin Baker se caracterizó por ser egoísta, petulante, fanfarrón y fatalista. **Christopher Eccleston** dio vida a un Doctor bromista, coloquial, un tanto melancólico y valiente, en tanto que el de **David Tennant** se caracterizó por ser lo mismo descarado y jovial que inflexible y vengativo.



Estos cambios hacen que la personalidad del Doctor sea volátil, al tiempo difícil de aprehender, correcto, pero también existe algo en él que jamás cambia: su agudo sentido del bien y de la justicia. En cierto modo, su visión de estos valores es platónica en tanto que muestra la convicción de que son perfectos y universales, de ahí que asuma como vocación propia –sin importar que atente contra la tradición no intervencionista de su pueblo, los Señores del Tiempo– luchar por ellos en todo lugar y momento.

Así, el Doctor es el arquetipo moderno del héroe, aunque también tiene mucho de clásico. Recordemos que en la Grecia antigua héroe era quien contaba con un progenitor humano y otro divino –como Aquiles o Hércules– y que, gracias a esta condición, podía realizar labores que parecían extraordinarias al resto de sus congéneres. En los libros que la BBC publicó a raíz del éxito de la serie, se afirmó, no sin generar polémica entre los seguidores más entusiastas de la serie, que la madre del Doctor era humana en tanto que su padre –Ulises– extraterrestre. Ciertamente es que, a diferencia de la antigüedad, su éxito se basa menos en la fuerza y más en el uso de la inteligencia y la tecnología.

Ya que hemos hecho mención de la tecnología, no podemos negar que ésta ha sido una pieza fundamental del programa. Pese a que en el inicio sirvió como un recurso que ayudaba a dar un toque de *realismo futurista* a los viajes del Doctor, hoy es motivo de un cuestionamiento un tanto implícito, pero muy actual: ¿es válido el saber por el saber mismo? ¿El conocimiento posee una naturaleza buena o mala? ¿Cualquier avance técnico es positivo? Si se buscan las respuestas en los



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

campos del deber ser y de la ética, que son los propios del Doctor, es posible hallarlas y resumirlas en el siguiente axioma: *la ciencia y el conocimiento son bienvenidos en tanto procuren el bien común.*

En fin, es mucho más lo que se puede decir sobre la serie y poco el espacio que nos resta. No nos queda más que recomendar *Doctor Who* a quienes gusten de las propuestas inteligentes de ciencia ficción que no centran su interés en efectos especiales, sino en darle continuidad, interés y vigencia a un personaje que, pese sus casi mil años de existencia, llegó a los televisores del mundo tan sólo hace seis décadas.

© *Iñigo Fernández*

Iñigo Fernández (1969-). Es historiador y profesor universitario en la ciudad de México. Es un asiduo lector de ciencia ficción y, cuando está de humor –lo que no sucedía en años–, gusta de matar algunas de sus neuronas escribiendo cuentos cortos y ensayos sobre el tema.



CATÁSTROFES EN LA FICCIÓN PROSPECTIVA

por Blanca Mart

Ciencia, cambio y futuro no sólo son palabras; son elementos que al conjugarse dan vida a lo que conocemos como «ciencia ficción». En el presente ensayo, **Blanca Mart** nos recuerda que se trata de un género lleno de posibilidades en el que varios autores han recreado los diferentes finales que puede tener nuestro mundo. Los invitamos, pues, a que nos acompañen en este recorrido que, por las acciones del hombre y de la naturaleza, posee tintes apocalípticos...

I

Desearía primero que nos situáramos en el área de la que vamos a hablar: la Ficción Prospectiva o Ciencia Ficción. Y al hacerlo, y en un intento de definirla, tendría que hacer referencia a dos investigadores: **Scholes** y **Rabkin**. Ellos consideran el año 1818 como el año I de la Ciencia Ficción. Es en esta fecha cuando una joven de diecinueve años, llamada **Mary Shelley**, escribió una novela que conjugaba tres ideas: ciencia, cambio y futuro. Tituló a esta obra *Frankenstein*.



Dicen al respecto estos investigadores: *Mary Selley introdujo en la literatura un futuro posible y con ello cambió para siempre las posibilidades de la literatura.*

Sí que debemos considerar que en tiempos anteriores, hemos encontrado continuas referencias a este género, aunque aún no se definiera como tal. Ya en el siglo II, tenemos el viaje a la luna del gran escritor y estilista **Luciano de Samostata**. Y desde entonces, cantidad de viajes a la luna, propuestas futuristas de sociedades utópicas, sin olvidar las referencias que encontramos en la mitología, en las epopeyas hindú y en la misma *Iliada*.



Pero insisten los investigadores **Scholes** y **Rabkin**, afirmando que *Frankenstein* fue la primera novela en la que se conjugaron los tres elementos citados, pues trata la obra de un experimento científico, la creación de un ser humano, llevado a cabo por un científico en un laboratorio. En este contexto, no hay invocaciones, ni religión, ni mitología, ni magia. Es puro experimento:



ciencia, proyectada a un futuro, y en el subtexto, la idea de cambio.

Este brevísimo acercamiento nos permite situarnos en ese punto que maneja la Ciencia Ficción o Ficción Prospectiva. Ahora bien, también definimos la Ciencia Ficción por sus elementos: los seres y los temas que le son propios.

En cuanto a los seres, encontramos en el género de ciencia Ficción: el golem (como antecedente), los robots, androides, cyborgs, doppelganger, clones mutantes, y todos aquellos que la imaginación del escritor sea capaz de diseñar para una novela dentro del género.

Citaremos algunos de los temas: viajes espaciales, viajes en el tiempo, utopías, distopías, alteraciones del pasado, presente o futuro; invasiones extraterrestres; extrapolación técnica; extrapolación social; mundos imaginarios; mundos paralelos; paradoja; teletransportación; poderes extrasensoriales (no en el sentido mágico, sino científico); catástrofes; mutaciones.

Seguro que hay muchos más temas. Seguro que la imaginación de los escritores abrirá más y más universos conceptuales que empujados por la ciencia aumentarán la diversificación y riqueza de los temas y criaturas propuestos.

II

Tomemos hoy, el tema de las Catástrofes.

Si nos encontráramos en el terreno de los estudios prospectivos, seguramente al decir *catástrofes* nos referiríamos a *cambio*. Pero nosotros estamos situados en el terreno de la ficción. De la ciencia ficción. Y en este ámbito nos estamos refiriendo a un desastre, a un suceso infausto que altera el orden natural de las cosas.

Podríamos partir de la máxima propuesta: *El fin del mundo* desde la perspectiva de la ciencia ficción. Y considerar dos grandes grupos.

1) La *Amenaza de muerte o el exterminio masivo* de los seres humanos, a causa de invasiones del espacio exterior.

2) La amenaza de muerte y destrucción de los seres humanos debido a un mayor o menor grado de causalidad o culpabilidad del hombre en el desastre originado.

Tomemos el primer tema: la amenaza de muerte o el exterminio masivo, desde tres puntos diferentes:

a) Invasión del espacio exterior con destrucción directa y masiva.



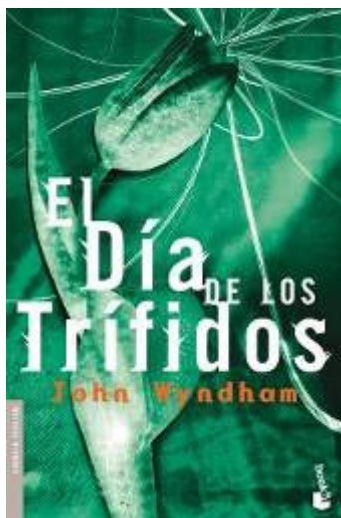
Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

- b) La invasión paulatina de diferentes seres extraterrestres.
- c) La posesión de los terrestres

Invasión del espacio exterior con destrucción directa y masiva se desarrolla constantemente en la literatura y los filmes de ciencia ficción. Un ejemplo clásico lo constituye la novela de **H.G Wells** (1866-1946), titulada *La guerra de los mundos* (1898), y llevada a la pantalla en 1953, por el director **Byron Haskin**. El argumento se desarrolla en base a una invasión de seres del espacio que matan a los seres humanos como a hormigas indefensas, sin posibilidad de defenderse. La existencia de la humanidad es dolorosamente amenazada con el aniquilamiento; su orgullo como especie es humillado al situarse en una indefensión total. Sólo las bacterias terrestres acabarán con los invasores, consiguiendo así un desenlace que lleva, como casi todas las obras de ciencia ficción, a la reflexión oculta tras la aparente aventura. Hay que considerar detalles prospectivos, ya que la novela se escribió en 1898 y presenta los haces del Rayo ardiente, el rayo que utilizan los invasores, como un posible rayo láser actual. Pero sobre todo son importantes las situaciones sociales que la novela presenta en el subtexto, Esa actitud humana y social ante el aniquilamiento. Hay una curiosa anécdota que ha rodeado la novela. El 30 de octubre de 1938, el conocido cineasta **Orson Welles**, en su programa de radio de la CBS, transmitía una adaptación en radio teatro de la novela que hemos citado: *La guerra de los mundos*.



La interpretación anunciando la llegada de los marcianos según la novela de **H.G. Wells**, fue tan intensamente realista que miles de radioescuchas se lanzaron a la calle aterrorizados, creyéndose invadidos y recreando en vivo el pánico de la novela de ciencia ficción. La estación de radio se saturó de llamadas y tres veces tuvo que avisar la emisora de que se trataba de una obra de ficción.



Fue un fenómeno social digno de estudio. Un fenómeno que demostró que las propuestas del género de ciencia ficción no son banales, sino que juegan con una amplia y esencial gama de registros, desde elementos míticos, hasta la inquietud profunda del ser humano hacia el futuro y lo desconocido.

Como ejemplo de la invasión paulatina de diferentes seres extraterrestres, podemos tomar la novela de **John Wyndham**, (1903-1969), *El día de los trífidos*, publicada en Londres en 1951. La propuesta no reviste aquí un ataque bélico directo y frontal contra la humanidad,



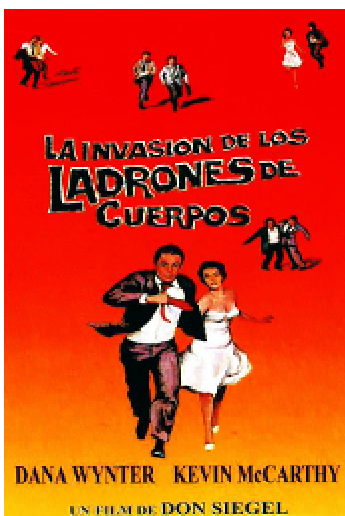
Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

sino una invasión a la que los hombres inconscientemente le han abierto las puertas.

Unas plantas extrañas, los trífidos, que no se sabe de dónde llegaron, son explotadas por los humanos, por el aceite que producen. Las plantas tienen unos poderosos agujijones que pueden lanzar contra los seres humanos, ocasionándoles la muerte, y tienen también cierta capacidad de movimiento. Cuando los restos de la cola de un cometa pasan cerca de la tierra, provocando un bello espectáculo lumínico, quedan ciegas todas aquellas personas que han contemplado el fenómeno. En este punto se plantea la proximidad de los hombres y las plantas. Ellos, acostumbrados a la vista se tornan indefensos. Y las plantas empiezan a caminar. Y atacan.

La novela no es una obra bella o trabajada desde el punto de vista de estilo, pero en los años 50, tuvo un éxito extraordinario por su enfoque y las diferentes cuerdas que pulsaba. Ya tenemos de nuevo, a la especie humana en peligro, pero ahora, el hombre es la causa de su propio evento catastrófico, pues ha cultivado una planta desconocida sin prever sus consecuencias; ha contemplado un inusitado fenómeno en el cielo, sin previsión ninguna. Y cuando llega la catástrofe, inmediatamente cae en la violencia no sólo contra las plantas, sino creando grupos sociales basados en el dominio de los otros, pues los que han conservado la vista esclavizan a los que la han perdido. Hay un héroe en la novela; él, su amada y otras personas serán los que lucharán por la civilización contra la barbarie que renace.

La primera generación (que nazca) serán trabajadores, la segunda salvajes dice el principal protagonista. Hay pues muchas propuestas en esta novela: los hombres contra las plantas. La ecología, la imprudencia humana, la agresión del hombre contra el hombre, la rápida pérdida de los valores, la lucha por la supervivencia, la esperanza.



En el tercer enfoque de esos ataques del exterior nos encontramos con que la idea de la posesión del ser humano por alienígenas es también un tema recurrente. Es cultivado en novelas, cuentos y filmes de ciencia ficción, dentro de la línea del terror. Aquí se puede citar la película de 1956, del director **Don Siegel**, *La invasión de los ladrones de cuerpos*. El argumento se desarrolla en una pequeña ciudad de Estados Unidos, llamada Santa Mira. El protagonista, el Dr. Miles recibe sorprendentes confesiones de sus pacientes, estos le aseguran que sus familiares o conocidos, aunque permanecen idénticos exteriormente, no son ellos.

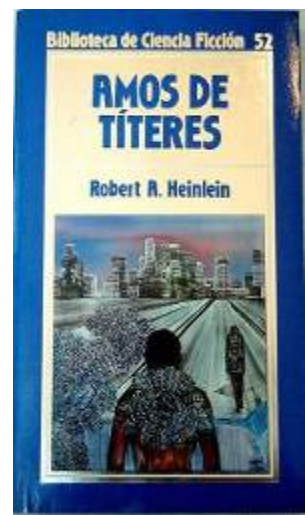
El doctor descubre unas vainas gigantescas en las que se gestan los dobles



que sustituyen a los humanos. En una de las vainas está el doble del protagonista. El ambiente de terror envuelve el desarrollo de este film realizado en blanco y negro y que lentamente nos lleva a contemplar la desaparición de la humanidad, causada por esa posesión solapada de seres extraterrestres.

La finalidad del film no radica sólo en provocar entretenimiento o un sentimiento de terror, su objetivo como ocurre tantas veces en el género de ciencia ficción es la reflexión, se trata de señalar en el 56, en plena época de la llamada Guerra Fría entre Estados Unidos y Rusia, al enemigo oculto que llega y se apodera de los humanos sustituyéndoles. Otra interpretación que se ha señalado es la de una crítica a la persecución desatada por **McCarthy** contra los sospechosos de comunismo. La película muestra en su desenlace, al protagonista mirando a la cámara y señalando ¡Tú serás el próximo! ¿El próximo, qué? ¿El próximo poseído por alienígenas o el próximo perseguido en tu comunidad?

Otro ejemplo que se ocupa del tema de la posesión por extraterrestres lo encontramos en la novela de **Robert Heinlein** (n.1907), *Amos de títeres* (1951), en la que unos seres gelatinosos, se pegan en la nuca de los seres humanos convirtiéndolos en títeres. Aunque la novela es entretenida y aparece como una emocionante aventura en que la especie humana trata de liberarse de una perversa invasión, lo cierto es que hay también un trasfondo de la política estadounidense durante la guerra fría. Hay que añadir que en ésta como en otras novelas de este autor, el manejo de las posturas éticas suelen dejar propuestas inquietantes y desde luego, incluso sus personajes protagonistas manejan un tipo de moral *cuestionable*, semejando sus expresiones arengas en pro de esa violencia que parecían querer detener.



Hasta aquí hemos visto diferentes tipos de catástrofes para la humanidad provocadas por seres ajenos a la Tierra, y utilizados en la narración de ciencia ficción con enfoque terrorífico. Veamos el planteamiento de otros temas que insinúan en mayor o menor grado la posible causalidad o culpabilidad del hombre en el desastre originado:

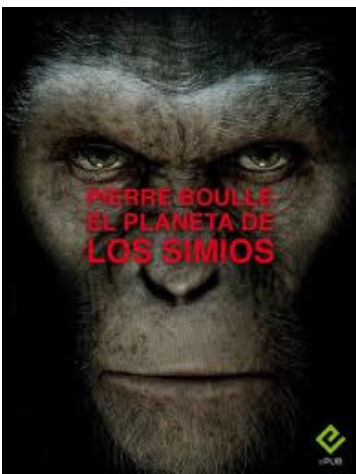
2/ Las Amenazas de catástrofes, muerte o exterminio masivo causado por el hombre, que podríamos considerar en dos apartados:

- a) Las guerras atómicas y apocalípticas, que conllevan la destrucción de la raza humana.
- b) Las catástrofes naturales provocadas por el ser humano. Las mutaciones y los virus.

Refiriéndonos al primer apartado, *Las guerras apocalípticas*, recordemos de



nuevo a **H.G Wells**, que preveía de forma prospectiva esas hazañas bélicas provocadas por el hombre. Su visión de la tecnología y la fabricación de los tanques, el láser, la división del átomo, las amenazadoras guerras, que por desgracia él pudo vivir al ser contemporáneo de las dos Guerras mundiales de 1914 y 1936. Y no sólo **Wells** sino muchos escritores del género plantean que el poder atómico y la mala gestión del ser humano pueden abocar a una tierra desolada, contaminada, sin agua, con pérdida de muchas de sus especies, con restos de tecnología, transformados de nuevo, ellos mismos, en seres rudimentarios que luchan por la supervivencia.



En los años 60, en esos años de protestas y concienciación social, encontramos el film del director **Franklin J. Schaffner**: *El planeta de los simios* (1968). La película está basada en la novela del mismo nombre escrita por **Pierre Boulle** (1912-1994). Y, siendo, como aparentemente ocurre en la ficción prospectiva, un relato de las aventuras de unos astronautas, que aterrizan por accidente en un planeta desconocido, tiene sin embargo una serie de propuestas sociales y antropológicas que de nuevo inducen a la reflexión y al análisis.

Los astronautas caen en un planeta habitado por humanos sin el don del habla y por simios que hablan. La cantidad de detalles que denotan el etnocentrismo de cada uno de ellos, la violencia y el desprecio de los que detentan el poder (los simios), la manipulación política, el falseamiento de los hechos, y por fin el descubrimiento por el protagonista sobreviviente de que están en la Tierra, en otro tiempo, donde los hombres con sus guerras han provocado el gran cataclismo y su propia decadencia.

Uno de los detalles que mueven a la discusión en el film, es el juicio que los monos llevan a cabo contra el protagonista, ese hombre parlante, aparecido sorpresivamente en su planeta. Los simios intentan dilucidar si tiene capacidad de razonar, y el humano tiene que demostrar su inteligencia o dejar claro que habla repitiendo. Para ello le hacen preguntas sobre sus libros sagrados; lógicamente el astronauta los desconoce y como, **Galileo**, debe enfrentarse a una situación insuperable e irracional.

Años después surgirían las propuestas postapocalípticas, en las que los humanos han destruido la civilización provocando una terrible debacle como consecuencia de las guerras atómicas o del mal uso de la ciencia y la tecnología, y la humanidad se ve abocada de nuevo a la barbarie; donde la tecnología y el avance científico han fracasado y el paisaje que se presenta suele estar en un estado de desolación, con apenas agua, y con una decadente tecnología de supervivencia. Un ejemplo de esta decadencia, lo encontramos en la serie de



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

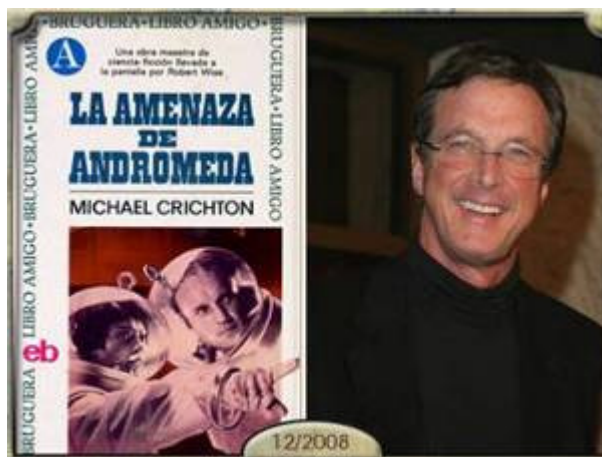
filmes de paisaje apocalíptico: *Mad Max* (1979), *Mad Max, el guerrero de la carretera* (1981), o *Mád Max; Más allá de la cúpula del trueno*. Surgen en estos filmes unos escenarios que acogen diferentes grupos sociales. Tribus, bandas diseñadas con toda una parafernalia urbana, punk, paramilitar. En definitiva: detrás de la aparente y brutal aventura surge la tesis del regreso al salvajismo, la pérdida de los valores sociales, la supervivencia del hombre en su propia cacería, en la destrucción de su propia obra. Otros filmes como el clásico de 1982, *Blade Runner*, del director **Ridley Scott**, presentan una Tierra desolada donde ya no queda ninguna especie animal y sólo los enfermos viven en nuestro planeta.

Llegamos al otro apartado ligado a las situaciones catastróficas originadas por el hombre:

2.b) El mal manejo de la ciencia que puede provocar consecuencias incontrolables. Virus. Mutaciones.

Hablemos de los virus. El tema es tan amplio y tan de actualidad en Ciencia Ficción que se requeriría un solo y amplio trabajo para éste punto, pues son muchas las novelas que anticipan la experimentación inadecuada que lleva a su vez a provocar alteraciones y mutaciones y lleva a consecuencias imprevisibles, e incontrolables, con posible perjuicio para el ser humano.

Veamos la novela *La amenaza de Andrómeda* (1969) de **Michael Crichton** llevada al cine en 1971 por el director **Robert Wise**. En ella se plantea que un virus ha sido traído a nuestro planeta por un satélite artificial de fabricación terrestre. La muerte de un pueblo entero por coagulación de la sangre pone en alerta y movimiento al gobierno y a los científicos en una lucha contra un virus capaz de aniquilar al ser humano y que se replica a una asombrosa velocidad.



Algo parecido ocurre en la película *Mimic* del director mexicano **Guillermo del Toro** (1997). El argumento nos sitúa frente a una terrible infección que causa la muerte al ser humano. Detenida la epidemia por una doctora en ingeniería genética, la solución se vuelve contra los creadores de esas mutaciones, insectos que se mimetizarán con los seres humanos, y que de nuevo, pondrán en peligro la especie.

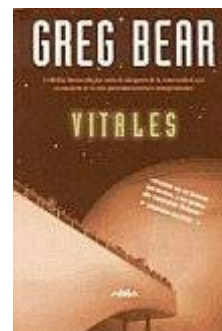
Otro ejemplo nos lo ofreció el director de cine **Terry William**, donde en el año 2035, los seres humanos viven bajo tierra, ya que la vida ha sido arrasada de la superficie debido a un virus que mató a 5000 millones de seres humanos.



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

No sólo los virus, la basura, la contaminación, el calentamiento global, todo ello se encuentra en un relato tras otro ya sea en film, cuento o novela. Lo que en tiempos del pasado podría parecer una anticipación fantasiosa, no lo es tanto, sino que empieza a considerarse una advertencia ante la necesidad de conservar el planeta.

En la interesante novela de **Greg Bear**, *Vitales* publicada muy recientemente, en 2001, ya no se plantea la ignorancia o la imprudencia en el uso científico sino la manipulación consciente de los avances de la ciencia para el propio provecho sin considerar el daño provocado o precisamente con intencionalidad dañina para otros.



Dice así, uno de los protagonistas de la novela *Vitales*, refiriéndose a un tipo de bacterias: *Los cambios hechos no estaban destinados a cifrar señales basadas en el lenguaje sino a alterar la función de determinados genes en las bacterias comunes humanas con el fin de que se produjeran sustancias nuevas, o bien para causar enfermedad en fuerzas militares objetivo, o en poblaciones civiles, o para inducir psicosis colectivas en gran escala* (pag.406 de *Vitales* de Greg Bear, Ediciones B, S.A., 2004).

Todo esto se plantea como ficción. Las guerras apocalípticas, las mutaciones y los virus desencadenados acabando con la humanidad, siguen perteneciendo al mundo fantástico de la ficción prospectiva o ciencia ficción.

Lo que es realidad es que generalmente el escritor desde su mundo de ficción se basa en conocimientos, en prospectivas, en intuiciones más o menos geniales y visionarias, y todo ello nos lleva a considerar asuntos reales como que en el mundo presente, el llamado súper virus del sida hubo un momento que se replicaba a un 36% más rápido que el virus del sida; que sin tener que ver nos recuerda la capacidad de replicarse que tiene el virus de la novela *La amenaza de Andrómeda*. Virus desconocidos capaces de amenazar seriamente a la humanidad.

Otro ejemplo en esta línea (según el periódico El País del 13 de junio de 1999) es que apenas se ha iniciado la proyección al espacio exterior (la carrera espacial) y ya en esa fecha, había 300.000 objetos inertes de chatarra galáctica llevados por el hombre, alrededor de la Tierra.

En el presente, la contaminación ha provocado el agujero de ozono y el deshielo de los polos ha comenzado y el clima cambia y las especies se alteran y cambian buscando forma de adaptarse para sobrevivir.

Escribí hace algún tiempo un breve cuento al que titulé: *Llamando desde la base* (2002). En esta narración incluida en la antología *Achivo Hurus II*, publicada



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

por editorial Lectorum, presentaba un cataclismo mundial, donde sólo se salvaba México. Los elementos eran aquí los encargados de barrer el planeta. La tierra se abría y las aguas avanzaban desencadenadas creando una debacle.

Sólo se salvaba México y un satélite mexicano que orbitando la Tierra podía enviar energía. La lucha por la supervivencia empezaba ahí.

En la cumbre Avoiding Dangerous Climate Change que se celebra en Exeter (Reino Unido) se consideraron una serie de problemas relacionados con el cambio climático: el aumento de temperatura, el aumento del nivel del mar, el hielo fundiéndose, la muerte del coral, y el cambio de ritmo de las aves.

Las catástrofes descritas en el género de ciencia ficción se perfilan en la realidad.

Querría recordar, para acabar este breve artículo, otro tipo de catástrofe, que no tendría nada que ver con los dos puntos anteriores (guerras, o mal uso de la ciencia) y ocurre cuando un astro, meteoro o cuerpo celeste impacta contra la Tierra. Un ejemplo literario contundente lo encontramos en la obra de **Edgard Allan Poe** (1809-1849): *Conversaciones de Eros con Charmión*, en el que el fuego final, entre científico y mítico, baja del cielo en forma de cometa.

Dicen que H.G Wells se desesperaba al ver la capacidad de destrucción de que ha hecho gala la raza humana. Desde su *Guerra de los mundos*, a su *Esquema de la Historia Universal*, era su obra un desesperado intento por considerar que la educación y la cultura ayudarían al ser humano. Una advertencia o como mínimo un motivo de reflexión para que el futuro y el destino de nuestro planeta no se nos escape.

Todo esto es la Ciencia Ficción, la Ficción Prospectiva. La ciencia, el cambio y ese futuro a construir.

© Blanca Mart

Blanca Martínez Fernández (Blanca Mart) es licenciada en Historia por la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha trabajado como profesora-investigadora en el Instituto Internacional de Prospectiva en México D.F. Ha publicado *Cuentos del Archivo Hurus y Archivo Hurus II*; las novelas *La era de los clones*, *La soledad de la meiga y Lluvia sobre el barman en México*. En coautoría la novela *El Manuscrito Florentino* en México. La novela *La Nimiedad* en Barcelona. En Madrid, el libro de poesía *Avatares* y la novela *A la sombra del Linaje*.



PRESENTACIÓN A LA SOMBRA DEL LINAJE

por Lola Robles

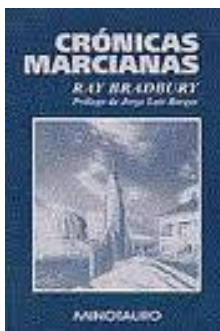
En el mundo hispano la ciencia ficción es todo un reto, más aún si quien lo quiere hacer es una mujer. Blanca Martínez no ha sido la excepción. Con una amplia obra que ha sido publicada tanto en España como en México, Blanca es un claro ejemplo de que la escritura no es una cuestión de géneros sino de talento, tal como lo ha demostrado en su libro *La sombra del linaje*.

Leí por primera vez a **Blanca Martínez** a finales de los años 80 del XX. Yo estaba entonces en la Biblioteca de Mujeres de Madrid, y había iniciado una Bibliografía de escritoras de ciencia ficción y fantasía, buscando especialmente a las autoras en lengua castellana. Elaborar una bibliografía es un arduo trabajo de Sísifo, pero a veces compensa con el hallazgo de verdaderas joyas literarias.

Fue el caso de *La crisálida*, el cuento de **Blanca Martínez** que encontré en el número 140 (diciembre de 1981), de la revista Nueva Dimensión. En el año de mi lectura Nueva Dimensión ya había cerrado, pero el recuerdo de su importancia para la divulgación de la ciencia ficción en nuestro país perduraba. La revista había publicado a autores imprescindibles en la historia del género, y apostó no sólo por los autores extranjeros sino también por los españoles, consagrados y noveles.



Blanca Mart



La crisálida era, precisamente, el primer relato de una autora española. Me encantó. Tenía mucho de la poesía del **Bradbury** de las *Crónicas marcianas*, y un protagonista muy interesante, porque, en vez de un héroe, era malo, un auténtico granuja.

Pero no conseguí encontrar ningún otro cuento de **Blanca** en revista, fanzine o antología alguna. Pensé, un poco desanimada, que podía tratarse de un caso semejante al de otros muchos que me iba encontrando en mi trabajo bibliográfico: autoras españolas que escribían uno, dos o incluso varios relatos, a veces muy buenos, pero que luego desaparecían para siempre jamás como si hubieran sido abducidas por los extraterrestres, vaya.

No obstante, me atreví a escribir a **Domingo Santos**, que fue director de *Nueva Dimensión*, para preguntarle por **Blanca Martínez**. Me respondió que únicamente sabía que se había ido a vivir a México.

Pasaron unos pocos años y desde la Biblioteca de Mujeres publiqué por fin, en libro, la *Bibliografía de escritoras de ciencia ficción y fantasía*. Al distribuirla, di con una página web sobre ciencia ficción en México, y les escribí, preguntando



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

otra vez por **Blanca**... y la encontré.

La encontré en México, en efecto, donde ha residido muchos años. Nos carteamos por e-mail y envió por correo, a la Biblioteca, algunos de sus libros. Desde entonces siempre ha tenido la generosidad de seguir haciéndolo, tanto para la Biblioteca de Mujeres como para mí personalmente, y así he podido leer las obras que ha editado.

En 2007 la conocí personalmente en Barcelona, su ciudad natal, en la víspera de Sant Jordi. Hablamos mucho aquella tarde, de ciencia ficción, de todo tipo de literatura. He vuelto a verla en alguno de mis viajes a Barcelona. El 23 de noviembre de 2010 tuve el honor de presentar su nuevo libro de relatos, *A la sombra del linaje*.

Si escribir en España es llorar, como dijo **Larra**, escribir ciencia ficción hace fluir muchas más lágrimas, que seguramente se pierden en la lluvia. Quien escribe ciencia ficción se enfrenta a los prejuicios firmemente arraigados en este país donde demasiada gente piensa que sólo es verdadera literatura la realista. Y ya dijo **Einstein** que es más fácil desintegrar un átomo que un prejuicio.



Y si quien escribe ciencia ficción es una mujer, se la considerara una *rara avis* aun entre los más aficionados. Lo somos todavía hoy. Bien es cierto también que las autoras suelen escribir libros que escoran más hacia la fantasía que hacia los temas más duros y maduros de la ciencia ficción, o si abordan esta, a veces lo hacen con un no sé qué *blandito* que no gusta a una gran parte del público lector. Eso se solucionaría si hubiera más mujeres escribiendo.

Y luego está la dificultad de publicar, a la que nos enfrentamos todos los que seguimos enfrentados a esta pasión de la escritura (que, como todas las pasiones, a veces provoca sinsabores y frustración).

Por eso tiene un enorme mérito que **Blanca Martínez** haya dedicado la mayor parte de su trayectoria literaria a la ciencia ficción y fantasía, y haya construido un mundo ficcional propio a lo largo de sus novelas y libros de relatos. A mí me gustan sobre todo los cuentos –en general pienso que el cuento es *la joya de la corona* de la ciencia ficción–, publicados en los libros *Cuentos del Archivo Hurus* y *Archivo Hurus II*, y en antologías diversas.

Blanca Martínez es además una escritora de amplio espectro. Ha publicado asimismo novela policíaca (*Lluvia sobre el barman*), realista (*La nimiedad*), poesía (*Avatares*). Lo ha hecho tanto en España como en México, y algunos de estos libros bajo el seudónimo **Blanca Mart**. Tiene también un buen número de ensayos sobre ciencia ficción; dirigió una pequeña editorial, El Taller; y fue una de las fundadoras de la Asociación de Escritores Tirant lo Blanc, del Orfeó Català de México, a través de la cual ha editado igualmente colecciones de relatos.



A la sombra del linaje, el libro que hoy se presenta, incluye tres cuentos de fantasía épica o heroica: *La soledad de la meiga*, *La espiral del lobo* y *Rito de paso*, ambientados en una Hispania remota y mítica.

Mariana es una meiga que debe huir de un poderoso enemigo que envidia el don que ella posee. Bernardo es rey y hombre-lobo, y tendrá que batallar contra adversarios en una guerra, pero también contra sí mismo. Aitana es una mujer guerrera que ama los libros y siente la vocación de la escritura más que la de las armas.

Los tres protagonistas de estos relatos de aventuras y viajes exteriores e interiores tienen en común que no responden a los tópicos literarios sobre ellos: la meiga es una bruja sanadora; el hombre lobo, un rey que intenta ser justo; la guerrera tiene poco de violenta.

También comparten conflictos y problemas de identidad. Mariana acepta plenamente y es feliz con su condición, pese a los peligros y persecuciones que le acarrea, y por ello es el personaje más sólido del libro, y el que reaparece en los tres cuentos, como consejera, guía y apoyo de los otros personajes. Sin embargo, Bernardo rechaza su naturaleza de hombre-lobo, aunque al fin comprenderá que nadie puede huir de sí mismo. Y en cuanto a Aitana, apuesta por su sueño de ser escritora, y no obstante consigue conciliar esa dedicación con su pasado como guerrera.

Creo que *A la sombra del linaje* es una buena lectura tanto para personas adultas como jóvenes, pues Blanca Mart aborda de forma muy entretenida cuestiones básicas para el ser humano (lo que somos, lo que queremos ser, lo que los demás quieren que seamos...), y cuestiona los prejuicios sociales.

Me parece que éste es también un buen momento para agradecer y apoyar la labor de editoriales independientes como Alfa Eridiani, que en los tiempos difíciles que corren, cuando las grandes editoriales son industrias que consideran el libro como un producto comercial más, sigue apostando por la literatura, y publica a escritores de ciencia ficción en lengua española. Sin editoriales como Alfa Eridiani, la ciencia ficción en España ni hubiera sido, ni podría seguir existiendo.

© Lola Robles

Madriileña, nacida en 1963. Es filóloga hispánica, escritora y una apasionada de la literatura. Desde 2006 imparte el taller Literaturas fantásticas y de ciencia ficción.



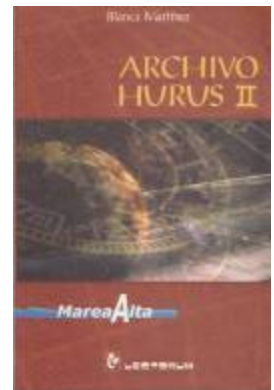
PRESENTACIÓN A LA SOMBRA DEL LINAJE

por Blanca Mart

Todas las narraciones, todos los trabajos literarios, tienen su historia, su génesis, su accidente o circunstancia original, el Big Bang particular por el que nacen. Las historias de los *Linajes* nacieron a partir de una hechicera-bruja-meiga llamada Mariana. Ésta es la crónica del nacimiento de *A la sombra del linaje*.

Resido con mi familia parte del año en México donde he tenido la agradable experiencia de ver publicados algunos de mis libros y cuentos. En una de esas ocasiones, siempre provistas de cierta magia, un editor me invitó a enviarle un cuento de brujas.

Verán, tengo publicadas dos antologías de cuentos bajo el nombre de *Cuentos del Archivo Hurus* y *Archivo Hurus II*. En cada una de ellas aparecen cuentos de diferentes géneros: cuentos de ciencia-ficción junto a cuentos de fantasía heroica, cuentos de brujas y cuentos de vampiros. No es lo usual. Normalmente un editor te dice –o por lo menos en el ámbito editorial que yo conocí: las antologías o son de terror, o son de ciencia ficción o son de fantasía, o son realistas...



Pero tuve la suerte de que dos editores diferentes me dijeran que les gustaban mis cuentos así, con los géneros revueltos y la fantasía legendaria mezclándose con la ciencia y la propuesta futurista y eso fue maravilloso, porque pude incluir en esos Universos sin fin de los Archivos Hurus, los diferentes imaginarios que había creado.

En los Archivos Hurus había historias de brujas, de magos, de valientes pilotos espaciales, de profesoras que investigaban el Espacio Exterior. Narraba las aventuras de científicas malévolas, de extraterrestres, de elegantes y malvados vampiros, de brujas sabias y centauros mágicos, y siguiendo el aura del fingimiento afirmaba que todo ello me lo explicaban cuando me detenía a tomar un café en «algún lugar de algún» Archivo Hurus.

Un tercer editor que había disfrutado de estos libros fue el que me invitó a enviarle un cuento de brujas. Y ése fue el big bang, el nacimiento, el esplendor que se espera y el rumor en la mente, porque nació el primer cuento, el germen de lo que después serían Los Linajes.

A esa narración la titulé *La soledad de la meiga* y el editor la publicó en forma de plaquette (publicación de tamaño pequeño que se usa principalmente para difundir obras literarias de corta extensión tales como poemas o cuentos). Se agotó la edición y me comentó que a mucha gente joven le había interesado.



A veces pensaba en esa historia, en ese personaje, esa bruja curadora, sabia, dispuesta a aprender siempre, valerosa, capaz de ayudar a otros y desafiar a los que intentan robar sus conocimientos. Luchadora en esa batalla sin fin que es la vida.

Años más tarde trabajé algo más sobre ese cuento y ampliando el mundo de las aventuras apareció Bernardo, el rey, el lobo, el hombre que no acepta su parte oscura. Y entre batalla y batalla y amor silvestre y amor vecinal, siente la inquietud de un humano que busca soluciones. ¿Y a quién mejor consultar, que a una mujer sabia, que vive allá en la Rías y umbrías del norte?

¿Ganará Bernardo sus diferentes empeños y batallas?

Porque hay otros guerreros y guerreras en situaciones difíciles. Y una de ellas es Aitana, la guerrera del Linaje Azul. La que defiende los libros y carga una pluma. La que, en la lucha, vio la mirada de su enemigo al morir. Aquella cuya desazón la lleva a consultar a Mariana, la bruja, por si puede dar sosiego a su alma.

Todos son héroes, pero los héroes pasan siempre por mil vicisitudes, por rituales y trabajos y su vida es una lucha con otro y por otros y consigo mismos. ¿No dicen que Aquiles se volvió loco de amor al matar a la amazona Pentesilea?

Puesto que nada es fácil y simple y todo se debe trabajar y conseguir, y dilucidar y situarse y saber abrir los caminos mutables de los universos.

En esas aventuras fantásticas y heroicas encontraremos también otros personajes, bardos, niñas fugitivas y mágicas, caballeros, monjes, yerberas, escultores, mujeres y hombres del Linaje del Lobo, guerreros y guerreras del Linaje Azul, que son el acompañamiento y el coro y el paisaje y el escenario pues todos ellos están en la lucha, en los diferentes linajes, en la capacidad de pacto y de supervivencia, en la unión frente a las pestes y los buitres destructores, en la defensa de los libros en los Monasterios de La Costa.

A la sombra del linaje es el primer libro de Los Linajes. Ojalá les haga disfrutar del cántico que esconden las leyendas y también del goce de esta vida que como héroes cotidianos nos ha tocado vivir, en este nuestro siglo XXI.

© Blanca Mart

Blanca Martínez Fernández (Blanca Mart) es licenciada en Historia por la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha trabajado como profesora-investigadora en el Instituto Internacional de Prospectiva en México D.F. Ha publicado *Cuentos del Archivo Hurus y Archivo Hurus II*; las novelas *La era de los clones*, *La soledad de la meiga* y *Lluvia sobre el barman en México*. En coautoría la novela *El Manuscrito Florentino* en México. La novela *La Nimiedad* en Barcelona. En Madrid, el libro de poesía *Avatares* y la novela *A la sombra del Linaje*.



POESÍAS

LA GRAN AVENTURA CÓSMICA Y OTROS POEMAS.

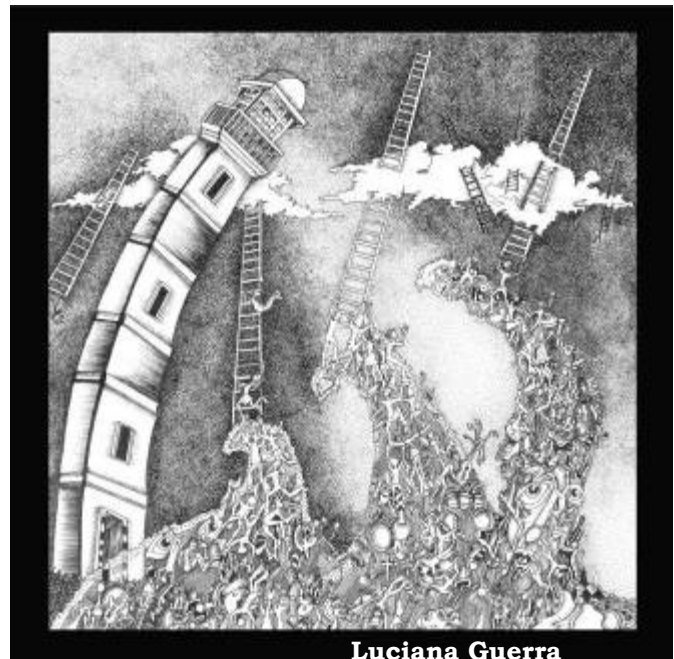
por Antonio Mora Vélez

Los excelentes versos de Antonio Mora nos transportan al espacio de sus sueños, en medio de torbellinos y cascadas excéntricas donde describe a la mujer con cabellos como un atado de neutrinos desbocados jalados por el viento en medio de las ondas, y expresa su deseo como una supernova eclosionando bajo soles inciertos, que limpia el camino de aerolitos fugaces.

LA GRAN AVENTURA CÓSMICA

En el horizonte de sucesos
de un agujero negro
una galaxia vigorosa se alarga,
hilo fabuloso de energía,
y lleva consigo un enjambre
de soles inciertos,
en uno de los cuales
germina la semilla del sueño.

Uno de esos sueños
se vuelve radiación en el espacio,
cabalga a lomo de neutrino
salvando los meandros y abismos
de la materia oscura,
llega a nuestra pradera planetaria,
esperanzado,
decidido a continuar el juego,
perfora los siete velos de la diosa
en busca del espejo
y se instala en la sustancia gris
de este poeta
que ahora los revela.



Luciana Guerra



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

MUJER CÓSMICA

Eso que veo en tus ojos,
el reflejo de la luz que desciende
de la estrella que te alumbra.
Eso que escucho de tus labios,
la música de los astros
que se alejan en medio del silencio.
El giro de tus manos cuando hablas,
el sortilegio de alguna nebulosa
entusiasmada.

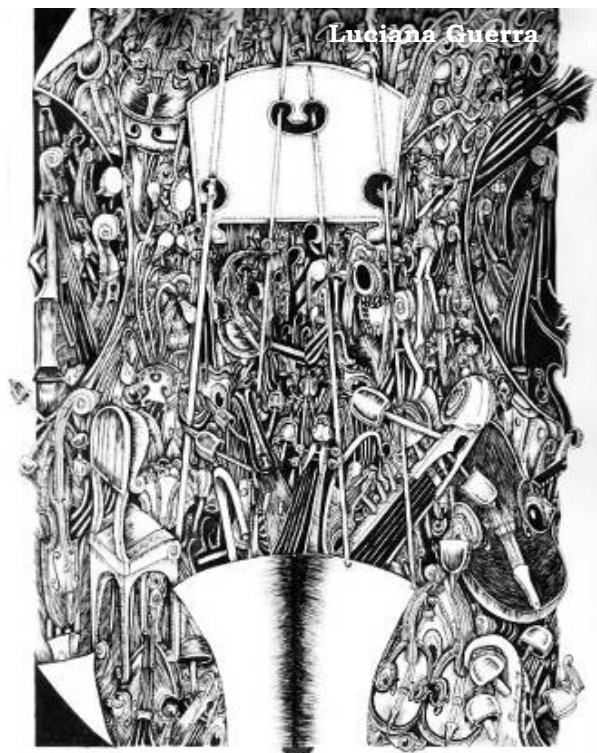
La alegría de tus cabellos al viento,
un atado de neutrinos desbocados
en el espacio de la materia oscura.
El ritmo de tu cuerpo cuando llegas,
el mismo ritmo de las ondas
que bailan la danza del pasado.
Las ideas que reverberan en tu mente.
el fuego de una supernova que eclosiona
para sembrar la vida en tu pradera.
El amor que riegas a tu paso,
el mismo amor que fusiona
los cuerpos y partículas del cosmos.



Luciana Guerra

APOCALIPSIS XVIII

Un rayo de luz hiende el espacio
desde remotos tiempos.
Le acompaña una estrella
rechazada por el mismo fuego
del centro que lo fragua.
El rayo parece una estela
de leche pero no es vida
lo que anuncia.
Atraviesa, sin mancharlo,
el torbellino que gira en torno
de esa gran casa de luz
que lo genera.
Llega a los predios alarmados
del ancestro,
destruye los mares y las rocas
los animales y las plantas
y sepulta para siempre



Luciana Guerra

los sueños de los soberbios
e ilusos hijos
de la serpiente emplumada.

PLUTÓN

De nada sirvió tu redondez,
Ni tu voluntad de roca.
Aparte de fuerte
tenías que ser soberbio
—como el hombre—.
Y limpiar tu camino
de aerolitos fugaces.

A pesar de tu entereza
te faltó el coraje
que te exigieron los autores del libreto
y preferiste quedarte
—y esa fue tu culpa—
con Caronte y sus hermanos de viaje.

Ahora navegas solo y resentido
al frente de una cascada excéntrica
y rielante
de cuerpos que te admiran.



© Antonio Mora Vélez

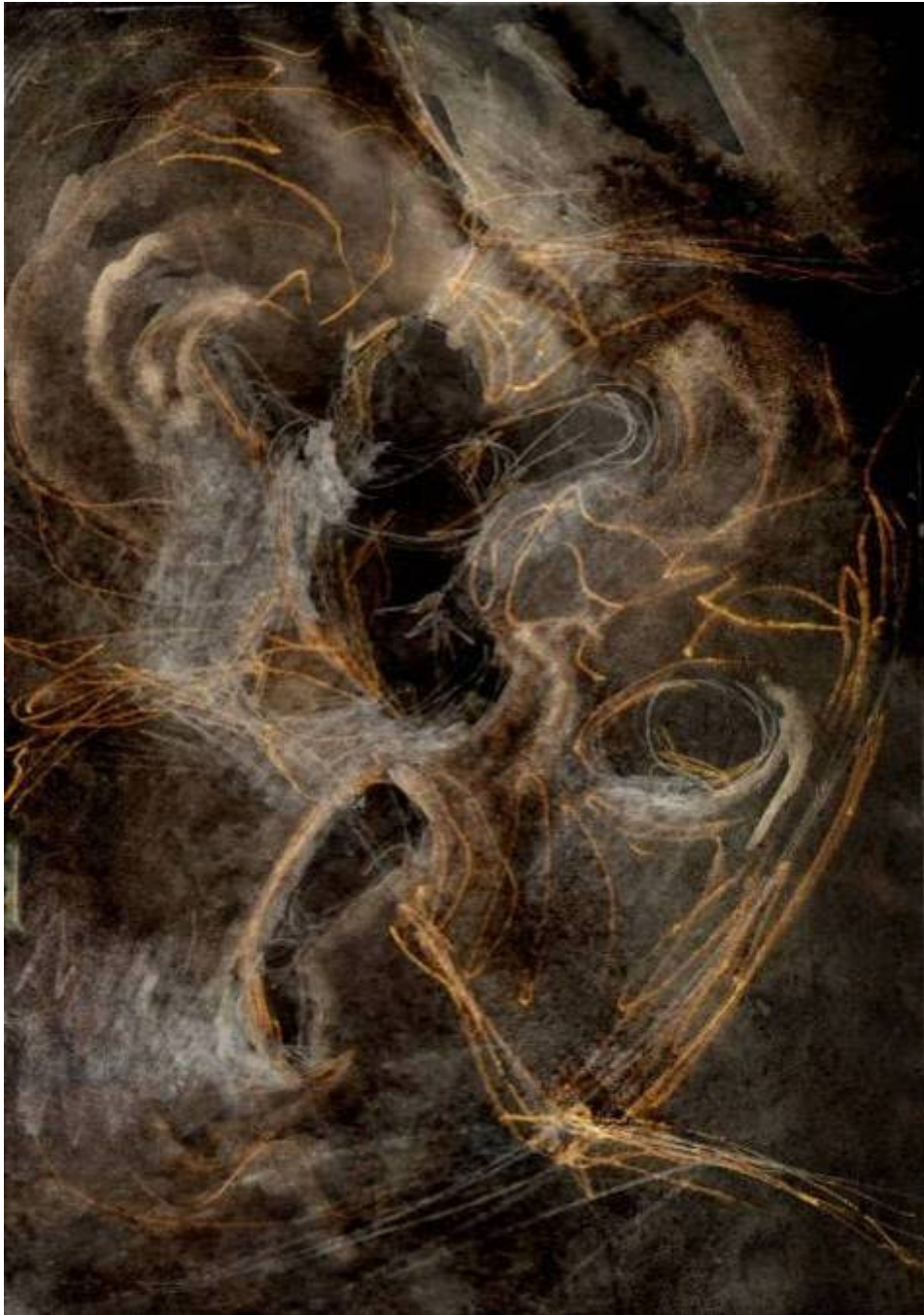
Nació en Barranquilla (Colombia), el 14 de julio de 1942. Ha publicado los siguientes libros de cuentos de CF: *Glitza*, 1979; *El juicio de los dioses*, 1982; *Lorna es una mujer*, 1986; *Helados cibernéticos*, 2011; *La duda de un ángel*, 2013; *Lina es el nombre del azar*, 2014 y *Ziuvia o el cuarto nivel*, 2014; el opúsculo de ensayos *Ciencia-ficción: el humanismo de hoy*, 1996; la novela de CF *Los nuevos iniciados*, 2008 y 2014 y los poemarios *Los caminantes del cielo*, 1999; *El fuego de los dioses*, 2001 y *The riders of remembrance*, en la página web La casa de Asterión, entre otras obras. Docente y directivo pensionado de dos universidades: Universidad de Córdoba y Corporación Universitaria del Caribe.



Año X. Número 16, tercera época. Diciembre 2011-Mayo 2012.

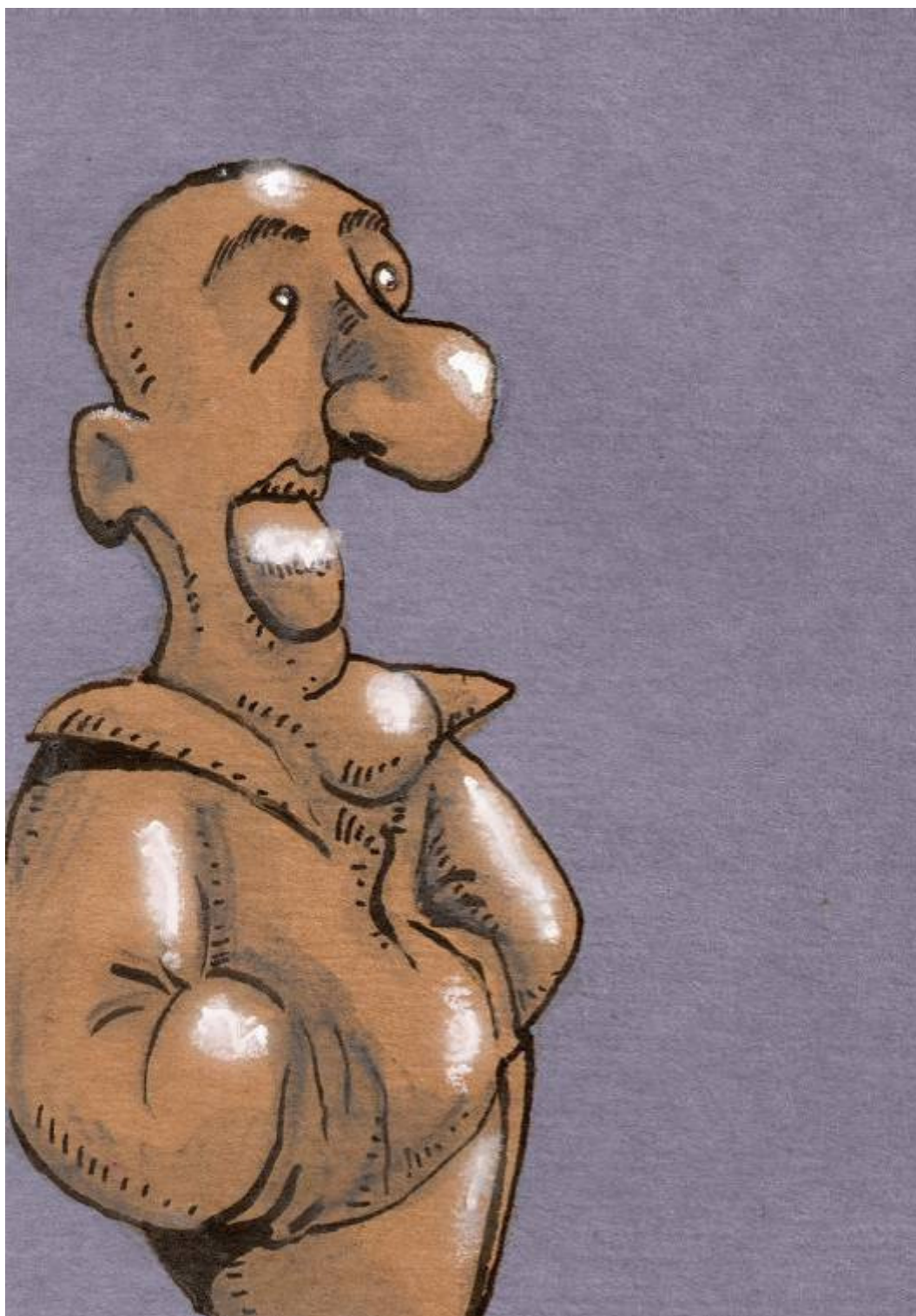
PORTOFOLIO

GONZALO GELLER











CÓMIC

El tiempo se ha derramado, escapándose entre mis dedos con actitud decidida e irrevocable



Como una idea difuminada ha ido desapareciendo de forma indiferente, sin importarle nada, sin confesarme el refugio hacia donde corre a esconderse

TOO LATE

GUIÓN: ANGELES MORA / DIBUJO: OSK



Los segundos se evaporan como las lágrimas que cayeron en el olvido, como los tragos amargos que fueron superados sin que los llorara



Los minutos me arrinconaron haciéndome víctima de algún teorema descabellado que aún no ha sido inventado



El tiempo ha huido de mi vida insinuándose con un adiós sutil, con los contornos desgastados por todo lo aprendido y todo lo que olvidé



Salió dejando a mi disposición una página en blanco salpicada por esfuerzos inútiles para detener lo irremediable



